



Fue Karl Rahner quien dijo, pocos meses antes de su muerte, que en la Iglesia se estaba estableciendo un tiempo "invernal, amargo y restaurador".

No queremos darle a este diagnóstico fundamental un sentido maniqueo: como si los restauradores fueran los sencillamente "malos" y los progresistas y liberadores fueran los absolutamente "buenos". Sabemos, más bien, que la historia de la Iglesia ha avanzado siempre -y también hoy- en medio de tensiones, donde no hay un sujeto humano absoluto. Cada quien, más bien, ha de caminar con calidad cristiana, con lealtad, con eclesialidad inequívoca (que incluye los conflictos), con respeto, caridad mutua y paciencia. A través de todos, el Espíritu nos va llevando y transformando para que seamos instrumento y señal de liberación y salvación en la historia.

Pero sí ofrecemos este cuaderno para ayudar a que las comunidades eclesiales y los cristianos individuales afrontemos desde el Evangelio este tiempo invernal de larga prueba para la Iglesia.

El título mismo de nuestro cuaderno quiere indicar las dos grandes líneas de esta espiritualidad: consistencia y resistencia.

En primer lugar, consistencia. No se trata de sentirse víctimas de nadie, ni de transportar a la Iglesia un análisis o una metáfora bélica. El creyente y las comunidades, en las situaciones difíciles ante todo han de adquirir consistencia cristiana.

¿Cómo lograr firmeza interior en medio del invierno? Volviendo la mirada al que traspasaron, es decir: evocando y practicando en su radicalidad integral el seguimiento agradecido de Jesucristo, el crucificado; y siendo fieles al pueblo de Dios que en su mayoría está clavado por la opresión, la exclusión, la explotación y la represión.

pasa a la página 18

CHRISTUS

EN ESTE NUMERO

EDITORIAL

Democracia, fe cristiana y liberación de los pobres CRT
Es el primero de varios editoriales colectivos que publicaremos a lo largo del año, sobre temas importantes para la verdad de nuestra fe, encarnada en la situación en que vivimos.

60 años de Gustavo Gutiérrez *Jon Sobrino* 13
Reflexiones sobre la significatividad de la aportación de Gustavo Gutiérrez a la tarea de la liberación cristiana, desde la sensibilidad de alguien que ha compartido la tarea de reflexionar seriamente la liberación desde el evangelio.

CUADERNO: ESPIRITUALIDAD: CONSISTENCIA Y RESISTENCIA 17

Firmes en la solidaridad, la resistencia y la esperanza 19

Javier Jiménez Limón
Detrás de la metáfora 'invierno eclesial' hay una realidad y un reto a la espiritualidad. El artículo es un aliento para la consistencia y la resistencia.

Oh noche que juntaste. . . Espiritualidad para el invierno eclesial 29

J. I. Glez Faus
La poesía de Juan de la Cruz da pie al autor para plantear algunas actitudes básicas de la espiritualidad en este momento eclesial.

"Bajar" al encuentro de Dios. La transparencia del barro 35

Benjamín González Buelta
Para llegar a Dios en la situación latinoamericana no hay que "subir" sino "bajar"; porque es "abajo" donde está Dios: en el barro del pobre.

Contemplación para alcanzar amor, y discernimiento cotidiano 39

Enrique Gutiérrez M. del C. +
Anotaciones ofrecidas en los Ejercicios de mes, para ayudar al ejercitante a contemplar a Dios dentro de la vida, y así cumplir su voluntad.

De frente al oficio divino de vivir *David Fernández* 42

Una síntesis poética y densa de la experiencia de una vida que quiere vivir el compromiso cristiano en esta Iglesia de hombres, santa y pecadora.

DOCUMENTOS 45

Fe cristiana y compromiso electoral. *Centros cristianos*
Complemento del primer documento de análisis de la situación del país en la coyuntura electoral (publicado en CHRISTUS, junio 1988). El actual documento propone tareas para adelante.

Luz Marina, mártir, mujer, pobre, creyente 52

Juan Fco. Kitazawa
La muerte de esta religiosa colombiana que trabajó entre los pobres en la Diócesis de Acapulco, fue poco conocida. A más de un año de sucedida aún no se ha castigado a los culpables. Los sacerdotes de la Diócesis de Acapulco denuncian esa injusticia.

LIBROS 55

Segundo boletín bibliográfico en el que se presentan varios libros importantes que abordan el tema de la Iglesia. Está en continuidad con el presentado en el número anterior.

PALABRA 60

Y Dios se hizo Job en Jesús *Napoleón Alvarado*
El autor, teólogo centroamericano, hace un sugerente aborde al libro de Job, a la manera de una supuesta entre-

DEMOCRACIA, FE CRISTIANA Y LIBERACION DE LOS POBRES

¿Podemos los cristianos católicos apelar a una historia de la libertad democrática lograda y sufrida no solamente sin nosotros, sino en buena en contra nosotros? . . . Sólo qseremos creíbles si logramos invocar la gracia del Evangelio, smultáneamente en la libertad de los hombres y en la liberación de los hombres y pueblos pobres y oprimidos.

Juan Bautista Metz, 1980.

No pretendemos, en estas páginas, hacer un análisis sociopolítico del momento electoral o más ampliamente de la coyuntura política. Sino decir una palabra cristiana y crítica sobre algunos problemas de fondo subyacentes a nuestro momento histórico. Creemos que uno de los retos centrales de nuestro tiempo -y particularmente del México de hoy y de mañana- es la articulación coherente entre el desafío de la democracia y la gran tarea de la liberación de los pobres.

Hablar seriamente sobre la democracia desde la fe cristiana y desde la opción por los pobres, requiere empezar por una autocrítica consistente.

1. UNA PALABRA AUTOCRITICA.

1.1 Autocrítica Eclesial.

No desconfío de la vocación democrática de los chihuahuenses -fruto de su historia-, pero sí desconfío, en cambio, de la democracia en boca de la Iglesia. Mil quinientos años de historia muestran que es el integrismo y no la democracia -menos aún en su acepción moderna- lo que se acerca más al espíritu político de la Iglesia.

Enrique Krauze, 1986.

No cabe duda que la historia moderna de la libertad, tanto en su vertiente democrático-liberal como en su vertiente socialista, ha sido hecha en su conjunto no sólo sin la colaboración de los cristianos católicos, sino incluso con su oposición franca. Las excepciones anteriores al Concilio Vaticano II son pocas y muchas veces fueron miradas con desconfianza por el mundo oficial católico.

Tampoco puede dudarse de que mil quinientos años de historia muestran que la querencia política de la Iglesia en su dimensión institucional va hacia el integrismo de la cristiandad -entendido como identificación de la Iglesia con el Estado, como tutela de la Iglesia sobre Estado, o al menos como alianza entre poderes análogos-, y no hacia el sistema o los procesos democráticos.

Ambos son hechos macizos de la historia, y no invenciones del jacobinismo trasnochado de intelectuales malévolos o de clérigos progresistas ansiosos de sentirse modernos. Hechos, además, particularmente gráficos y dolorosos en episodios importantes de la historia de México (Cfr. p.e. las excomuniones de Hidalgo y de Morelos, y la intervención francesa). Estas realidades históricas han de ser estudiadas, matizadas, quizás comprendidas en estudios precisos; pero no deben ser ocultadas, ni ignoradas. Pues sin dicho reconocimiento, fácilmente estaríamos prolongando esos hechos antidemocráticos y antiliberadores, incluso usando una retórica democrática y socialista.

Gran parte del significado de Vaticano II está en la confesión explícita de las fallas históricas de la Iglesia (G.S., 19.3, 36.2, 43.6; D.H., 12.1; U.R., 3.1, 7.2); en el reconocimiento expreso de su constante necesidad de purificación y transformación (L.G., 8.3); y en el reconocimiento dialogal y agradecido del aprendizaje que los cristianos y la Iglesia han hecho y han de seguir haciendo de los procesos históricos de la humanidad (G.S., 44).

Así, pues, una palabra creíble de los cristianos y de la Iglesia sobre la democracia requiere de una conver-

ción intelectual y moral nada fáciles, tanto en su relación con la sociedad y la historia, como en su propia vida y organización internas. De otra forma estarían en lo justo quienes critican a la Iglesia por ofrecer remedios más radicales para la sociedad que para sí misma.

Con respecto al tema que nos ocupa, dicha conversión significa tomarse en serio, teórica y prácticamente, que con el Vaticano II se empezó a cerrar, desde el punto de vista eclesial y con plena legitimidad y aun obligatoriedad evangélica, la larguísima etapa de casi 15 siglos de cristiandad. En realidad el fin del régimen de cristiandad era, en muchos países, un hecho antiguo, aunque no aceptado por la Iglesia; porque sus jerarquías sentían equivocadamente -y quizás interesada y pecadoramente- que el mantenimiento de la identificación o alianza de la Iglesia con el poder del Estado era una necesidad pastoral.

En el caso de la Iglesia mexicana, quizás hay que decir más: a todo lo largo del siglo pasado se dio una constante lucha, fundamentalmente equivocada y largamente perdida, por mantener o rehacer el régimen de cristiandad. Pues bien, una lucha tan terca y tantas veces perdida, hace aún más difícil la conversión mental, afectiva y práctica que hoy se requiere. Porque tales derrotas han dejado unas heridas, unos hábitos mentales, una inercia histórica -tanto en la Iglesia como en los herederos de los otros actores sociales- que dificultan la transformación. Y, sin embargo, sin esta conversión, la nueva causa de la democracia en labios de la Iglesia -y más allá de sus buenas intenciones- sería utilizada para intentar recuperar nostálgicas tajadas de poder al modo de una cristiandad, hoy indeseable e imposible.

Esta autocritica debe hacerse de tal modo que no lleve a la privatización de la fe, que los liberales predicán todos los días a la Iglesia. Más bien ha de llevar a la conversión actuante y al surgimiento de una nueva práctica eclesial. Creemos que signos de esta novedad eclesial se van dando en diversas zonas y sectores de la Iglesia mexicana. Además de la práctica de Don Sergio Mendez Arceo, la línea pastoral de los obispos del Pacífico sur y ciertas intervenciones de algunos obispos del Norte del país son manifestaciones ministeriales salientes de esta mente renovada. Y la práctica de las comunidades eclesiales de base es, quizás, el signo más profundo y esperanzador de esta conversión. Aunque ni en uno ni en otro caso las realizaciones tengan ya la madurez deseable.

1.2 Autocrítica de la izquierda.

Durante largo tiempo el análisis político elaborado a partir del esquema conceptual de la izquierda socialista, incorporó sólo de manera sesgada la cuestión democrática. El interés excluyente en los asuntos de igualdad y justicia sociales, significó la subestimación de los problemas de la democracia política. Con base en dicotomías confusas (democracia formal-democracia sustancial) se tendió a dejar de lado el asunto central de los derechos políticos y las libertades individuales, así como el tema no menos fundamental del pluralismo... Si parte de lo que está en juego en el mundo contemporáneo es la socialización del poder, entonces la democracia funciona como condición de posibilidad de tal socialización, pues sin ella no hay constitución de sujetos políticos capaces de intervenir productivamente en la vida pública.

Carlos Pereyra, 1988.

Si miramos, por otra parte, hacia la izquierda socialista -con la que tiene gran afinidad el sector liberador de la Iglesia-, es claro que hay que partir también de una reflexión autocrítica parecida. Pues hasta muy recientemente sólo ha incorporado de manera sesgada la cuestión democrática. Destaquemos 3 factores que, han influido, entre otros, en esta insuficiencia democrática de la izquierda socialista: 1) La justa necesidad de distanciarse de la peculiar "democracia" preconizada una y otra vez por la política imperialista de los Estados Unidos: una democracia restringida, sin pluralismo real que incluya partidos con verdaderas opciones de cambio social; democracia usada como un arma ideológica para mantener los reales o supuestos intereses imperiales en una América Latina entendida como patio trasero del imperio. 2) El interés ciertamente prioritario por las cuestiones de igualdad y justicia sociales, al volverse exclusivo, no ha permitido darles su importancia a la cuestión de los derechos políticos individuales y al asunto del imprescindible pluralismo político. 3) Una fijación ideológica incapaz de pensar en la complejidad del desafío histórico: al percibir rigidamente el hecho de que la pura democracia representativa es sin duda insuficiente como solución para una sociedad estructuralmente injusta, tiende a ocultarse que también es verdad que un mero socialismo económico conduce a una sociedad políticamente opresiva. Se diría que la izquierda socialista inicia apenas su noviciado democrático. Se tiene la impresión, en algunos casos, de que la entrada en los procesos democráticos se hace por una necesidad

táctica y transitoria. Como si su pensamiento de fondo fuera el siguiente: "Ya que, desgraciadamente, no es posible 'la revolución' -entendida como un acto de fuerza por el que una minoría arriesgada impone su manera de concebir la reestructuración del orden social-, luchemos mientras tanto en el seno de la 'democracia burguesa', que oportunamente destruiremos (no sólo como estructuración injusta, sino también como participación política plural)". El recientemente fallecido Carlos Pereyra ha hecho, en el seno de la izquierda socialista, un sólido trabajo de crítica y de teoría que apunta a la asunción auténticamente estratégica de la democracia para la construcción y ejercicio de un futuro socialismo latinoamericano. Además de la cita de nuestro epígrafe, que se nos permita espigar algunas frases de un magnífico artículo póstumo:

"Se pone de relieve una verdad elemental: el socialismo no es posible sino como obra de la inmensa mayoría del pueblo, es decir como resultado de una amplia hegemonía socialista... Hay quienes creen que mientras funcione el sistema capitalista de relaciones sociales es impensable la formación de una hegemonía alternativa de carácter socialista y la transformación democrática del orden social. Por ello suponen imprescindible un acto de fuerza. La ambigüedad del término 'revolución' permite confundir el esfuerzo colectivo orientado a la reestructuración del orden social y el acto de fuerza donde una minoría impone su manera de concebir dicha reestructuración... Con esta conceptualización del poder (como mero instrumento de clase), el espacio de la política prácticamente desaparece y el esfuerzo entero de organización social queda sustituido por la idea obsesiva y monocorde de la revolución-acto de fuerza, cuyo sendero luminoso no sólo exhibe desde ya ... las penumbras de la intransigencia criminal, sino que ofrece un anticipo de lo que serían los nuevos instrumentos de poder si llegaran a constituirse en gobierno... Si parte de lo que está en juego en el mundo contemporáneo es la socialización del poder, entonces la democracia funciona como condición de posibilidad de tal socialización, pues sin ella no hay constitución de sujetos políticos capaces de intervenir productivamente en la vida pública..." (LA JORNADA de los libros, 6, Agosto, 1988, pp.6-8).

Así, pues, una palabra sólida sobre la democracia, dicha al mismo tiempo desde la fe cristiana y desde la opción por un cambio social radical, requiere de un profundo trabajo de autocrítica y de cambios mentales y prácticos. De otra forma caemos en un oportunismo

que no favorece ni a la autenticidad de la fe cristiana ni a la solidez del cambio social necesario. Teniendo esta autocrítica como condición, digamos brevemente una palabra sobre tres temas de fondo y de actualidad: 1) Democracia y fe cristiana; 2) Democracia y opción por los pobres desde la fe cristiana. 3) Transición mexicana hacia la democracia y fe cristiana liberadora.

2.- DEMOCRACIA Y FE CRISTIANA.

Expresémoslo en forma de breve tesis: la fe cristiana puede y debe reconocer hoy en el sistema y en los procesos democráticos oportunidades y exigencias evangélicas impostergables. Ello aparece claro si nos tomamos en serio: a) la unidad del género humano creado a imagen de Dios; b) el talante de Jesús de Nazaret, hecho al mismo tiempo de interpelación profética, de profundo respeto a la libertad de los hombres y de tolerancia ante sus enemigos; c) la crítica de Jesús a la concentración y divinización del poder, y su espíritu de servicio y participación.

Hablamos de oportunidades y exigencias para la fe -y no de identidad entre fe y democracia, y, menos aún, de "democracia cristiana"- porque la fe cristiana apunta a una plenitud definitiva (o escatológica) que trasciende a los sistemas sociales y políticos. Pero hablamos de oportunidades y exigencias HOY IMPOSTERGABLES, porque los valores y los recuerdos de la fe han de encarnarse en situaciones concretas con un máximo de fidelidad, discernimiento y audacia.

Hablamos del sistema y de los procesos democráticos para no encerrar la democracia en la pura representatividad electoral o en la división de los poderes estatales -por necesarios que sean estos elementos-, y para concebirla más ampliamente, refiriéndola a procesos políticos, sociales, económicos y culturales de efectiva participación.

2.1 Democracia y unidad del género humano.

La convicción creyente en la unidad del género humano, creado a imagen de Dios, tiene profundas virtualidades y exigencias democráticas. Todos los hombres y mujeres son sujetos de dignidad y participación, colaboradores -en su libre y solidaria subjetividad- en la transformación humanizadora de una creación incompleta. Ni una visión aristocratizante y

elitista, ni una visión maniqueamente clasista de la vida social hacen justicia a la unidad del género humano, creado por Dios como insustituible cocreador de la historia. Dios llama a todos los hombres a que sean sujetos solidarios y responsables en su presencia, no conquistando su libre subjetividad a costa de los otros, al margen de los otros o en contra de los otros, sino con los otros.

Al hablar de subjetividad solidaria, queremos superar una visión individualista, y aun personalista, del hombre, y también un colectivismo mecanicista de la historia y la sociedad. Para la fe cristiana, lo originario no es el individuo sólo, ni la historia cosificada; sino la mutua pertenencia entre individuo y sociedad: no hay individuo humano sino para y por la solidaridad común; y no hay historia común sino por y para las personas libres y solidarias.

La historia concreta muestra muchas veces esta unidad del género humano rota por el pecado, y esta imagen de Dios mancillada por las idolatrías del dinero, el poder y el prestigio. Pero deducir de ello un maniqueísmo político que excluyera a algunos del derecho y la obligación de la participación solidaria, no sólo hace imposible la democracia, sino que atenta directamente contra la fe cristiana. Esto es tanto más importante cuanto las exclusiones suelen hacerse desde los poderosos y ricos hacia los débiles y pobres, desde los hombres hacia las mujeres, desde las mayorías raciales, culturales y religiosas hacia las minorías correspondientes ("negros, indios, protestantes, infieles, ateos, homosexuales, comunistas...").

Esta necesaria subjetividad participativa de todos los hombres no hace -obviamente- legítimo lo que realice cada individuo, ni armoniza los intereses de los individuos, las clases, las razas, los grupos humanos. (Y por ello tendremos que hablar, en nuestro siguiente apartado, de la opción por los pobres). Pero sí indica una dinámica de participación universal y señala una prohibición de la exclusión y el monopolio.

Hoy, alcanzar en la práctica eclesial y política el dinamismo de este artículo de nuestra fe, es una oportunidad y una tarea nueva, difícil y compleja. La vida eclesial está todavía demasiado marcada por largos exclusivismos y monopolios históricos (anticristianos y antidemocráticos) y por nuevas tentaciones maniqueas. El espíritu de la cruzada y la inquisición renace hoy con frecuencia, a veces en grotescas formas reaccionarias, otras en curiosas formas izquierdistas de maniqueísmo secularizado. Más aún: lo que justa-

mente podemos considerar como la más grande oportunidad evangélica de nuestra época -simbolizada en la opción preferencial por los pobres- puede convertirse, a falta de calidad cristiana y de seria formación política, en sectarismo antidemocrático, malo para la transformación liberadora de la sociedad y mortal para la fe cristiana. Por esto decimos, como abundaremos más abajo, que la integración entre el desafío de la democracia y la tarea de la liberación de los pobres va siendo, quizás, el reto central de nuestro tiempo.

2.2 Democracia y talante de Jesús.

El talante de Jesús, en un mundo de pecado al que se acerca ya el Reino de Dios, es ciertamente profético, con todo lo que ello lleva de anuncio, de denuncia, de urgente interpelación; pero es, al mismo tiempo, un talante seriamente respetuoso de la libertad de los hombres, expresamente tolerante con lo que es, o parece ser, la cizaña en medio del trigo. Y todo esto no por método exterior o por incapacidad para el uso de la fuerza o la seducción, sino por la convicción radical de que ni siquiera la salvación puede forzarse por encima de la libre participación de los hombres. Por este talante, profético y respetuoso a la vez, Jesús llegó hasta la cruz.

El camino y el talante de Jesús no es, directamente, un modelo de transformación y organización política. En este sentido tiene razón Freud cuando afirma que si se pusiera por ley civil de una sociedad histórica el Sermón de la Montaña, de ahí no brotaría el milagro de la armonía sino una verdadera catástrofe social; pues las indicaciones de Jesús, elevadas a norma social - por ejemplo el mandato de darle también la camisa a quien te haya quitado el manto-, implicarían un premio directo a la maldad. Pero no cabe duda que el respeto a la libertad que Jesús practicó de una manera tan consistente y radical, y que sí pertenece a lo normativo y salvífico de la revelación, posee profundos dinamismos y exigencias hacia una auténtica democracia.

2.3 Democracia, cauce de participación y de crítica al poder.

Finalmente, Jesús criticó la concentración opresora y autodivinizante del poder y propuso una dinámica de servicio y participación igualitarios. Al hacer esto no estaba pensando en lo que hoy llamaríamos la sociedad secular, sino en la comunidad

de sus seguidores ("No ha de ser así entre ustedes"). Pero es bastante claro que pensaba a ésta como una comunidad alternativa de crítica y de servicio al mundo. Por ello, si concebimos el sistema y los procesos democráticos como cauces de socialización del poder, el espíritu de Jesús tiene claras potencialidades y exigencias democráticas. Con estas indicaciones no queremos resolver, ni siquiera plantear, los múltiples y complejos problemas de la democracia (jurídicos, políticos, económicos); pero sí queremos indicar que los cristianos, y la Iglesia, si superamos nuestros lastres históricos, podemos y debemos tomarnos en serio la democracia y reconocer en ella elementos enraizados en el Evangelio.

3.- DEMOCRACIA Y OPCION POR LOS POBRES DESDE LA FE CRISTIANA.

El reto de hoy, pese a la importancia histórica y cristiana de la democracia, es mucho más rico y complejo. No hay duda que el llamado central de toda nuestra época no tiene como primera palabra "democracia", sino "opción por los pobres". Así queda evidenciado a nuestro juicio en el siguiente texto de Puebla: "Y porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo. Todo lo que hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños a mi me lo hicieron (Mt. 25, 40)" (Mensaje de Puebla, 3,14).

Aquí no queremos fundamentar nuevamente la opción por los pobres. Sino ofrecer sencillamente algunas reflexiones que muestren la convergencia cristiana e histórica entre opción por los pobres y democracia. Procederemos por tres pasos: primero, mostrar que no se trata de una convergencia mecánica; segundo: ofrecer las perspectivas de la convergencia real; tercero: señalar algunas exigencias prácticas de dicha convergencia.

3.1 No hay convergencia automática.

No se trata ciertamente de una convergencia mecánica. Pues ha habido procesos que, constituyendo una cierta democracia, han sido objetivamente dañinos a los pobres. Y ha habido procesos que, con notables logros en la justicia, han implicado graves

daños a la libertad y participación políticos. Veámoslo brevemente.

Demasiado a la vista están las democracias representativas europeas que, incluso con partidos "socialistas" en el poder, han venido a constituir lo que hoy llaman los especialistas "sociedades de los dos tercios": dos tercios de ricos y de clases medias con buenos empleos, y un tercio de pobres y desempleados, al interior de sociedades profundamente insolidarias con el "tercer mundo" e inconscientes de su causalidad en la pobreza y miseria de e. mundo. Demasiado a la vista está, también, la democracia norteamericana, cuyo dominio económico y político es causa estructural importante y muchas veces cómplice y causa intencional y directa para hacer imposible o muy difícil la vigencia de los derechos democráticos en los países pobres (Cfr. las intervenciones norteamericanas en la Guatemala de Arbenz, el Chile de Allende, la Granada de ayer, la Nicaragua de hoy, y un larguísimo etcétera). Los propugnadores de una "democracia sin adjetivos" olvidan o minusvaloran estas realidades macizas.

También son hoy claras las fallas estructurales y tremendamente opresoras de los socialismos realmente existentes, contruidos de alguna manera desde la opción por los pobres, pero sin democracia. Algunos revolucionarios entusiastas y generosos olvidan o minusvaloran estas realidades igualmente sólidas.

¿Cómo pensar y practicar, entonces, esta convergencia no mecánica entre opción por los pobres y democracia, tomadas ambas en radicalidad?

3.2 Perspectiva en que convergen democracia y opción por los pobres.

Nos parece que esta convergencia no puede lograrse si la lucha por la democracia política se vive desde la abstracción liberal (y en el fondo burguesa) de una universalidad idealista de los derechos humanos. Sólo habrá convergencia si se lucha por la democracia desde el reconocimiento incondicional de los derechos conculcados de los pobres, derechos cuyo ejercicio está violado en su raíz misma, que es una vida humana suficientemente constituida. Para decirlo en términos evangélicos: la suprema dignidad del hombre no dice: "te encontraste con alguien como tú e hiciste con él un pacto entre iguales, fruto del diálogo inteligente y respetuoso"; sino: "tuve hambre y me diste de comer".

Para decirlo en términos sociopolíticos concretos: una democracia política interior a una estructuración socioeconómica que produce desigualdad real y extrema para las mayorías pobres, afirma verbalmente la universalidad de los derechos humanos, pero en realidad excluye a las mayorías porque les impide, con eficaces condiciones socioeconómicas, ser y actuar como sujetos. Y decimos que dicha forma de luchar por la democracia implica en el fondo una concepción "burguesa" de los derechos humanos -dando a este adjetivo no un sentido demagógico, sino crítico-, porque en verdad no se da en ella un reconocimiento incondicional de los derechos del otro en su dignidad, sino un reconocimiento condicional que tiende a convertirse en pacto de intercambio entre "iguales", entre "personas razonables y bien situadas" que se defienden mutuamente en sus intereses. Los protagonistas de una democracia sin adjetivos son siempre los intelectuales, las personas razonables, los ya situados en la sociedad, los empresarios, las clases medias, etc. Para esta búsqueda de participación abstractamente universalista, las luchas de los pobres, de los indigentes son fenómenos peligrosos y sin dignidad. En cambio una lucha por la democracia desde la opción por los pobres afirma la universalidad de los derechos humanos desde una decidida parcialidad por y con los oprimidos. Porque el horizonte y el correctivo de la acción no es la historia de los vencedores (no es el anhelo de llegar a ser como los Estados Unidos o como la URSS), sino la historia del sufrimiento y el anhelo de libertad de los hombres y los pueblos pobres. No se lucha por la democracia principalmente para que los ya económica y socialmente situados ejerzan también sus derechos políticos, sino para que los injustamente preteridos vivan y logren ser sujetos participativos.

Para decirlo en forma de slogan: a una democracia sin adjetivos ha de oponerse, desde la opción por los pobres, una democracia con sujetos: con sujetos que vivan y participen, y con sujetos prioritarios: los pobres y oprimidos.

La fundamentación cristiana de esta perspectiva no es otra que la práctica de Jesús (y de los profetas): Jesús afirma la Buena Noticia para todo Israel identificándose con "esa gentuza que no conoce la ley" y posibilitándoles a los pobres el ser sujeto solidario en la presencia de Dios. Jesús no proclama y practica la universalidad de su mensaje desde los ya situados, o desde una mera universalidad idílico-afirmativa, sino inequívocamente desde los pobres, los hambrientos, los excluidos, los pecadores, los publicanos, las prostitutas.

Digámoslo todavía desde un punto de vista complementario: no se lucha por la democracia para entrar en una "modernidad" contradictoria, que afirma abstractamente la universalidad de los derechos humanos y que realiza eficaz y concretamente la exclusión (y aun la muerte) de las mayorías pobres, porque está poseída por una racionalidad insolidaria individualista y excluyente. Se lucha, más bien, por la democracia, para entrar en una sociedad donde efectivamente tengan vigencia los derechos de todos, empezando por los derechos de los secularmente excluidos. La lucha por la democracia, y el apoyo cristiano a esta lucha, no puede convertirse en la afirmación implícita de las dinámicas de las clases medias, de los bienpensantes, de los sectores "modernizados" y cultivados -por legítimas que puedan ser estas dinámicas-, mientras se miran como peligrosas, excesivas, "subversivas" las reivindicaciones de los pobres, de los campesinos, los indígenas, los obreros, los habitantes de los suburbios. Una consecuencia eclesialmente importante de esta perspectiva es la siguiente: un trabajo leal por la democracia hecho desde el sector cristiano no tiene por qué no incluir la superación de la legalidad injusta de la constitución mexicana en asuntos religiosos; porque se trata de derechos humanos fundamentales. Pero este trabajo se corrompería democrática y eclesialmente, si se hiciera bajo el imperativo consciente o inconsciente de luchar por una fuerte institucionalidad eclesial al modo de la cristiandad. Más bien una colaboración leal por la democracia ha de ser eclesialmente más desinteresada: ha de buscar, prioritaria y evangélicamente, que los pobres lleguen a ser sujeto efectivo en la sociedad y en la política.

Así, la lucha por la democracia no puede convertirse en un apoyo privilegiado a los programas que incluyen demandas ligadas a la confesionalidad católica en su sentido más superficial; mientras esa lucha se distancia de las demandas de los pobres, que son en efecto más radicales. Ya señalamos en nuestro apartado anterior que esta perspectiva parcialista por los pobres ha de ser seria y consistentemente universalista en cuanto a los derechos, el sistema y los procesos democráticos. Añadamos ahora que la seriedad democrática es vital para que las vanguardias políticas no se apropien de la causa de los pobres y conduzcan a una situación totalitaria y burocrática. De lo que se trata es de la efectiva participación de todos los hombres (aunque pueda y deba haber representatividad y no una utópica democracia directa; pero representatividad efectivamente controlada por

un pueblo que va siendo sujeto a los más diversos niveles).

3.3 Las exigencias prácticas de una opción democrática por los pobres.

Esta perspectiva convergente entre democracia y opción por los pobres, no es sólo un horizonte teórico, sino implica también una serie de exigencias prácticas. Señalemos tres de ellas:

1) La lucha por la democracia política ha de complementarse y posibilitarse a través de la lucha por una economía y una política que prioricen efectivamente la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías pobres. Sin la realización suficiente de esta tarea no puede llegarse sino a la falsa democracia de las minorías insolidarias. Es hipócrita hablar de los derechos políticos de los hambrientos. Porque todo derecho político sólo es efectivo, si es el derecho de una vida humana suficientemente constituida; y la vida humana de los hambrientos está eficazmente impedida. "La libertad con hambre / es una flor encima de un cadáver" (Casaldáliga).

2) El contenido central del sistema y de los procesos democráticos ha de ser la participación popular efectiva. Ello implica sobre todo la creación y consolidación de una auténtica sociedad civil popular; es decir de redes de pequeñas organizaciones populares autogestionarias e interrelacionadas entre sí en las que los pobres van siendo efectivos sujetos de su vida económica, cultural, política y religiosa, y desde las que pueden participar en la vida política más global.

3) Sólo puede construirse una auténtica democracia a la altura de la dignidad humana de todos, si a la lucha por el reconocimiento de los derechos políticos se va uniendo la creación de una nueva cultura de alto contenido ético cuyo eje central sea la solidaridad con los pobres y de los pobres. De otra forma, a lo más que se puede llegar es, en situaciones de cierta abundancia económica, a "las sociedades de los dos tercios", y en situaciones de crisis económica, a los regímenes dictatoriales de seguridad nacional o al mantenimiento de la peculiar "democracia" de un partido de Estado crecientemente represivo.

Creemos que estas tres tareas traducen operativamente y en dinámica democrática la opción por los pobres, exigida por la fe cristiana.

4.- TRANSICION MEXICANA A LA DEMOCRACIA Y FE CRISTIANA LIBERADORA.

A partir sobre todo de las elecciones pasadas, los analistas políticos han saludado la posibilidad, amenazada pero real, de que la sociedad mexicana esté iniciando un serio proceso de transición hacia la democracia. Además, tanto los resultados oficiales y los ocultados de las elecciones, como los procesos de participación popular y política que han acompañado a todo el proceso, se han interpretado como expresiones de una voluntad muy amplia de transformación democrática.

Creemos que los cristianos y las comunidades eclesiales han de comprometerse en este proceso de transición democrática. Recomendamos vivamente el documento FE CRISTIANA Y COMPROMISO POSTELECTORAL que un grupo de centros cristianos ha elaborado sobre esta coyuntura política. (Documento que publicamos también en este número). Y, en el contexto de este editorial, queremos señalar 5 tareas enfocadas a apoyar sólida y cristianamente este proceso de transición democrática.

4.1 Colaboración en la creación de una sociedad civil popular.

Parece que la transición a la democracia sólo será sólida si se va creando una verdadera red de organizaciones populares autónomas e interrelacionadas. Sin la participación de una sociedad civil popular, la transición sólo llevaría al cambio de la minoría que domina. La mera indoctrinación y agitación exteriores -aunque sean hechas con la mejor voluntad revolucionaria de las vanguardias- no van creando democracia liberadora. Esta sólo crecerá con la libre participación del pueblo a todos los niveles. Dentro de la complejidad de lo real, habrá que ir buscando las articulaciones correctas entre las organizaciones sociales y las organizaciones más estrictamente políticas, ambas necesarias para la democracia.

Las propias comunidades eclesiales de base son ya una forma de sociedad civil popular. Son lugares en los que el pueblo se va constituyendo como sujeto a través de nuevas prácticas de solidaridad, reivindicación, defensa de los derechos humanos, y a través del recuerdo de Jesucristo y las tradiciones de la fe, evocados y celebrados al ritmo de su vida y liberación. Estas comunidades pueden y deben hacerse presentes

en y articularse con diversas instancias del movimiento popular, dando ahí su aporte evangélico propio. Y pueden y deben ser semilleros de vocaciones más estrictamente políticas de cristianos comprometidos en las luchas populares.

4.2 Operativización de la misión profética de la Iglesia:

En la actual coyuntura aparecen tres tareas principales para el profetismo de las comunidades cristianas: a) la crítica de las falsificaciones de la democracia; b) el llamado a la participación política esperanzada y creadora; c) la defensa de los derechos humanos, especialmente de los pobres.

Las comunidades cristianas no han de reprimir la expresión vigorosa, desde la sociedad civil y desde valores éticos y jurídicos universales, de un juicio condenatorio del fraude y la imposición electoral. Aunque deben esforzarse por dejar claro que este juicio no persigue intereses eclesiásticos inconfesables, no deben autocensurarse por temor a que se den tales interpretaciones. Las autocensuras medrosas, que anteponen la tranquilidad institucional a todo bien, incluso mayor, son una infidelidad a la misión profética de la Iglesia, y lo que logran es minar aún más la credibilidad eclesial.

Junto con la crítica ha de venir el llamado a la esperanza constructora, a la participación política creadora. La transición a la democracia es una tarea larga, difícil y compleja. No podrá realizarse sin una amplia y perseverante participación social y política. Después de las legítimas euforias por los cambios - hasta cierto punto sorprendidos - expresados en las elecciones, pueden venir la desilusión y el cansancio ante las dificultades para consolidar lo logrado y avanzar hacia el futuro con el realismo y la audacia necesarios para evitar las indeseables salidas violentas. Entre el optimismo fácil, que prepara futuras desilusiones, y el pesimismo incomprometido, ha de trabajarse desde la esperanza responsable. Tanto el mundo tradicional católico de las clases medias y altas, tentado de un escepticismo maniqueo que juzga como mala, irredenta e inútil la actividad política; como el mundo popular, tentado por la resignación secular o el fácil mesianismo, requieren del mensaje y la fuerza de la esperanza responsable, referida específicamente a las tareas sociales y políticas. Sin una nueva cultura política, hecha de solidaridad responsable y así esperanzada, no podrá haber transición a la democracia. Sino una

nueva capitulación, después de la euforia, en manos de los poderes "de siempre". Pertenece, finalmente, al profetismo eclesial la defensa de los derechos humanos, especialmente de los pobres. Se trata de una práctica tradicional, que viene desde los Padres de la Iglesia, y que ha sido actualizada con vigor por Iglesias y episcopados como los de Brasil, Chile, El Salvador. Práctica que la Iglesia y el episcopado mexicanos hemos de alcanzar con desisterés y atrevimiento, superando miedos e inhibiciones (como los manifestados de manera tristemente célebre cuando se cerraron las puertas de la iglesia de Tlaltelolco el 2 de Octubre de 1968).

4.3 Práctica intraeclesial de participación y servicio desde los pobres.

No puede la Iglesia recetar los remedios democráticos y liberadores para la sociedad secular, y desoír sus propios imperativos evangélicos de participación y de opción por los pobres, como configuradores de la vida y las estructuras intraeclesiales. Es verdad que la Iglesia no constituye, por muchas razones, una democracia secular. Y no podemos entrar aquí en el importante y delicado tema de lo que significa, respetando la peculiaridad de la Iglesia, su "democratización". Pero más allá de eso, es evidente que la Iglesia mexicana está muy lejos todavía de vivir la eclesiología de comunión y participación proclamada por el Vaticano II. Y que tiene muchísimo por hacer para transformarse no sólo en Iglesia para los pobres, sino en Iglesia de los pobres, como lo ha proclamado en Medellín y Puebla.

La realización de estas tareas evangélicamente urgentes de conversión eclesial, si se dan, tendrían una enorme eficacia simbólico-sacramental para la consolidación de una democracia liberadora en nuestro país. Y si no se dan, esta omisión anularía todas las proclamas democrático-liberadoras de la Iglesia y las comunidades cristianas.

4.4 Valoración cristiana del mundo político, especialmente popular, por sus valores humanos y liberadores, y no por su retórica o su confesionalidad.

En muchos medios culturales en los que nos movemos los cristianos mexicanos, tiende a haber una valoración negativa del mundo político, y específicamente del mundo político popular (en donde siempre tiende a leerse resentimiento, odio, "comunismo",

peligro). Y una tendencia a valorar los proyectos y las acciones políticas por su referencia explícita a la confesión cristiana, independientemente de los valores por los que se lucha a través de esos proyectos y acciones.

En contra de esta cultura -que muchas veces es automática, casi inconsciente, y que ha de juzgarse como falsamente cristiana-, hemos de aprender a valorar los proyectos y las acciones políticas ante todo desde la opción preferencial por los pobres. Las luchas de los pobres tienen dignidad y justicia. Y, cristológicamente, es en ellas donde se concentra la mayor interpelación evangélica. (Aunque no por ello hayan de sacralizarse sus formas seculares concretas).

4.5 Invocación de la gracia en la libertad democrática y en la liberación de los pobres.

Intentemos, para concluir, una formulación englobante de las tareas cristianas y eclesiales, no sólo ante la coyuntura postelectoral, sino también ante los grandes retos de la democracia y la liberación de los pobres. Y pongámoslo en forma de dos preguntas.

Primera pregunta: ¿cómo puede actuar hoy la Iglesia mexicana en su conjunto, para no moverse bajo la compulsión de sus traumas históricos, sino desde la gracia del Evangelio y la memoria de Jesucristo?

No cabe duda que la situación sociohistórica de la Iglesia mexicana -que hemos de asumir sin patetismos y transformar responsablemente- es una situación algo desquiciada por largas historias pasadas. Este desquiciamiento conlleva también, si se nos permite hablar así, traumas e inercias institucionales. Pues bien, sólo podremos superar y transformar esta situación -y todos somos corresponsables de ello-, si logramos como Iglesia: buscar, invocar y vivir la gracia de Jesucristo, al mismo tiempo y profundamente, en la libertad democrática de los hombres y en la liberación integral de los pobres. Ello sólo podrá suceder si la Iglesia se inserta más y más en el mundo y en la causa de los pobres, y si éstos llegan a ser auténtico y central sujeto eclesial.

No podremos superar dicha situación y dichos traumas, ni con la nostalgia del poder de la cristiandad, ni con el miedo ante los retos y los poderes dominantes, ni con las meras fórmulas ideológicas; sino exclusivamente con la libertad que brota del Evangelio de Jesucristo y que hoy ha de manifestarse en el servicio desinteresado a la democracia, y en el

servicio a la liberación de los pobres. Ambos servicios conducirán, aquí como en otras partes, a la persecución y a la cruz, sin los que no hay vida nueva.

Segunda pregunta: ¿Cómo podemos actuar los cristianos no desde el oportunismo de las meras coyunturas o desde los imperativos puramente éticos o ideológicos, sino desde la gracia y el seguimiento del crucificado?

Los cristianos no podremos superar oportunismos o peligros de reduccionismo ético y político huyendo los retos del momento. Sino invocando, descubriendo y practicando la gracia mesiánica de Jesucristo en la promoción democrática de la libertad y en la liberación de los pobres y oprimidos.



60 AÑOS DE GUSTAVO GUTIERREZ

UNIVERSALIDAD DE LA TEOLOGIA
DE LA LIBERACION

Jon Sobrino

Maryknoll es un hermoso lugar a unos 50 kilómetros de la ciudad de Nueva York. Allí están las casas centrales de los padres y de las hermanas de Maryknoll y también la editorial Orbis Books que ha difundido la teología de la liberación y las nuevas teologías que surgen en Asia y en África entre los lectores de habla inglesa en todo el mundo. La última vez que estuve en Maryknoll fue en enero de 1981 pocas semanas después del asesinato de las cuatro misioneras estadounidenses. Fui allí a hablar a las hermanas para darles ánimo en la prueba y para agradecerles el testimonio martirial de Ita y Maura: ese amor y esa sangre derramada que es el mejor don de Estados Unidos a nuestro país.

Entre el 15 y el 19 de julio he vuelto a estar en Maryknoll, esta vez para participar en un curso de teología y en la celebración de los sesenta años de Gustavo Gutiérrez, cosas ambas que me han impactado. Había allí unas 150 personas de América Latina, África y Asia y, por supuesto, de Estados Unidos. Aunque de diversas confesiones y de diversos países, algo importante nos unía a todos: cómo hacer y pensar para vivir nuestra fe y hacerla productiva en medio de tanto sufrimiento producido por la pobreza y la muerte, el racismo, el colonialismo que ha querido robar hasta la identidad de los pueblos... Allí estaba Albert Nolan, dominico inglés con largos años en Sudáfrica luchando contra la cruel aberración del apartheid. Allí estaban haitianos, sumidos en la indignación y preguntándose qué hacer. Allí estaban indonesios, pakistaníes, indios preguntándose cómo hacer relevante en sus países la fe en Jesucristo y

cómo hacer para que esa fe les hiciese más y no menos asiáticos. Allí estaba un japonés tratando de escribir teología de la liberación para su país, sometido a una galopante occidentalización. Allí estaba un palestino cristiano, pidiendo, casi con súplicas, la presencia de las Iglesias en la atormentada Palestina para animar y dar un aporte cristiano a la solución de la tragedia. Allí estaba un judío ortodoxo, fiel creyente en Jahvé, admirador de los profetas y de Jesús, desarrollando una teología judía de la liberación y pidiendo a los cristianos la fidelidad a un Jesús liberador. Y allí estaban muchos norteamericanos y norteamericanas, ventilando sus propios problemas, cómo vivir la fe con sentido en un país cada vez más deshumanizado y deshumanizante, y preguntándose cómo reparar por el pecado de su país hacia el tercer mundo.

Confieso que ver reunida a tanta y tan diversa gente me impactó. Hace veinte años esta reunión hubiese sido imposible y no pude menos de preguntarme por qué. Yo creo que en estos años el espíritu de Dios ha estado actuante en este mundo, ha dicho una palabra inocultable a través de los clamores de los pobres y ha suscitado una esperanza. Ese Dios es para mí el Dios de Jesucristo, pero lo he sentido también con rostros africanos y asiáticos, con rostros de



hombres y de mujeres, en definitiva como un Dios verdaderamente de los pobres, sean éstos los pobres cristianos de América Latina, los pobres asiáticos con sus milenarias religiones o los pobres africanos con sus propias tradiciones religiosas. Sentí un gran gozo al ver que a todos nos han unificado los pobres y que ellos están en la base del verdadero ecumenismo religioso y teológico, que ya no podemos usar a Dios, sea el que fuere, para atacar, destruir o avasallar a quienes creen en Dios de otra manera, sino que el verdadero Dios se va revelando a través de los pobres de todo el mundo. Esto es lo que más me impactó.

Pero pensé también que esa eclosión de los pobres de este mundo, y de Dios a través de ellos, ha sido facilitada por la teología de la liberación. Desde luego, no debe verse aquí ningún triunfalismo ni teológico ni latinoamericano. Existen discusiones dentro del tercer mundo sobre lo que debe ser una teología adecuada a cada uno de los continentes y a cada una de las situaciones; dentro de la misma teología latinoamericana de la liberación hay discusiones, reconocimiento de las limitaciones y aun errores, y necesidad de apertura a nuevas perspectivas (Gustavo Gutiérrez recordó la necesidad de tomar más y más en serio la problemática de los indígenas latinoamericanos, de las poblaciones afro-americanas, de la mujer, de la problemática cultural y psicosocial de los pobres, incluso de la "ecología" como problema fundamental de la tierra y como necesidad del cultivo de lo estético, de la belleza etc).

Nada pues de triunfalismo; pero, con todo, algo profundo expresa la teología de la liberación que sigue teniendo gran validez -cada vez mayor- y sigue teniendo gran fuerza. En las palabras del obispo brasileño, don Luciano Mendes de Almeida, "la teología de la liberación ha puesto el dedo en la llaga de la realidad"; en las palabras de Gustavo Gutiérrez, "cómo decir a los pobres de este mundo que Dios los ama". Unificar a Dios y los pobres de este mundo, hacer que la fe en Dios tenga como elemento constitutivo la misericordia y la justicia hacia los pobres, y que el sufrimiento y la esperanza de los pobres nos abran los ojos y el corazón hacia la fe, creo que es el aporte más importante e instituable de la teología de la liberación.

LOS SESENTA AÑOS DE GUSTAVO GUTIÉRREZ

En este contexto real comprendí la celebración de



los sesenta años de Gustavo Gutiérrez, pues en él se ha concentrado el agradecimiento de muchos, en todo el mundo, por esa nueva visión de Dios y de los pobres. Gustavo Gutiérrez habló varias veces en el encuentro. Con esa mezcla de firmeza y humildad, característica suya, recordó lo que está en el origen de la teología de la liberación, la necesidad de nuevas perspectivas y, sobre todo, el método fundamental: en la cercanía y en el acompañamiento a los pobres, sus problemas y sus luchas, la teología va encontrando su propio camino porque cree que esos son los caminos que Dios transita en la historia; y desde Dios -mayor que cualquier camino concreto, aunque pase por ellos- la teología va mostrando los mejores caminos de liberación y de humanización.

El sábado 16 hubo un homenaje a Gustavo, sencillo, cariñoso y sobre todo agradecido por lo que él es y simboliza. Más de cien obispos enviaron telegramas de felicitación. El cardenal Arns de Sao Paulo y el cardenal Kim de Seul enviaron largos escritos, cariñosos y razonados: la teología de la liberación es la que ha posibilitado, después de años y siglos, una orientación cristiana y eficaz de la fe y de la caridad en el tercer mundo. También el obispo Desmond Tutu, premio nobel de la paz, y muchísimos otros se adhirieron al homenaje. Un sacerdote que ha pasado casi veinte años en una cárcel de China, ahora ya puesto en libertad, dijo con gran gozo cómo pudo, por fin, explicar a sus compatriotas que la Iglesia de Jesús se preocupa por los pobres al mostrarles las obras de Gustavo en inglés. Y junto a estas personalidades, muchos otros cristianos que viven el día a día de la pobreza. Unos cristianos pakistaníes quieren

proponerle para el premio nobel de la paz. Y una familia indígena de Guatemala -a quienes los monjes de Mont Vernon les han dado santuario-, olvidando sus propias penas y sufrimientos, le cantaron al son de la marimba.

El sábado 17 de julio celebramos en la eucaristía la acción de gracias por los 60 años de Gustavo, por los 20 años de Medellín y sobre todo -como dije en la homilía- por una triple irrupción: la irrupción de los pobres, la irrupción de Dios a través de ellos y la irrupción de lo que es nuestro verdadero ser humano en solidaridad con los pobres de este mundo. La celebración la presidió el obispo norteamericano Peter Rosazza, figura importante en la redacción de la carta pastoral de los obispos norteamericanos sobre *Justicia para todos*, y junto a él estábamos Gustavo, el P. Guillermo, superior general de los Maryknoll, la hermana Luisa, superiora general de las Maryknoll y yo. Los monjes de Mont Vernon cantaron y bailaron. Los editores de Orbis Books ofrecieron a Gustavo un libro de más de 700 páginas con escritos en su honor.

En la homilía traté de expresar lo que para mí ha significado la teología de Gustavo Gutiérrez y la teología de la liberación en general. Es una teología basada honda y decididamente en la misericordia, y en una misericordia que quiere ser eficaz en verdad y por ello propicia la justicia y el cambio de estructuras opresoras. Es una teología conflictiva por necesidad porque toca los ídolos de este mundo. Es una teología espiritual, que se hace bebiendo del pozo de agua viva que es Jesús; y popular, pues esa agua se encuentra en el pozo que los pobres han ido llenando con su propio espíritu, su cultura y su gozo, y también con sus lágrimas y su sangre. Es una teología que trata de ser honrada con la realidad de Dios y con la realidad de los pobres, dispuesta por ello a reconocer sus limitaciones y a escuchar las nuevas palabras que siguen pronunciando Dios y los pobres.

Para terminar la homilía no se me ocurrió nada mejor que recordar la presencia de Gustavo Gutiérrez en El Salvador aquel 30 de marzo de 1980 en que celebramos el entierro de Monseñor Romero. Gustavo vino no como reconocido teólogo ni como importante figura eclesial, sino como uno más, como cristiano y como latinoamericano. Simplemente estuvo allí, al pie de la cruz de los salvadoreños, signo elocuente de su diario llevar la cruz de su pueblo peruano.

Al final de la eucaristía Gustavo Gutiérrez dijo unas palabras de agradecimiento. Se le veía abrumado por tanto homenaje, pero también contento. Su vida y su obra no han sido en vano; y, a pesar de tantas dificultades e incomprendimientos, el amor de Dios a los pobres y el camino de los pobres a Dios han entrado en nuestra historia para quedarse.

Gustavo Gutiérrez es un símbolo de la teología de la liberación y de la fe liberadora. Sus obras han sido traducidas a muchísimos idiomas, incluido el japonés, y la edición inglesa de su *Teología de la liberación* roza ya los 100,000 ejemplares. Hace un mes estuvo en Moscú, junto con una delegación del CELAM, para conmemorar el primer milenio del cristianismo en la Unión Soviética. El 21 de julio ha estado en Inglaterra para hablar a la Iglesia Anglicana en la solemne asamblea que celebran en Lambeth una vez cada diez años. Y así podríamos seguir.

Pero al verdadero Gustavo hay que buscarlo en otra parte, cerca de su pueblo y de los pobres en su parroquia de Cristo Redentor en Lima, en las largas y cariñosas palabras que dirigió en su homilía a los indígenas Mam de Guatemala -únicos representantes, entre tantas personalidades, de los pueblos oprimidos-, o en la catedral de San Salvador aquel 30 de marzo.

En esos días hablé mucho con él, pero lo que más recuerdo es el gozo que comunica cuando habla de su pueblo y de los pequeños. "Mi cumpleaños de verdad se celebra en junio. Ya lo celebré en mi parroquia con 400 niños. Y esa ha sido la mejor celebración". Para el lector salvadoreño y para muchos otros será alentador saber lo que dijo después de mi homilía. "Tienes razón. El martirio de Monseñor Romero ha sido algo transcendental en mi vida".

Así es Gustavo Gutiérrez. Junto con otros muchos teólogos, junto con varios obispos, junto con sacerdotes y religiosas, y sobre todo junto con millones de pobres en todo el mundo ha hecho más presente a Dios en nuestro mundo y ha mostrado mejor el camino de los pobres y de todos nosotros a Dios. Por todas esas cosas, esos días en Maryknoll han sido días de alegría y de agradecimiento. Desde esta *Carta a las Iglesias* agradecemos a Gustavo Gutiérrez su vida y su obra y le deseamos que la bendición de Dios le acompañe siempre.

**ESPIRITUALIDAD:
CONSISTENCIA Y
RESISTENCIA**

FIRMES EN SOLIDARIDAD, RESISTENCIA
Y ESPERANZA

“OH NOCHE QUE JUNTASTE...”
ESPIRITUALIDAD PARA EL INVIERNO
ECLESIAL

“BAJAR” AL ENCUENTRO DE DIOS. LA
TRANSPARENCIA DEL BARRO

CONTEMPLACION Y DISCERNIMIENTO
EN LA VIDA DIARIA

“...DE FRENTE AL OFICIO DIVINO
DE VIVIR”



CUADERNO

¿Cómo lograr que la firmeza interior sea limpia y constructiva y no amarga y resentida? Invocando y contemplando, en medio del seguimiento de Jesucristo y la fidelidad al pueblo, la gratuidad liberadora de Dios. Esta "contemplación en la liberación", para ser auténtica, requiere de una desposesión y purificación radicales, que sólo pueden ser don de Dios. Pues de lo que se trata es de mirar en la fe el proyecto de Dios en acción, no como triunfo de las propias ideas y planes; sino como triunfo de la misericordia liberadora y redentora del Padre. Quizás esta alegría, que no se opone ni al sufrimiento ni al duro compromiso, nos alcance como un don si "bajamos" al encuentro del Padre en y con los pobres.

En segundo lugar: resistencia. En dos sentidos: como capacidad de perseverar y como capacidad de superar obstáculos.

Esta resistencia implica una madurez del sentido de Iglesia, para el que quizás no hemos sido educados los católicos de este siglo: 1) Aceptar el pluralismo no como una desdichada necesidad que brota sólo del pecado, sino como comunión en la diversidad aceptada. 2) Resistir, con auténtica libertad evangélica, a las tendencias que nos parezcan que alejan a la Iglesia de su misión. 3) Aceptar creyentemente el ministerio de autoridad en la Iglesia y trabajar por hacer más evangélicos tanto la autoridad misma como la libre y corresponsable obediencia.

LOS ARTICULOS DEL CUADERNO.

Un par de artículos más globales ofrecen esta espiritualidad de consistencia y resistencia.

Javier Jiménez Limón nos presenta en **SOLIDARIDAD, RESISTENCIA Y ESPERANZA** los tres rasgos centrales de dicha espiritualidad: la solidaridad con el pueblo, con sus sufrimientos y sus luchas; la resistencia eclesialmente creyente; y la esperanza en medio del invierno.

José Ignacio González Faus va a las fuentes místicas de la consistencia y la resistencia creyentes. En su hermoso artículo "OH NOCHE QUE JUNTASTE" nos ofrece unos apuntes muy completos de "espiritualidad para el invierno eclesial", a través de una paráfrasis del poema "La noche oscura" de San Juan de la Cruz.

En segundo lugar, un par de breves artículos nos introducen a la raíz contemplativa de una resistencia y

consistencia que puedan estar como bañadas de gratuidad.

Benjamín González Buelta -maestro de novicios de los jesuitas dominicanos- nos introduce en "BAJAR" AL ENCUENTRO DE DIOS. LA TRANSPARENCIA DEL BARRO a las etapas de la contemplación en la acción. Como se verá se trata de un aporte al mismo tiempo profundamente bíblico, latinoamericano del todo y sumamente pedagógico, como corresponde a un buen maestro de novicios.

Enrique Gutiérrez Martín del Campo, nuestro llorado maestro del espíritu en medio de la liberación de los pobres, dejó entre sus papeles unas notas preciosas sobre LA CONTEMPLACION PARA ALCANZAR AMOR Y EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL EN LA VIDA ORDINARIA. Aunque no es un artículo peinado sino se parece más a los textos resecaos de Ignacio de Loyola, transparenta e introduce a esa contemplación en la liberación que tan bien vivió Enrique Gutiérrez, y por la que pudo ser fiel y siempre afectuoso y creativo a través de difíciles situaciones.

Completa el cuaderno, finalmente, un breve texto autobiográfico de David Fernández: "... DE FRENTE AL OFICIO DIVINO DE VIVIR". En él nos cuenta las etapas de su opción por los pobres. Creemos, con David, que en el don de esta opción se nos va dando también el acceso al Dios mayor. Sólo el Dios siempre más grande nos dará consistencia y resistencia.



FIRMES EN LA SOLIDARIDAD, RESISTENCIA Y ESPERANZA

Javier Jiménez Limón
Teólogo, Centro de Reflexión Teológica

*Ojalá escuchen hoy su voz:
"No endurezcan su corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto:
cuando sus padres me pusieron a prueba
y dudaron de mí aunque habían visto mis obras.
Durante cuarenta años aquella generación
me repugné, y dije: "Es un pueblo de corazón
extraviado,
que no reconoce mi camino..."*

Salmo 95.

Pretendo en este artículo compartir algunas reflexiones que nos ayuden a permanecer creativamente fieles a Dios y a los pobres, en medio de la situación actual de nuestro pueblo, de nuestra Iglesia y de nuestro propio corazón.

Pienso que estamos en una hora grave y hermosa, llena de posibilidades y peligros. Y que sólo podremos ser fieles en ella si mantenemos los ojos abiertos, sin dulcificaciones; si invocamos a Dios y Él nos da mantenernos solidarios en el seguimiento y responsables del Evangelio del Reino en su presencia; y si nos llevamos unos a otros mutuamente en la fe, en comunión difícil pero inequívoca con la Iglesia de Jesucristo.

Divido estas reflexiones en tres partes:

I. El invierno actual: lo que está detrás de la metáfora.

II. El día de Masá en el desierto: el discernimiento de nuestras tentaciones.

III. El camino de la solidaridad, la resistencia y la esperanza: camino popular, teológico, cristológico y eclesial.

I. EL INVIERNO ACTUAL.

Hablar de nuestra hora actual como de un invierno no es más que una metáfora. Durante este tiempo la

vida ha de trabajar ocultamente en condiciones adversas. Sólo lo que tenga raíces firmes, se mantendrá: lo demás morirá. No pueden esperarse las flores y los frutos inmediatamente; sino toda cosecha requerirá de una larga, creadora y paciente perseverancia.

Pero la metáfora cojea por muchos lados al aplicarse a una época histórico salvífica. Porque nuestro "invierno" no es un proceso natural, sino histórico. Y la vida no trabaja apoyándose en los ciclos naturales, sino apoyándose en la fe, la esperanza y el amor desde el recuerdo de la estupidez de la cruz, en la presencia del Padre, y en el Espíritu de la solidaridad con los pobres y la comunión fraterna.

Sin pretender una visión analítica y complexiva de la situación actual, conviene sin embargo evocar algunos de los rasgos que determinan nuestra situación.

Voy a cargar las tintas sobre las dificultades históricas, eclesiales y personales de nuestra hora. Porque estas dificultades son reales, porque nos cuesta trabajo reconocerlas en su seriedad, y porque sólo afrontándolas con la gracia de Dios podemos servir de verdad al pueblo y a la Iglesia.

Mi convicción -fruto de un largo y doloroso des- concierto- es que se trata de dificultades que responden a un enraizamiento y duración históricos relativamente largos (los "cuarenta años" de la imagen bíblica).

También es mi convicción creyente que esta larga época invernal está atravesada más honda y permanentemente por la discreta presencia liberadora y redentora de la trinidad santa. Es decir: nuestro invierno está atravesado e iluminado por la fidelidad crucificada y resucitada de Jesucristo; por la acción liberadora y renovadora del Espíritu en los pobres y en la Iglesia, en toda ella pero especialmente en su base; y por la *Voz* interpelante, purificadora y consoladora de Dios en nuestros corazones y comunidades.

En este contexto evocaré algunos rasgos que configuran este invierno: 1. La situación de las mayorías pobres. 2. El invierno eclesial. 3. El invierno de nuestros corazones.

1. La situación de los pobres

Para nuestro propósito basta, quizás, hacer

presentes y tomarse en serio tres rasgos, a mi juicio indiscutibles, de la situación:

a) el empobrecimiento estructural creciente de las mayorías;

b) un cuadro social y político popular que, a pesar de avances importantes, resulta todavía insuficiente para un cambio estructural liberador, y quizás por causas muy arraigadas que sólo podrán irse modificando lentamente (y con serios costos debidos a la represión);

c) en sectores populares muy amplios -suburbanos, campesinos e indígenas-, un deterioro grande en los procesos de identidad humana, cultural, social y religiosa.

2. El Invierno eclesial.

Aunque en la "Iglesia-pueblo de Dios" hay sectores minoritarios importantes que avanzan hacia una radicalidad evangélica más comprometida; y aunque en la jerarquía no todo es uniforme ni pueden plantearse las cosas en blanco y negro, especialmente refiriéndonos al Papa; parece claro que se ha abierto ya con medios eficaces un período de restauración eclesial, que configurará una etapa larga de prueba para la Iglesia como Iglesia de los pobres y como Iglesia abierta a las culturas contemporáneas.

Un texto algo largo de Marcel Legault (laico francés, que no es sospechoso de parcialidad hacia las corrientes liberadoras de la Iglesia latinoamericana) presenta con cruda claridad y con hechos precisos esta "restauración, como período de prueba para la Iglesia":

La restauración que se anuncia ya está en marcha. El cardenal Ratzinger, hombre inteligente y valeroso que sabe decir claro lo que piensa y que quiere con firmeza lo que decide, lo asegura. Se le puede creer. Además, no está solo; un equipo ya casi todopoderoso se ha constituido progresivamente según un proyecto claramente concebido y tenazmente perseguido. Los puestos de decisión importantes se van ocupando poco a poco aprovechando el oportuno retiro por edad de los titulares. Es más, nada faltará al éxito de la empresa, ni siquiera un cuerpo bien disciplinado y "financiera-mente" bien guamecido que, mezclado con las multitudes que se reúnen, sabe arrancar a tiempo los aplausos y orquestar también las protestas cuando las palabras que se pronuncian -se necesita tener coraje y sólo algunas mujeres han osado hacerlo- no están conformes con los textos que antes han sido conveniente-

mente revisados y corregidos por los servicios de la curia.

Algunos aspectos de esta restauración, enumerados rápidamente, son: -los impedimentos múltiples a una verdadera pedagogía catequética y bíblica y la vuelta a las fórmulas fijas; -el rechazo de los ensayos de renovación en la pastoral penitencial; -el bloqueo de algunas cuestiones que plantea la gente que está en la avanzada de la Iglesia en diferentes regiones del mundo (inculturación del cristianismo en África y Asia, ordenación de casados, ministerios femeninos...); -el endurecimiento del corte entre sacerdotes y laicos (a los laicos la acción en el mundo, a los sacerdotes el culto); -la contradicción entre un discurso público en favor de los pobres y la sospecha que se difunde sobre las teologías de la liberación; -el retraso táctico en la nominación episcopal de sedes vacantes hasta poder colocar al predestinado desde fuera; -la fundación de nuevos organismos que doblan a los que se abrieron a raíz del concilio y que terminarán por dominar dada su dotación de medios poderosos." (Marcel Legault, ¿Se puede creer en la Iglesia del porvenir?, Selecciones de Teología, 102(1986)153-154).

Recomiendo vivamente este artículo de Legault por su lucidez y su radicalidad, aunque yo mismo me siento bastante lejano de su proyecto de reforma eclesial, excesivamente elitista y existencial, e insuficientemente popular e histórico. Y me permito citar todavía otro párrafo, que muestra la hondura de su fe cristiana y eclesial y nos puede introducir en nuestro siguiente apartado (el invierno de nuestro propio corazón):

Ojalá que las medidas autoritarias que se van a imponer próximamente al pueblo cristiano no acentúen el desapego eclesial -ya muy grande- de las capas más vivas (...). Ojalá que nadie se desaliente en esta hora de verdad que suena sin cesar como cuando tocan a muertos. Son tiempos en que los cristianos, privados poco a poco de las facilidades abundantes de una cristiandad poderosa, se verán desposeídos de certidumbres y seguridades heredadas tranquilamente al nacer. Por eso, tendrán que reconocer que, inseparable y juntamente con su iglesia, cada uno necesita personalmente un nuevo nacimiento, comparable en importancia al primero. Cada uno, según las etapas de su conversión, deberá trabajar en un nuevo advenimiento de la Iglesia, sabiendo que dicha obra ha de ser incesantemente cuestionada y reemprendida. Así conocerá cada uno, a lo largo de su vida y en el tiempo

oportuno, la hora a la que fue llevado Jesús al final de sus días, allí donde la fe desnuda, la esperanza sin esperanzas y el amor impotente y blasfemado se mantienen en pie en medio del abandono: pórtico que abre al misterio en el que todo comienza y encuentra su fin. (Ibid., 155).

3.- El invierno de nuestros corazones.

No seríamos sinceros si no nos confesáramos profundamente impactados por este invierno popular y eclesial, y si no reconociéramos secretas complicidades con él. El temor al riesgo y la voluntad de control es algo que no sólo se da en las alturas del gobierno eclesiástico, sino también en nuestros propios corazones y proyectos.

La radicalidad y la calidad del seguimiento eclesial de Jesucristo, en una situación de invierno que se preve larga, nos ponen o nos irán poniendo tarde o temprano ante la siguiente disyuntiva:

+ o vamos renunciando a nuestras opciones, esperanzas y proyectos, quizás al principio no a las opciones sociales más perentorias, pero sí a la calidad y la integridad del seguimiento;

+ o nos mantenemos en ellas desde el don de Dios, como perdonados en nuestro propio egoísmo, y como enviados a la paradoja de la justicia y la misericordia, la fortaleza en la debilidad, la libertad en la esclavitud; y, sin duda, como condenados a esa muerte que nos hace vivir.

Si "la religión no es el opio del pueblo", la "espiritualidad de la resistencia" no ha de ser una especie de "alcohol para legionarios" que atontará el invierno de nuestro propio corazón para estar entusiastamente preparados a una batalla simplista y maniquea con la conciencia ilusoria del propio heroísmo. La espiritualidad de la resistencia no puede ser otra que la de la radicalidad y la calidad del seguimiento eclesial de Jesucristo, del que vamos siendo, al lado del pueblo y en su servicio, aprendices siempre deficitarios pero siempre vueltos a llamar en el perdón y la amistad.

Por estas razones, y más en tono de confesión y puesta en común de un discernimiento que hemos de estar constantemente realizando, parece importante tipificar algunas de las tentaciones que vamos afrontando en este tiempo.

II.- EL DIA DE MASA EN EL DESIERTO: ALGUNAS DE NUESTRAS TENTACIONES.

Las tentaciones son tan pluriformes como los ídolos que construimos los hombres. Pero es posible que tipificar algunas de ellas ayude a ir configurando una espiritualidad de la resistencia.

Tomando la doble imagen del corazón endurecido y el corazón extraviado a que se refiere el salmo de las tentaciones del pueblo en el desierto, me parece que se pueden tipificar dos series de tentaciones que nos afectan en esta época invernal.

1.- El corazón extraviado: la tentación de volver atrás.

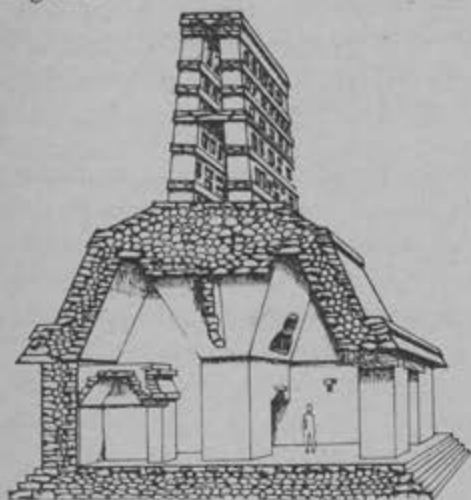
Ante el invierno del pueblo y de la Iglesia nuestro corazón se extravía del Reino y de la Buena noticia, por el lado derechista y conservador, cediendo a la tentación de volver atrás. Digamos que son tres las formas principales de este extravío del corazón: la burda, la sutil y la exquisita.

La forma burda es la que ante la dureza de la situación olvida la esperanza, la compasión y el compromiso, y las substituye por la desesperanza, el escepticismo y la ironía cansada. Nos convertimos en *mirones amargos* del sufrimiento del pueblo, de la involución de la Iglesia y de nuestro propio ocaso humano y creyente. Toda la creatividad se pervierte, en el mejor de los casos, en la destructiva habilidad para hacer frases irónicas y amargas, con las que nos damos la impresión de ser superiores a una situación que ya no compartimos en el amor y en la esperanza.

La forma sutil es la que, con finos discursos de equilibrio, de unidad, de consolidación, que ocultan la *primacía de la seguridad y el miedo al riesgo*, empieza a desandar el camino del compromiso con los pobres y la decisión firme de colaborar a la transformación de la Iglesia en Iglesia de los pobres. Nos decimos: "Quizás no sea posible ni sensato hacer nuestra la causa y la suerte de los pobres, y baste con hacer algo de bien a algunos pocos hombres. Quizás eso de la Iglesia de los pobres no hace sino destruir a la Iglesia católica y a nuestra comunidad religiosa, y convenga ponernos de acuerdo en objetivos más aceptables para todos. Pretender más, quizás sea insensatez y orgullo, o inmadurez adolescente".

La forma exquisita es la del *espiritualismo de los*

buenos sentimientos que nunca se convierten en opciones reales, en acciones, en creatividad que no rehuye los conflictos. Amar intensamente a los pobres, con tal de que nunca tal amor me ponga en conflicto con los poderosos. Amar intensamente la renovación de la Iglesia, con tal de que este deseo nunca me lleve a ser mirado como un infiltrado que quiere marxistizar la Iglesia. Querer profundamente la transformación de mi comunidad religiosa, con tal de que esa voluntad nunca pueda ser interpretada como radicalismo sectario. Conmoverme ante el empobrecimiento de las mayorías, con tal de que eso nunca me lleve al propio empobrecimiento. Indignarme ante la represión de los campesinos, sin llegar nunca a la defensa peligrosa de sus derechos humanos. Criticar acremente los temores eclesiásticos, sin mover un dedo para anunciar con valentía el Evangelio de la libertad y la liberación y para trabajar porque este Evangelio vaya configurando a la Iglesia.



Así, de una forma burda, sutil o exquisita, nuestro corazón está extraviado. Y el invierno de los pobres y de la Iglesia logra establecer en parte o del todo el clima de nuestro propio corazón. Los recuerdos subversivos son reprimidos. Las apasionadas esperanzas se vuelven "realistas". Los sufrimientos evidentes son un espectáculo inevitable y mudo sin autoridad teológica y cristológica.

Pero el discernimiento cristiano de nuestra implicación en el invierno tiene también su ventrículo izquierdo: el corazón endurecido.

2.- El corazón endurecido: la tentación de avanzar al margen de la gracia, la calidad y la comunión del seguimiento eclesial de Jesucristo.

Es evidente que el invierno popular y eclesial requiere, para ser afrontado, de cierto vigor, reciedumbre, terquedad -por algo estamos hablando de una espiritualidad de la resistencia-. Pero hay que decir que esta reciedumbre también debe ser discernida para que en ella se acoja, practique y ofrezca la calidad, la gracia y la comunión del seguimiento eclesial de Jesucristo.

Digamos, pues, que la tentación que nos alcanza en el invierno desde la izquierda es la tentación del corazón endurecido. Y visualicemos también tres formas de este endurecimiento: el héroe sin gracia, el francotirador sin eclesialidad, y el radical con incoherencias no abiertas a la comunión de la misericordia.

La tentación del *heroísmo sin gracia* es la que, por desligar la radicalidad ética y política de la invocación, la acogida y la alegría de la gracia, nos hace duros con nosotros mismos y con los demás. Nos hace capaces del imperativo, la crítica, la denuncia y aun la generosidad, pero incapaces del anuncio, la alabanza, el agradecimiento, la jovialidad, la perseverante misericordia.

La tentación del *francotirador sin eclesialidad* tiene muchas caras. Nos dice que no hay condiciones para trabajar por la fe y la justicia, que trabajemos sólo por ésta y ya vendrá la fe. O que prescindamos de la eclesialidad, mirándola como algo secundario y marginal. O que dejemos de lado, al menos, la institucionalidad eclesial, considerándola un mero lastre (y no la carne densa y reformable, pero indisoluble del sacramento fontal de la salvación).

Y está finalmente la tentación del *radical con incoherencias no abiertas a la comunión de la misericordia y la conversión*. El corazón endurecido quizás sea coherente en las dimensiones más sociopolíticas del compromiso; pero fácilmente se vuelve blando y liberal, necesitado de compensaciones, en las dimensiones más personales y comunitarias. Y lo malo no es que caigamos en incoherencias, sino que no acerquemos nuestro corazón enfermo y frágil a la fuerza curativa del Evangelio y de la comunidad eclesial como comunidad de la misericordia y la conversión. Por estas incoherencias no curadas podemos, insensiblemente, irnos volviendo incapaces de perseverar en el servicio a la fe y la justicia, en el servicio al pueblo y a la Iglesia con la radicalidad carismática del seguimiento de Jesús.

Así, en la medida en que cedamos a la tentación del corazón duro, podemos descubrirnos a la mitad del invierno como héroes incoherentes, como evangelizadores sin gracia y como hermanos finalmente sin comunidad y sin pueblo de la Nueva Alianza.

Conviene anotar antes de seguir adelante que en esta presentación del invierno del pueblo, de la Iglesia y de nuestro propio corazón, hemos sido conscientemente unilaterales. ¡Desgraciados de nosotros si donde abundó el pecado no sobreabundara victoriosamente la gracia! Afortunadamente tanto en el pueblo, como en la Iglesia, como en nuestro propio corazón hay una fuente que mana y corre aunque es de noche, hay una luz y un calor -más clara y cálida que el mismo mediodía- aunque el invierno es largo, oscuro y frío.

Y conviene anotar también que la espiritualidad de resistencia debe tomar en cuenta y jerarquizar la triple dimensión del invierno. No buscamos el Espíritu para estar nosotros consolados aunque el pueblo sufra y la Iglesia retroceda. Más bien, nosotros mismos desearíamos ser apartados de la consolación de Cristo, con tal de que el pueblo viva y la Buena noticia alcance efectivamente a los pobres. Para nuestra fortuna, en la vida del pueblo y en la comunión con la Iglesia como Iglesia de los pobres está no nuestro anatema sino nuestra identificación con Jesucristo el Señor, que nos ha llamado y nos consuela para servir a su pueblo.

III.- EL CAMINO DE LA SOLIDARIDAD, LA RESISTENCIA Y LA ESPERANZA: CAMINO POPULAR, CRISTOLOGICO, TEOLOGAL Y ECLESIAL.

La propuesta positiva de espiritualidad para esta situación de invierno tiene dos aspectos: sus características formales (que sea una espiritualidad popular, cristológica, teologal y eclesial); y sus características concretas (que sea un camino de solidaridad, de resistencia madura en la fe y de esperanza).

Diré una palabra breve sobre las características formales, para extenderme después un poco más en sus notas concretas.

1.- Vivir en el espíritu toda la vida y toda la situación. Ya sabemos que "espiritualidad" no se refiere a un sector particular de prácticas

'espirituales". Más bien se trata de vivir toda la vida humana en el Aliento y el Don de Dios que llamamos Espíritu. ¿Qué significa de cara al invierno que el Aliento y el Don de Dios son populares, cristológicos, teologales y eclesiales?

2.- **Espiritualidad popular:** vivir el invierno priorizando la vida y la evangelización del pueblo, y acercándonos a compartir su experiencia espiritual. El invierno es el tiempo que más nos impulsa a recuperar nuestra vida privada: una casa de campo con hoguera, música, lecturas, cariños. Pues bien, precisamente en el invierno, hemos de hacer contra este anhelo de recuperar la vida privada: somos hombres del pueblo, que sufre la intemperie de la crisis, y que ahí -paradójicamente- recibe la Buena noticia de las Bienaventuranzas. Sólo acompañando la resistencia, la solidaridad, las luchas, los sufrimientos, las esperanzas y las alegrías del pueblo pobre, somos ungidos en el Espíritu mesiánico de Jesús. No nos avergonzamos del oprobio del pueblo, y preferimos a todo cobijo privado la fraternidad con él, en la intemperie del invierno, porque la sabemos ungida por el Espíritu y cobijada por la única paternidad decisiva y universal. Dicho poéticamente con Pedro Casaldáliga:

*Porque los pobres son mayoría,
si faltan los pastores,
Belén es una farsa.*

3.- **Espiritualidad cristológica:** el seguimiento de Jesús parece hecho para los tiempos difíciles, con tal de que sepamos evocarlo y realizarlo en su fuerza subversiva inseparablemente mística y política. "Yo los envío como ovejas en medio de lobos"; "no es el discípulo mayor que su maestro"; "no te pido que los saques del mundo.."; "si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sigame". Sólo en la mística apasionada del seguimiento del Crucificado, podremos ser fieles simultánea y radicalmente al pueblo, a Dios y a la Iglesia. Aunque esta fidelidad vaya a tener la forma, el peso y el oprobio de la cruz: piedra de tropiezo hecha camino; estupidez hecha libertad del amor; disponibilidad para el verdadero fracaso, que se hace fecundo, con el Mesías de Dios entregado:

*Amor inapelable,
más fuerte que la muerte,
Jesús Crucificado! (Casaldáliga).*

4.- Espiritualidad teologal: si toda espiritualidad ha de ser teologal porque es la vida de Dios mismo en nosotros, la espiritualidad del invierno y del desierto ha de ser doblemente teologal. Porque allí donde las mediaciones se hacen lentas, resistentes y difíciles, no podemos mantenernos fieles, joviales y creativos, no podemos aprender la libertad ante el temor y ante los ambientes, si no invocamos y recibimos ese como baño de gratuidad que es Dios mismo, y si no nos vamos entregando sin reservas, sin cálculos, sin condiciones en sus manos. Para decirlo con dos cantares breves de Casaldáliga:

*Soledad no es estar solo;
Sólo llegando a la gruta
es vencer la compañía,
de la mayor soledad,
que nos impide arriesgarnos
voy a encontrarme de lleno
noche adentro, pueblo adentro,
con el manantial,
Reino adentro.*

5.- Espiritualidad eclesial: en los tiempos de crisis es tan necesario el atrevimiento creador, como la firme comunión. El viejo tronco de la Iglesia católica tiene una corteza dura y reseca, se resiste a la vida nueva...Nosotros somos ramas ansiosas de florecer, y parece que el tronco se empeña en olvidarnos. Pero es del tronco donde recibimos la savia única del Evangelio. Y sería insensato querer cortarnos de él, y precisamente en el invierno. Es verdad que las metáforas cojean: la Iglesia no es un árbol, es un pueblo, el pueblo de la Nueva Alianza en la libertad y en el servicio. Pero sólo con "el sentido verdadero que hemos de tener en la Iglesia militante" como diría Ignacio de Loyola, -en la Iglesia real y concreta y no en la de nuestros sueños celestiales-, podemos llevar adelante el Evangelio del Reino para la transformación de la Iglesia y la liberación de los pobres. Se trata de lo que también plasmó Casaldáliga como

*La rebelde fidelidad de los adultos,
corresponsables del Reino de Dios.*

El gran reto es configurar una espiritualidad popular y cristológica, teologal y eclesial precisamente en la materialidad densa y concreta de nuestro invierno histórico y personal. Sin esta carne concreta aquella espiritualidad formal se convertiría en un imperativo abstracto, incapaz de fecundar el doloroso caminar del pueblo, incapaz de transformar el miedo

de la Iglesia, incapaz de evangelizar, renovar y calentar el invierno de nuestro propio corazón. Pues bien, la carne concreta de nuestra espiritualidad no puede ser otra que el propio invierno asumido a fondo en el amor, la fe adulta y la esperanza. Ante el dolor y el sufrimiento del pueblo, la solidaridad eficaz, creadora y radical al modo de Jesús. Ante el invierno de la Iglesia, la resistencia madura en la fe. Ante el invierno de nuestro propio corazón, la apuesta y la búsqueda contemplativa de la esperanza. Esta espiritualidad puede aquí ser expresada, porque ya antes está siendo vivida en el Don del Padre, en medio del pueblo y de la Iglesia.

6.- Espiritualidad de la solidaridad inserta, transformadora y kenótica.

El sufrimiento y la situación del pueblo pobre es un clamor por la justicia, la vida y la dignidad con inapelable autoridad teologal y cristológica. Por eso es el lugar central del ágape, de la solidaridad al modo de Jesús. Por eso la espiritualidad cristiana en el invierno ha de ser, en primero y en último lugar, una espiritualidad de la solidaridad con el sufrimiento, las luchas y las esperanzas del pueblo pobre.

Aquí evocaré apenas 3 ó 4 rasgos de esta espiritualidad pensando en nuestro tiempo invernal: la solidaridad como inserción, como acción, como cruz compartida y como lugar de la esperanza.

a) En primer lugar la solidaridad encarnatoria, la *solidaridad como inserción* en los sufrimientos, las condiciones de vida y los procesos del pueblo pobre. Una inserción que nace del amor, que lo hace madurar y crecer hacia la fraternidad de los iguales. Que se alimenta todos los días del compartir: el pan y las lágrimas, la fiesta y la casa, el trabajo, el peso denso de la angustia por la sobrevivencia y la inexplicable resistencia y esperanza...

La inserción solidaria en una situación de empobrecimiento creciente de las mayorías plantea a los que hemos optado por el pueblo pobre un reto difícil y, quizás, una hermosa oportunidad evangélica. Un reto difícil porque la pobreza creciente del pueblo, excede con mucho nuestras posibilidades biológicas, psicológicas y culturales de auténtica inserción; porque toda encarnación ha de ir acompañada de la alegría de la Buena noticia y no por el imperativo de una radicalidad abstracta; y porque también el impulso de la solidaridad inserta ha de ser discernido en la

tensión de la identificación concreta y el mayor servicio.

Pero el movimiento de la solidaridad inserta puede ser, precisamente en la crisis presente, una hermosa oportunidad evangélica. ¿No hay hoy, en el sufrimiento creciente del pueblo, una discreta y clamorosa llamada a algo así como una segunda ola de inserción entre los que hemos optado por los pobres? ¿No hemos visto en torno a nosotros como resucitar de alegría a algunos de los más cansados y abatidos, precisamente porque les fue dado compartir con sus manos el pesado trabajo de los albañiles y los obreros? ¿No será posible que este aliento sople no sólo como una hermosa señal de juventud algo indiscreta que hay que moderar en la 'prudencia' de los adultos, sino también como una improbable y loca posibilidad para los ya no tan jóvenes? Quizás una santa fascinación, que viene de la libre gratuidad de Dios y que no sabríamos explicar ni programar, nos lleva suavemente a donde no querríamos, y nos llevará a una pobreza más real y simple con los empobrecidos. Si no nos empeñamos por apagar esa santa fascinación con razonamientos demasiado claros. Quizás...

b) En segundo lugar, la solidaridad ha de ser *solidaridad de la acción transformadora y creativa*. La solidaridad no es un sentimiento que deja las cosas como están. Porque es la presencia y la dinamización del acontecimiento del Reino de Dios, ha de convertirse en acción y en acción transformadora y creadora. El pueblo pobre puede ser sujeto de su historia. Y puede ir configurando desde la base una nueva sociedad y un nuevo poder. Acompañar este proceso con competencia y gratuidad, en medio de conflictos y de búsquedas, es dimensión necesaria de la solidaridad del seguimiento.

La crisis actual está siendo -y quizás puede ser más- un reto y un llamado a la solidaridad transformadora y creativa. La mística del protagonismo solidario de los pobres quizás no es una frase demagógica, sino una verdadera oportunidad de transformación histórica. ¿Cómo hacer que el pueblo pobre sea no sólo fuerza política en manos de las vanguardias, sino verdadera articulación solidaria de una nueva sociedad desde los niveles más pequeños y que desde ahí pueda ir ascendiendo un nuevo poder al servicio de esa sociedad fraternal?

c) En tercer lugar viene el misterio más hondo, el

de la *solidaridad crucificada, la solidaridad kenótica*, al modo de Jesús, el Siervo de Yahvé. La apasionada disponibilidad a sufrir la persecución por la justicia junto con el pueblo. No se trata de ningún martirismo dolorista que encontrara el sentido en el sufrimiento injusto y absurdo; ni de ninguna exaltación heroica, que intentara suprimir la ambigüedad de la historia y de la práctica histórica con un acto indiscutible. Se trata de la incondicional solidaridad, liberadora y redentora, del seguimiento de Jesús: luchar contra el pecado y cargar el pecado; luchar contra la pobreza y asumir el propio empobrecimiento; denunciar y condenar la injusticia y perdonar a los enemigos que efectivamente matan; trabajar por la vida y la vida abundante, y asumir en confianza la muerte que viene por aquella lucha y trabajo... La solidaridad kenótica no es parte de ninguna estrategia planificable. Su sentido sólo puede vislumbrarse evocando, bajo el nombre de Dios, la pasión y muerte de Jesucristo, como liberación y redención definitivos, y entregándose plenamente en una solidaridad incondicional con los empobrecidos y despreciados, que se sabe y agradece como don de Dios, más fuerte que la muerte y más fuerte que todos los poderes...

Hoy sabemos, en el invierno del pueblo, que toda esta cristología radical, no es música celestial, sino cercana y real posibilidad nuestra en el don del seguimiento concreto al lado del pueblo pobre. Hoy se nos pregunta, otra vez, si estamos dispuestos. Y hoy sabemos, con espanto y con esperanza, que no es posible pedir impunemente "ser puestos con el Hijo y con su pueblo"...

c) Por ello, hoy hemos de decirnos nuevamente desde la última de la fe, que en la solidaridad inserta, en la solidaridad transformadora y en la solidaridad crucificada, reside la esperanza que no falla. En el invierno compartido hasta el final puede vislumbrarse y creerse, quizás experimentarse, la Primavera definitiva de la vida en que Dios mismo consiste. Aquí podemos comprender con el pueblo que "la alegría no se opone al sufrimiento, sino a la tristeza" (G.Gutiérrez). Aquí podemos volver a sentir el llamado irreprimible a anunciar la victoria liberadora y redentora del Dios de los pobres muerto y resucitado en Jesús, el Señor.

Escuchemos, a modo de síntesis y evocación, cómo expresa poéticamente Don Pedro Casaldáliga la opción por la solidaridad transformadora y crucificada con el pueblo:

*Dios, pobre y masacrado,
grita al Dios de la Vida
desde esta colectiva cruz
alzada
contra el sol del Imperio y sus tinieblas,
ante el velo del Templo estremecido.*

*Mañana será Pascua
-porque El ya es mañana para siempre-
(Revestida de llagas y sorpresas,
vendrá por el jardín
la Libertad,
hermanos.
Y hay que poner ternura en las quejas despiertas
y quebrar los aromas solidarios
y conminar el miedo del sepulcro
desarmando a los guardas).
Pero hoy todavía es Viernes Santo.
Todos somos testigos,
entre dados y lanzas,
mientras la madre llora sobre el hijo caído.*

*Yo no quiero negarme a ese misterio.
¡Yo no quiero negarte!*

*América Latina
será mi cruz
definitivamente.*

Si ante el invierno del pueblo, no hay más espiritualidad que la de la solidaridad, ante el invierno de la Iglesia -"ante el velo del Templo estremecido"- hemos de caminar con la madura resistencia de la fe.

7.- Espiritualidad de la resistencia madura en la fe.

La espiritualidad eclesial de la resistencia creyente ante los movimientos de involución, no puede traducirse en slogans fáciles y simplistas. Pues se trata del "sentir en la Iglesia" hoy y aquí, desde la fe en el Evangelio y al servicio de la misión. Así como San Ignacio, tan parco en palabras, sintió necesario formular sus complejas y no tan breves reglas, así también nosotros hemos de ir articulando esta espiritualidad de una manera compleja y diferenciada.

Me atrevo a sugerir cuatro de las dimensiones de esta espiritualidad: a) resistencia y madurez de la fe; b) resistencia y comunión católica; c) resistencia y mutualidad eucarística; d) resistencia y construcción de la Iglesia, desde la marginalidad socio-eclesial.

a) **Resistencia y madurez de la fe:** la resistencia creyente supera tanto el acomodamiento a la involución eclesial, como la mera reactividad emocional. Una fe inmadura es la que vive de la nostalgia resentida de concebir a la Iglesia como una especie de ejército uniforme entregado a las tareas d



Reino con una perfección completa. No comprende la opción encarnatoria de Dios que va construyendo su pueblo en la densidad de todo lo histórico y lo humano, invitándolo siempre a la "fiesta inerte de la libertad" y por tanto corriendo todos los riesgos de la finitud y la libertad humanas.

Esta inmadurez lleva a algunos, quizás resignados, a acomodarse a las tendencias demasiado humanas de lo eclesial con una "obediencia", que se queda por abajo de la responsabilidad y la libertad del Evangelio, porque en el fondo busca la seguridad y no el servicio al Reino de Dios.

Esta inmadurez lleva a otros a una resentida reactividad, que ya no es resistencia en la fe, sino mero desencanto, mera rebeldía, mera afirmación maniquea de la propia visión; porque también está habitada por la nostalgia demasiado humana de una Iglesia uniforme que no pasa por las búsquedas y los conflictos, las tentaciones y los pecados de la peregrinación histórica.

La resistencia madura en la fe es la que resiste a la involución porque cree en Dios, pero sin posesionarse de la fe en Dios, el Dios siempre más grande, el que acompaña el peregrinar dinámico de la Iglesia en su conjunto. Esta madurez en la fe tiene el destino y la figura del Crucificado: se mantiene en rebelde fidelidad, con simplicidad y astucia ciertamente, pero

sin más armas en definitiva que las de la bondad entregada en firme interpelación; se resiste desde la confesión clara de los propios límites y pecados, y por ello comparte con los otros la misma misericordia de la que vive en definitiva toda fidelidad.

b) Resistencia y comunión católica: Si la Iglesia no es otra cosa que el sacramento de la gracia liberadora y redentora de Dios, hay que decir que tanto la resistencia como la comunión se han de basar en las mismas razones, en la misma fe adulta en Dios. Hemos de resistirnos a todo lo que, en lealtad y discernimiento, haga vacía e ineficaz la gracia liberadora y redentora de Dios. Y hemos de cuidar y cultivar la comunión con la gran convocación de Dios, única que puede hacer visible y eficaz la universal entrega liberadora y redentora de Dios. Como Pablo que al mismo tiempo y por las mismas razones resistió a los judaizantes, y aun a Pedro mismo, y cultivó con el mayor cuidado la comunión con la Iglesia de Jerusalén. No llevamos adelante nuestro proyecto autónomo, ni siquiera el proyecto autónomo de los pobres. Sino que servimos al proyecto de la convocación de Dios: por eso hemos de resistirnos a todo lo que se oponga al proyecto del Evangelio y a su calidad según Jesús, y hemos de mantenernos en comunión con todos los convocados, y con la gran tradición católica en el espacio y en el tiempo.

c) Resistencia y mutualidad eucarística: con esta expresión quisiera sugerir que la resistencia no puede ser individualista, sino comunitaria, eclesial; y que ha de alimentarse del recuerdo agradecido, la presencia y la identificación con Jesucristo. No nos resistimos desde visiones puramente sociológicas, sino desde el recuerdo práctico de Jesucristo, invocando y agradeciendo su presencia en la mutualidad de la fe y del perdón. Sólo la mutualidad eucarística, al lado del pueblo pobre y en solidaridad con él, puede dar firmeza y calidad cristiana a la resistencia a involuciones eclesísticas que se preven de larga duración y dotadas de mucho poder institucional. Quizás también así la resistencia creyente pueda ir adquiriendo credibilidad.

d) Resistir a la involución construyendo la Iglesia de los pobres desde la marginalidad eclesiástica. El centro de la Iglesia es el anuncio de la buena noticia a los pobres, la fraternidad y el servicio desde los pequeños, el amor y el seguimiento de Jesucristo, el martirio a causa del Reino de Dios. Por eso no tiene importancia, y hasta puede ser algo querido, el estar

situados en cierta marginalidad con respecto al poder eclesiástico, también en lo que éste tiene de legítimo y querido por Dios. Lo que no puede ser es que, impactados por las tendencias restauracionistas, abandonáramos la imprescindible carga y gozo de colaborar en la construcción de la comunidad eclesial, para entregarnos sólo a las tareas seculares. Sólo hay resistencia creyente a lo eclesiástico involutorio cuando, en solidaridad con los oprimidos, acogemos, vivimos y construimos el milagro improbable de la Iglesia de los pobres.

Es posible que buscar una espiritualidad que sea al mismo tiempo solidaridad con los pobres y resistencia creyente en la comunión eclesial, parezca una búsqueda demasiado compleja y pesada. Creo que hemos de reconocer que, en efecto, así es: estamos ante una tarea difícil y compleja. No la podremos asumir y llevar adelante sino en la fuerza y el consuelo de la esperanza. Sin una profundización verdaderamente contemplativa, hecha de despojo y limpieza de corazón, de búsqueda constante de Dios en los pobres y en la historia concreta, sin una radical disposición a "ser llevados" por Otro y por otros, es seguro que el frío del invierno nos podrá.

7.- Espiritualidad de la esperanza consolada.

Hoy, en medio del empobrecimiento del pueblo y del invierno de la Iglesia -porque hemos hecho en la fe un pacto con la Vida y con la Aurora- hemos de recordar varias cosas en la línea de una espiritualidad de la esperanza:

Primera: la consolación de Dios nos es necesaria. Contra todo estoicismo, hemos de mantener, con la espiritualidad paulina e ignaciana, que los hombres limitados y frágiles necesitamos de la gracia y los consuelos de Dios. No es la pura ética la que nos mantiene en la solidaridad, sino la fuerza de Dios, creyentemente entrevista como don incondicional.

Segunda: invocar la gracia en la liberación. Aunque Dios está en toda liberación solidaria, sólo puede ser descubierto en ella, por quien no se posesiona de la gracia, sino sencillamente la invoca, la acoge, la agradece, la comparte. Dios y su gracia son de tal manera inabarcables que sólo son encontrados, cuando todavía han de ser buscados. Hemos de invocar al Dios del Evangelio desde la dura cotidianidad de la vida de los pobres; hemos de invocarlo en los complejos procesos de la organización y de las luchas

populares. Hemos de invocarlo en la búsqueda de un servicio al pueblo hecho con competencia y gratuidad. No sólo en el templo y en el culto, sino también y sobre todo en el trabajo, el sufrimiento, la lucha, la organización del pueblo.

Y podemos estar seguros, porque las Bienaventuranzas fueron pronunciadas por el Hijo del Hombre, que a esa invocación nuestra y del pueblo responderá soberana y misericordiosamente, la paz y la alegría, la fortaleza y el aliento, por los que nos sentiremos confortados y dichosos en la fraternidad de los pobres y en el trabajo por el Reino.

Y podemos estar seguros, porque el Crucificado está vivo como Primogénito de la creación liberada, que en medio de las luchas del pueblo y de todos los rigores del invierno eclesial y personal, va despuntando ya la Vida abundante y fraternal de los hombres, la Primavera sin ocaso. Y que nada puede apartarnos de esa Vida y esa Primavera.

Tercera: *discernir y contemplar la gracia en la liberación*: quisiera referirme aquí no sólo al discernimiento de nuestros impulsos y proyectos, sino al discernimiento de la gracia en los procesos históricos.

Como está presente Dios y su gracia en el pueblo que sufre, el Siervo de Yahvé: en el clamor de su sufrimiento que todo lo juzga, en su resistencia cotidiana, en la manera como muchos de ellos, oprimidos no oprimen, como muchos de ellos trabajan por la justicia y el derecho, como muchos de ellos comparten lo que tienen y mantienen la esperanza, como muchos de ellos están prontos al perdón a los enemigos y se entregan sin condiciones en las manos de Dios.

Como está presente la discreción y la paciencia de Dios cuando sigue entregando su proyecto, su Palabra y su Espíritu a la limitación de los hombres y las culturas. Cómo hace su obra respetando la finitud de la creación y la densidad ambigua de la historia. Como la incondicionalidad de su Amor no apaga sino acentúa la inapelable interpelación de su Voz; pero lo hace siempre desde la debilidad del Crucificado y los crucificados.

Es posible que esta "contemplación para alcanzar esperanza en el invierno" sólo pueda ser hecha en la desposesión plena: cuando permitimos y pedimos que toda nuestra libertad, nuestra memoria y nuestro en-

tendimiento sean tomados y recibidos por el Señor y por su pueblo. Porque en definitiva sólo se puede conocer a Dios desde Dios mismo; sólo se puede discernir la gracia desde la gratuidad misma. Sólo conocemos en verdad por afinidad con el Don de Dios.

Cuarta: *llevamos unos a otros en la esperanza*. Dice Pablo: si soy consolado es para consuelo de ustedes; si soy desolado es para consuelo de ustedes (2Cor. 1,6). La espiritualidad de la esperanza no es, ante todo, la fortaleza que nace de la genialidad religiosa de los individuos (aunque el "solo y a pie" de los largos años primeros de Íñigo de Loyola tenga también su lugar en la base de la Iglesia y en la libertad del Espíritu). Sino que la esperanza nace precisamente de la mutualidad entre los creyentes y, todavía más, de la mutualidad entre los pobres y creyentes.

Llevar unos las cargas de los otros. Alentarnos mutuamente. Soportarnos unos a otros. Perdonarnos unos a otros porque hemos sido perdonados. Incitarnos unos a otros al conocimiento y al seguimiento de Jesús. Tenernos unos a otros por superiores. Querernos unos a otros con entrañas de afecto. Narrarnos unos a otros el sufrimiento del pueblo. Impulsarnos mutuamente a la solidaridad con él. Descubrirnos unos a otros la inapelable autoridad divina del sufrimiento y la esperanza. Corregirnos unos a otros en la presencia del Padre. Balbucir unos con otros la dicha cierta e improbable de las Bienaventuranzas del Reino.

Este es el misterio de la esperanza: por la mutualidad de la pobreza salta la chispa de la luz y del calor en medio de la oscuridad y el frío del invierno; en esta mutualidad, los tristes y abatidos nos podemos volver fuertes y alegres. No para el idilio privado de una comunidad cerrada sino para ser capaces de servir, de luchar y, si fuera preciso, de morir en la solidaridad con los pobres y en la renovación de la Iglesia del Señor.



"OH NOCHE QUE JUNTASTE..." ESPIRITUALIDAD PARA EL INVIERNO ECLESIAL

José Ignacio González Faus,
Teólogo, Facultad de Teología de Barcelona

En este breve artículo vamos a dar por supuesto el punto de partida; que la Iglesia atraviesa un difícil período invernal, que la involución -o lo que otros han llamado "restauración"¹- sigue su ritmo imparabile y sistemático; y que ese ritmo tiene una doble característica constante: a) se retira silenciosamente después de cada golpe; b) se camufla bajo el mismo lenguaje y bajo las mismas formulaciones ideales del Vaticano II, de la apertura antigua o de la liberación, etc, etc.

No vamos, por tanto, a mostrar por qué parece que las cosas son efectivamente así. Tampoco vamos a pronosticar qué consecuencias puede tener a la larga esta "noche oscura" de la institución eclesial para la historia de la Iglesia. Cada una de estas dos cuestiones se llevaría todo el artículo, y por eso no podemos abordarlas. Nos vamos a limitar a lo que parece que es hoy más urgente: dado que, de hecho, existe mucha gente en nuestra comunidad eclesial que juzga y vivencia de ese modo la hora actual de la Iglesia, y dado que ésta es situación de desconsuelo y de mucho sufrimiento para esas gentes, ¿cuál es la espiritualidad que puede elaborarse para este tiempo de desolación?

Comienzo a cumplir así el consejo que me daba hace muy pocos años, bromeando, un antiguo Provincial de mi Orden: escribir lo que él llamaba "una teología para castores". No será exactamente una "teología", pues en ella debería entrar además una serie de consideraciones eclesiológicas sobre lo que ya ha sido calificado también como "imposible restauración"². Será algo más modesto: una serie de elementos para una espiritualidad *personal* de la noche oscura institucional.

Y lo que, en mi opinión, puede suministrar esos elementos es, precisamente, el poema del mismo título: "la noche oscura" de San Juan de la Cruz. Quizá no es tan fácil la tarea, porque el poema del carmelita no está escrito todavía desde "la noche", sino ya desde

la luz: incluso cronológicamente, parece que el santo lo escribió luego de su fuga de la cárcel; y hasta el título que él le dio subraya esto mismo: son "canciones del alma que se goza de haber llegado..." "por el camino de la negación espiritual". El acento está, pues, en la meta, más que en el camino.

Pero, aun con este inconveniente, el poema tiene la ventaja de que puede suministrar algo así como una visión panorámica, o global, de la totalidad del camino. Y de una totalidad *confirmada*. Es ésto precisamente lo que le hace apto para articular una espiritualidad sistematizada. Una espiritualidad de contraste, que vive la luz en la noche y, por tanto, la resurrección en la muerte. Y un contraste que -por ese instinto de los genios artísticos- se adivina ya en la estructura misma de la versificación, donde se dan a la vez monotonía y sonoridad: monotonía en las consonantes de los versos, y sonoridad en las vocales de las rimas³.

¿Cuáles serían los capítulos de esta espiritualidad para el invierno eclesial? En mi opinión, el poema de San Juan de la Cruz suministra, como mínimo, los siguientes, que voy a enunciar ahora con las mismas palabras del poema: las "ansias", la "secreta escala", la "casa sosegada", la noche "segura" y la "parte donde nadie parecía". Todos ellos jalonan la primera mitad del poema, y conducen a la experiencia del encuentro con Dios en la segunda mitad. Vamos a sugerir una reflexión sobre cada uno de esos puntos.

1. AMAR LA UTOPIA

("Con ansias en amores inflamada")

La involución eclesial se caracteriza por el abandono de las utopías comunitarias. El sermón de la montaña es declarado inviable para las instituciones. El mundo es malo, y por eso la Iglesia ha de ser "realista", lo cual significa: ha de luchar con las mismas armas del mundo para no salir vencida. Con ello se defiende al Evangelio, renunciando precisamente al Evangelio. O todavía peor; se cree defender a la Iglesia liberándola del Evangelio.

Con ello, y al cabo de poco tiempo, la Iglesia se encuentra prendida en una de esas "espirales" famosas, parecidas a la espiral de la violencia; en este caso, el círculo vicioso de los medios: "abrir ventanas" en la Iglesia es nefasto, y sólo fue una ingenuidad de Juan XXIII, se oye decir a los jerarcas. "Opinión pública en la Iglesia" no es posible, y sólo fue un mal momento de

Pío XII. "Derechos humanos en la Iglesia" es una expresión sin sentido que no encierra más que un ardid de los enemigos de la Iglesia para debilitarla... Frente a esto se revaloriza el antiguo argumento de los ultramontanos del s. XIX: cuanto más autoridad, más unidad; y cuanto más unidad, más fuerza. Así habrá en el mundo una Iglesia fuerte para anunciar... la debilidad de Dios, una Iglesia sabia según el mundo para anunciar... la locura de Dios.



Esto es vivido por muchos como verdadera "noche oscura" de la institución eclesial. Para esa noche oscura ¿qué puede quedar? Y he aquí que, según el místico de Fontiveros, queda algo muy importante: *las ansias*. En medio de la noche es posible seguir "con ansias en amores inflamada". Es posible seguir añorando y amando más la utopía del Evangelio, ahora que la cubre esa noche de una desautorización que la hace pasar por estúpida e ingenua, o por malintencionada y hostil para la Iglesia. Y esas ansias que inflaman en amores son las que hacen que, en medio de la misma noche, algo se ponga en movimiento, y que la noche, en lugar de encerrarnos quietos en casa, nos haga "salir", movernos, ponernos en marcha y en busca a través de la noche.

Amar la utopía en la noche de la utopía es el primer elemento de una espiritualidad de la noche oscura. Se parece a aquel consejo de otro maestro del

espíritu para los tiempos de desolación: el que está en desolación "trabaxe de estar en paciencia, que es contraria a las vexaciones que le vienen, y piense que será presto consolado"⁴. Amar la utopía sabiendo que es lo único que no renunciará a buscarle formas posibles de vigencia (y con ello de presencia) en cada hora histórica. Pues es innegable que el mundo y la Iglesia - ¡y nosotros mismos!- siempre han estado mal; y el realismo no debe ser desautorizado por el amor a la utopía, porque éste sería un amor muy cómodo. Pero es innegable también que, cuando han buscado salir de su mal estar, en lugar de dormirse en un presunto bienestar, es cuando el mundo, y la Iglesia (¡y nosotros mismos!) han dado lo mejor de sí y han hecho lo mejor de su ya larga historia.

2. DISCRECION SIN ALHARACAS

(*"Por la secreta escala"*)

En la noche se sale de casa, "sin ser notada"; se sale no por la puerta grande, sino "por la secreta escala disfrazada". O con otras palabras: la vida florece o fructifica, a veces, en horas primaverales o estivales; pero la vida se teje también, simplemente, viviendo, sin ruidos ni colores, en horas invernales. La vida puede mantenerse silenciosa en esa clandestinidad de lo invernal, hasta que la trama de los días contribuya a poner de relieve, con el primer brote, con la primera flor nueva, que el paso del invierno no pudo agostar la vida, sino que contribuyó a robustecerla.

Aguantar horas malas sin gritar, pero sin renunciar a ninguno de los objetivos evangélicos, ni aunque éstos deban hibernar interinamente. Caminar sin ser notados, "a oscuras y en celada", pero sin dejar de dar los pasos posibles, incluso aunque éstos deban ser más lentos o menos numerosos. Dirigirse a la meta "en secreto que nadie me vea", porque de lo que se trata en la búsqueda de la utopía evangélica no es ser visto por los hombres, no son protagonismos personales o recompensas en la estimación humana; se trata de llegar hasta "El Amado" que espera, hasta el Reino de Dios que está escondido en la noche. No se habla aquí de la falsedad del desobediente, sino de la discreción del paciente. Y conviene añadir, porque es enseñanza de la experiencia, que esta renuncia a la publicidad y a que los hombres nos vean, este "en secreto" de Juan de la Cruz, es una de las cosas que se revelan a la larga como más difíciles en toda la marcha del hombre hacia Dios, y que sólo se vuelven posibles por esas "ansias que inflaman en amor" de las que hablaba el punto anterior.

¡Cuántos grupos izquierdosos tienen aquí materia para un serio examen de conciencia! Quizá sea que esa renuncia a los protagonismos se vuelve todavía más difícil para el individualismo occidental, que sólo concibe la vida como carrera individual, propia. Pero, de todos modos, repetimos que se trata de una renuncia muy difícil para todo hombre: tanto que Jesús parece pensar que la corrupción radical de toda religiosidad está en ese afán secreto de hacer las cosas referentes a Dios (oración, ayunos, limosnas... "para ser vistos de los hombres", es decir, para afirmación propia y no por la gratuidad de Dios, la cual es la única que puede dar sentido a la religiosidad humana".

Y todo esto es aplicable aquí: se sale en secreto y sin ser notado, porque lo que importa no es la aventura misma, sino llegar efectivamente hasta el Amado. De este modo, gratuidad y esfuerzo no se contraponen, y se rompe definitivamente todo planteamiento alternativo entre exigencia de compromiso y experiencia de gratuidad, pues es precisamente esta segunda la que fundamenta aquélla primera. Este es un elemento imprescindible (y que ahorra muchas crisis y muchas desesperaciones) para la espiritualidad que andamos buscando.

3. LIBERTAD INTERIOR

(*"Estando ya mi casa sosegada"*)

Este punto sigue al anterior y lo hace en realidad posible: "salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada". Es un punto tan fundamental como nuevo en cada momento. Juan de la Cruz lo subraya sonoramente, con todo un verso final de estrofa, al comienzo del camino. Pero lo vuelve a subrayar, con otro verso final de estrofa, cuando se llega a la meta: "dejando *mi cuidado* entre las azucenas olvidado".

Ahora, en la noche, no hay azucenas que ayuden a esa liberación de cuidados. Por eso este punto es el más difícil de la espiritualidad que buscamos. La noche nos desasosiega por dentro, nos hace descubrir que nos amábamos a nosotros mismos en la liberación o en la búsqueda del Reino; las renunciadas y los golpes cuestan y duelen más de lo previsto, y desatan por eso mismo agresividades en las que se acaba por perder, o por invalidar, la razón que se tenía. O bien son demasiadas las críticas y demasiadas las protestas que dicen ser proféticas, pero que no transparentan en realidad el ansia inflamada en amor al Amado, sino la falta de sosiego de la propia casa. Estas jeciones las

enseña repetidamente la historia de los últimos tiempos y de toda la Iglesia: la Iglesia no se ha renovado más y mejor, a lo largo de su historia, porque muchos movimientos utópicos -al chocar con las primeras resistencias de lo carnal de la institución- se volvieron simplemente demasiado tópicos. Muchas "divinas impaciencias", al ser iluminadas por lo oscuro de la noche, se volvieron impaciencias sólo humanas, demasiado humanas.

Pero el sosiego de la propia casa es absolutamente imposible sin haberse tragado hasta el fondo que, en la empresa del Reino y de la liberación de los hombres y en la tarea de la transformación evangélica de la Iglesia, uno trabaja sólo para Dios y para los hermanos, y nunca para sí. Que, por floreciente que sea el corazón que ama esas empresas, en un "pecho florido que entero para El solo se guardaba". Sin esta referencia es imposible el sosiego. Con ella podrá darse el dolor; pero el dolor no es lo mismo que la falta de sosiego; pues a Dios se le puede encontrar aun en medio de la noche y del dolor, mientras que es prácticamente imposible encontrarle sin tener la propia "casa sosegada".

4. TESONERA FE-EN-SI

(*"A oscuras y segura"*)

Vamos a introducir el comentario a este verso con un conocido texto de la que fue compañera de aventuras y desventuras de San Juan de la Cruz, escrito también en momentos en que sentía el peso de la resistencia de las instituciones a cambiar: puede ser bueno recordar que lo que en este texto se reivindica (aunque hoy nos resulte increíble) es la capacidad de la mujer para hacer oración:



"Digo que importa mucho y el todo... una granee y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere... murmure quien mormurare... siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decir: 'hay peligros', 'fulana por aquí se perdió', 'el otro se engañó', 'el otro que rezaba cayó'..., 'no es para mujeres que les vienen ilusiones, mejor será que hilen'. 'no han menester esas delicadeces, basta el Paternóster y Avemaria...⁶.



Estas palabras de Teresa de Jesús, además de que iluminan maravillosamente la conducta de Jesús en el pasaje (tantas veces mal leído por nosotros) de Marta y María, merecían citarse aquí, porque no significan que los peligros fuesen infundados y que la institución eclesial no tuviese más de dos razones para recelar de una reivindicación oracional que produjo, desde luego, más de tres histerias. Significan sólo que, cuando una causa es justa y santa, no queda desautorizada ni por sus peligros ni por sus exageraciones o deformaciones. Y esto es lo que ocurre hoy con el anhelo de transformación evangélica de la institución eclesial. Pero, además, las palabras de Teresa merecían citarse porque son como una exégesis de lo que Juan de la Cruz dice de forma mucho menos expresiva y menos ponderativa, aunque tenga la intensidad de sus expresiones contrastadas: "a oscuras y segura". No es fácil la seguridad en la oscuridad, desde luego. Sólo es posible porque, aunque en la noche no haya luz ni guía (que son las que dan seguridad), existen, sin embargo, aun en la noche, esas ansias que hacen arder al corazón; y ese ardor se convierte en luz y guía. Entonces se puede ir a oscuras pero seguro, porque se va "sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía". Y debemos subrayar (para ir entrelazando los diversos capítulos) que esa luz del corazón sólo vale cuando se tiene el sosiego del punto anterior: cuando la noche ha dejado de ser estorbo porque uno puede decir (en ella y fuera de ella): "ni yo miraba cosa"; es decir, cuando sólo se tienen ojos para el Amado y no para otros intereses. Entonces es cuando la luz que arde en el corazón puede ser más fuerte que la oscuridad y digna de crédito. Entonces esa luz guía "más cierto que la luz del mediodía".

Por eso, aquella "determinación determinada" de que hablaba Santa Teresa, o esa seguridad en la noche oscura de que habla Juan de la Cruz, dejan de ser frutos de la obstinación humana o expresiones de una orgullosa seguridad en uno mismo. La seguridad de la fe no coincide ni con el engrimiento propio ni con el invernadero ambiental: las circunstancias ambientales son más bien adversas: son "noche". Y por eso esta seguridad de la fe no tiene nada que ver con la trágica tentación de seguridad que pervierte también todo el afán religioso del hombre (igual que la afirmación cristiana de la vida no tiene que ver con la huida de la muerte, sino con la resurrección desde la muerte). Es una seguridad que brota de ese Amor interior por el que se busca, el cual asegura que sigue valiendo la pena buscarlo aunque se vuelva a fracasar. Una seguridad muy bien descrita por Bultmann en palabras que he citado otras veces:

"No existe seguridad real y definitiva. Y es precisamente esta ilusión la que hace sucumbir a los hombres en su ansia de seguridad... La fe es el abandono de la seguridad humana y la prontitud para hallar seguridad sólo en el más-allá invisible, en Dios. Esto significa que la fe es seguridad allí donde no puede verse la seguridad; es, como dijo Lutero, la prontitud para entrar confiadamente en la oscuridad del futuro"⁷.

Esta seguridad de la fe puede, a simple vista, confundirse con muchas falsas seguridades. Quizá sólo los frutos ulteriores permitan discernirla; pero es una seguridad que se ha dado -curiosamente- en algunos de los santos más obedientes y más humildes: en San Metodio, cuando siguió celebrando la liturgia en eslavos, a pesar de la prohibición del Papa Juan VIII; en Santa Teresa, cuando sigue haciendo fundaciones, a pesar de las duras palabras del Nuncio contra ella; en San Ignacio, cuando se mueve para impedir que hagan cardenal a Borja, a pesar de que le constaba la voluntad contraria del Papa. Todas eran decisiones angustiosas, sin el recurso fácil a la condena del otro y "sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía".

Y todas ellas fructifican, además, iluminando y fundamentando la seguridad en la noche actual. Porque hoy es posible extraer como lección de la historia de la Iglesia esta sencilla consideración: todos los proyectos cristianos conservadores dejan de ser conservadores cuando quieren ser misioneros. O bien renuncian a ser misioneros para poder seguir siendo conservadores; pero entonces dejan de ser cristianos. Pues si uno puede engañarse en su conservadurismo,



no percibiendo que ama en realidad más las mediaciones contingentes que al Dios inapresable al que ellas acercan, eso se vuelve imposible cuando se trata de amar las mediaciones de una determinada situación histórica, más que a los hombres "de fuera" a los que hay que evangelizar en otra situación nueva; pues, como recordaba San Juan: "a Dios no se le ve", pero a los hermanos de fuera "se les ve" -y se les oye- (cf 1 Jn 4,20). Y esto hace mucho más difícil el engaño a la hora de decir qué se ama más: si la seguridad de unas mediaciones propias, pero contingentes, o la necesidad de anunciar el Evangelio a todos los hombres.

5. SOLEDAD

("En parte donde nadie parecía")

Este es el reverso del punto anterior, y quizás el que sirve para aquilatarlo. Pues la seguridad del que se siente superior es muy diversa de la seguridad del que se siente solo. Sale de casa solo, "en celada", y se dirige "a parte donde nadie parecía". Donde uno se siente solo de los otros: solo de todos los valores, voces y juicios oficiales o bendecidos. Pero donde se está solo *con Dios* y, por eso, con los otros, puesto que nunca es posible estar de veras con Dios sin estar de algún modo con los demás. La soledad del profeta o la soledad del precursor son un tópico ya supermanido de todas las reflexiones con carácter semejante a ésta

que estamos intentando. Añadamos solamente, por eso, que es una soledad digerida, y que éste será su rasgo más llamativo. Porque la verdadera soledad se le hace muy inaguantable al hombre no sólo por la falta de compañía, sino por la falta de aceptación que implica, y que crea una inseguridad no soportable. Es sólo la seguridad del punto anterior -que era seguridad en El y no en nosotros- la que hace llevadera esta soledad del profeta y del precursor, sin quitarle su dureza. Ello la distingue también de la otra soledad del poderoso o el superior, la cual es más bien el precio de su autoencumbramiento. Es decir: se trata de la soledad de la fe y no la soledad del egoísmo o de la pasión: en la primera (como ya dije en otra ocasión) la fe sigue siendo siempre *suelo*, aunque sea pocas veces *consuelo*. La segunda, en cambio, es una soledad "desolada" y, en definitiva, y por ello, también desconsolada.

Muchas batallas y muchas renovaciones eclesiales se han hecho así a lo largo de la historia: "en parte donde nadie parecía", pero donde el profeta supo que era en aquella desolación "adonde me esperaba quien yo bien me sabía".

6. EL ENCUENTRO EN LA NOCHE

("Oh noche que juntaste Amado con amada")

Si todo ello es así, la soledad se va convirtiendo en compañía, la oscuridad en luz ("más cierta que la luz del mediodía"), y la noche en "amable más que la alborada". Esta dialéctica trasciende todo el poema de Juan de la Cruz de la manera siguiente: en las cuatro estrofas de la primera mitad, la evocación de la noche oscura va acompañada de un "ritornello" inesperado que se repite: noche "dichosa", en una noche oscura, "oh dichosa ventura...". En las cuatro estrofas de la segunda mitad, la evocación de la noche ha conducido ya a una situación de dicha, porque es de encuentro con el Amado. Y así, a partir de su estrofa quinta ("oh noche que guiaste"), el poema merecería el título del libro aquel de Isabel Allende: *De amor y de sombra*. La sombra de la noche ha conducido a la luz del encuentro, aunque aún no haya arribado al día. Y Juan de la Cruz se entretiene ahora en la descripción de ese encuentro, tanto como se ha extendido antes en la del camino por la noche: otras cuatro estrofas.

Esas cuatro estrofas ya no necesitan ser analizadas aquí. Pero sí debían ser evocadas, porque un elemento indispensable para la espiritualidad que buscamos son también las incomprensibles experiencias de con-

solación que caben y se dan en medio de la involución eclesial. "Amada en el Amado transformada". La involución significa sólo que el Señor, como en la perícopa evangélica, "quedó dormido". Pero ahora descansa "en mi pecho florido que entero para El solo se guardaba", y por eso se le puede dejar dormir. Naturalmente que ésta es sólo la manera poética de expresar las cosas. Pero, en cualquier caso, hay algo así como una seguridad de que el Señor está, aunque parezca dormir, lo cual permite seguir batallando con esa actitud que resulta tan extraña para cualquier batalla: "cesó todo y dejéme, dejando mi cuidado..."

Actitud inasequible al desaliento; pero también a la esperanza excesiva o excesivamente concreta. Porque, como un toque de realismo después de tanta poesía, o como una llamada a no hacerse demasiadas ilusiones, se puede evocar para concluir la siguiente anécdota, la cual ya no es de la poesía, sino de la vida: al transmitir para la posteridad esta pequeña perla que es el poema de la "Noche oscura", hubo nuevos inquisidores anónimos, sabios y atentos, que creyeron más edificante cambiar alguna de sus frases que -por lo visto- les debían de resultar peligrosamente eróticas. Y así, el manuscrito hispalense (en contra del manuscrito de Sanlúcar, revisado por el propio Juan de la Cruz) escribe: "el rostro recliné sobre la mano", donde el santo había escrito: "el rostro recliné sobre el Amado". Así, el alma que había salido inflamada en la noche oscura se queda al final sola consigo misma, apoyando pensativa su cabeza en la mano: eso es todo...⁸.

Creo que esta graciosa anécdota pone sutilmente de relieve cuál es la pasta de los hombres que pueblan este mundo y esta Iglesia. Y nos autoriza a pensar que, mientras los hombres seamos de esa pasta y mientras -por más Aquiles que nos sintamos- tengamos esa clase de tendones, no cabe hacerse demasiadas ilusiones, por maravillosos que sean el Amado y Su causa. No se trata, por eso, de llegar a situaciones maravillosas, sino de seguir perseverantemente encaminándose hacia ellas.

Tomado de *Sal Terrae* 888-9 (1987) 581-592

NOTAS

1. Cf. vg. GIANCARLO ZIZOLA, *La restauración del Papa Wojtila*, Cristiandad, Madrid 1985.

2. Así se intitula una obra de S. PIE, J. PIQUER, J.M. ROVIRA y P. TENA: *La impossible restauració*, Montserrat 1986.

3. Véase la repetición de consonantes, que se diría pretendida, o al menos consentida, en expresiones como:

CaSa SoSegada,
noCHé diCHosa,
aMADa en el aMADo tranforMADa,
todoS miS SentidoS SuSpendía,
DeJéme DeJanDo...

Y nótese, a la vez, la abundancia de is y as (o us y as) en las rimas, sobre todo de las cuatro primeras estrofas, que son las que describen el camino por la noche.

4. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios*, no. 321.

5. Cf. en el capítulo 6 de Mateo, los versos 2-3, 55-6, 16-17: siempre la contraposición entre ser religioso para ser reconocido por los hombres, y serlo puramente por el Padre que está "en lo secreto".

6. Camino de perfección, cap 35. En *Obras*, BAC 1962, pp 248-49.

7. *Jesus Christ and Mythology*, Londres 1966, pp 39.40.41.

8. Otra corrección parecida se hizo en el segundo verso de la penúltima estrofa. En lugar de "cuando yo sus cabellos esparcía", el manuscrito hispalense lee "cuando ya...". De este modo, es el aire del verso anterior, y no la mano de la amada, el que revuelve los cabellos del Amado. Y el puritanismo social recobra sus derechos, aun luego de escrita la Noche Oscura. Da cierta ternura leer estos esfuerzos, tan bien intencionados como estúpidos y tan arriesgados como inútiles. Y quizá sea esa la misma ternura que le debe dar a Dios Padre Todopoderoso el insensato celo de algunos restauradores.



"BAJAR" AL ENCUENTRO DE DIOS. LA TRANSPARENCIA DEL BARRO

Benjamín González Buelta,
Maestro de Novicios, República Dominicana

"Mi Padre hasta el presente sigue trabajando, y yo también trabajo". (Jn 5,17)

"Un hijo no puede hacer nada de por sí, tiene que verlo hacer al padre. Así, cualquier cosa que éste haga también el hijo la hace igual. Pues el padre quiere al hijo, y le enseña todo lo que él hace". (Jn 5,19-20).

CREAR CON EL PADRE

1. Al encontrarnos con Dios en la intimidad contemplativa, no quedamos sumergidos en un océano de pasividad ni invadidos por la nostalgia. En el encuentro somos re-creados. Dios es experimentando como el que nos libera en la comunión para ser capaces de descubrir y acoger lo nuevo que realiza con nosotros en la historia.

2. Dios no sólo escucha el grito del oprimido por estructuras desde fuera y por tantos mecanismos que han entrado ya dentro de su persona y lo han hecho carne y sangre oprimida también desde dentro.

Dios mismo grita en el pobre (Rm 8,26) y hace suyo nuestro grito.

3. Este grito es parecido al de la mujer en el parto. Isaías dice audazmente de Dios: "Como parturienta grito, jadeo, resuello" (Is 42,14). El fruto es la luz que ilumina los caminos nuevos de un pueblo ciego.

Además de la imagen del parto, para expresar la fuerza creadora de Dios en la historia encontramos una imagen vegetal. La justicia de Dios está sembrada en la historia como la semilla en la tierra. Por eso Dios ordena: "Abrase la tierra y brote la salvación, y con

ella germine la justicia: yo, el Señor, lo he creado" (Is 45,8).

Jesús mismo usará esta imagen. El Reino de Dios es como una semilla enterrada. Brotará y llegará a la plenitud sin que el hombre sepa cómo (Mc 4,27). Más aún, Jesús mismo se ve como esa semilla enterrada en la tierra fértil de la historia, para dar fruto (Jn 12,24).

4. El Señor de la historia nos invita a crear con él. Pero no como meros ejecutores de algo externo. Las ofertas de Dios nacen dentro de nosotros, ponen en camino nuestra fantasía y nuestras manos, y salen a la luz marcadas por nuestra propia huella.

5. Al crear, nosotros mismos nos hacemos creadores y sentimos pasar la libertad y la justicia por nuestro propio cuerpo. Al mismo tiempo, nos sentimos más comprometidos a seguir creando, pues algo nuestro va caminando en la historia.

6. Todo proceso creador es pascual. El parto es doloroso. La vida nueva nace para ser ella misma, y a medida que crece se va alejando de nosotros por su propio camino, de la misma manera que la planta se va alejando, al crecer, de la semilla, que acaba por desaparecer en la tierra.

Entre los pobres, lo nuevo nace amenazado por el monstruo de la opresión con sus mil bocas abiertas (Apoc 12,4). El parto doloroso y la tierra que se resquebraja para que nazca la planta nueva son imágenes de dolor, pero también la vida nueva que camina hacia la plenitud del Reino.

7. Al crear con Dios, hacemos una experiencia nueva. Dios sufre y trabaja con nosotros y en nosotros para liberarnos. Cualquier calle es un templo, y todo paso puede ser un gesto de culto. "Ofrezcan su propia existencia como un acto de culto" (Rm 12,1).

Vamos a explicitar el proceso de esta manera de encontrarnos con Dios que llamamos "contemplación en la acción".

LOS PASOS DE LA "CONTEMPLACION EN LA ACCION"

Entrar en el proyecto de Dios

La obra de Dios se concreta en proyectos de liberación de todos los hombres y de todo el hombre.

En casos extremos, los pobres aparecen en el evangelio como personas a las que hay que acercarse para auxiliarlas, como hace el samaritano con el judío saqueado al borde del camino.

Pero los marginados aparecen también, y mayoritariamente, de una manera diferente. A ellos, y a todos los que se solidarizan con ellos, se les revela su vocación. No son los eternos mendigos esperando, al borde de los caminos de la historia, la generosidad de los que saben, tienen o pueden. En el sermón de la montaña son invitados a crear el Reino de Dios.

A través de la herida de su pobreza, que los desinstala de la situación presente, dejan entrar el Reino de Dios en nuestro mundo. De ellos "es" el Reino de Dios, en presente (Mt 5,3), pero la plenitud de la justicia, de la paz, de la posesión de la tierra..., será futura, tal como se afirma en las siguientes bienaventuranzas. Entre el presente y el futuro se abre el espacio y el tiempo de su vocación creadora con Dios.

Es necesario crear una nueva relación con los hermanos (Mt 5,21-48). Haciendo pie en la experiencia del amor a todos, incluso a los enemigos (Mt 5,44-45), como el Padre que hace llover sobre buenos y malos, es posible no entrar en la dinámica de la agresión, devolviendo golpe por golpe (Mt 5,39), engaño por mentira (5,37), insulto por ofensa (Mt 5,22)... Dejando que el amor creador del Padre entre dentro de nosotros, es posible cortar la espiral de la agresión y, sin alimentarla más, crear un nuevo dinamismo de vida.

Para que esto sea posible no basta una manera formalista de relacionarse con Dios en las prácticas de piedad (Mt 6,1-18). No se pueden utilizar para obtener fama de hombres piadosos o para decirle a Dios lo que tiene que hacer. Dios es distinto. Es Padre de bondad y de cercanía, que está en lo escondido, y desde lo secreto del corazón ofrece la vida del Reino a todo el que se acerca con apertura de pobre y con confianza.

El que se encuentra con Dios así puede tener una nueva relación con los bienes de la tierra (Mt 6,19-34). Ya no tendrá por amo implacable a la riqueza, que acabará haciéndolo esclavo, eterno mendigo, sino que servirá al Reino de Dios y su justicia, que trae consigo todo lo que necesitamos para vivir con dignidad.

Este es el don ofrecido. El que lo acoge, lo concreta en obras y proyectos, entra por esta puerta estrecha que desemboca en la vida (Mt 7,13-14), da buenos frutos (Mt 7,15-20) y no se detiene en el solo decir, "¡ Señor, Señor!" (Mt 7,21-23). En la opresión, esta puerta estrecha puede presentarse verdaderamente intransitable.

Al que va construyendo con Dios lo nuevo del Reino, se le va asentando dentro una nueva consistencia y se parece a la casa construida sobre la roca (Mt 7,24-27). Contra él se desatarán los vientos y ciclones de los servidores del "dios dinero", pero no se derrumbará. Más aún, conocerá la alegría en medio de la persecución (Mt 5,12).

A través del compromiso de las comunidades, Dios va entrando con una vida nueva entre nosotros. En la historia, nosotros escondemos el amor discreto de Dios. Somos su debilidad y su fuerza.

Reconocer el paso de Dios

"Buscar y hallar a Dios en todas las cosas" es la intención del contemplativo que vive un compromiso activo por el Reino. El "Dios escondido" (Is 45,15) del mundo, puede ser buscado y hallado incluso en los ambientes más secularizados y hostiles.

Para avanzar en esta revelación, en primer lugar tenemos que comprometernos en lo que ya hemos descubierto en el discernimiento como obra suya y colaboración nuestra.

En algunas ocasiones nos damos cuenta de lo que estamos viviendo en el trabajo y el momento de la acción. Somos sorprendidos por la manifestación de Dios. No siempre aparecen estrellas sobre los niños recién nacidos en la pobreza, pero basta con que se haya detenido sobre uno de ellos... para que nos detengamos ante cualquier otro para tratar de descubrir todo su misterio. Podemos recordar el ejemplo de Jesús cuando regresan los discípulos de predicar. En ese mismo momento, todo se aclara para él y, lleno de alegría, constata la forma como el Padre va revelando su obra a la gente sencilla y se la oculta a los sabios y entendidos. Exultando de alegría, ahí mismo, en medio de los discípulos, da gracias al Padre (Lc 10,21).

Frecuentemente, será después de la acción, cuando la miremos en el "examen" del día, o de un período

de tiempo más largo, cuando veremos con claridad la acción de Dios al remansarse las aguas. Iremos percibiendo lo que hay en el fondo del trabajo, de los encuentros. Y constataremos como los discípulos de Emaús: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?" (Lc 24,32). Algunos hechos sólo revelarán toda su grandeza presentada en la medida en que los guardemos en nuestro corazón, como María (Lc 2,51).

No importa que los acontecimientos traigan rostro de éxito o fracaso. En medio de la eficacia del amor, de las personas comprometidas, de las asociaciones que crean espacios de comunión y obras de justicia, al compartir el pan con el hambriento..., entonces "romperá tu luz como la aurora" y Dios dirá: "Aquí estoy" (Is 58,8). Precisamente en medio de la acción liberadora, "surgirá tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía" (Is 58,10). Es decir, en medio de la acción Dios nos hará sentir su presencia luminosa.

Pero también en la lentitud y oscuridad de los procesos de liberación, de nuestro ir y venir por los caminos endurecidos y sabidos, notamos que Dios hace brotar algo nuevo (Is 43,18).

En la pobreza y la limitación humana, en un detalle que pasa desapercibido entre el esplendor y el brillo de los que hacen el espectáculo a su manera, puede aparecer la grandeza de Dios en una viuda que "da todo lo que tenía para vivir" (Lc 21,4). Pero hay que tener ojos contemplativos como Jesús para reconocerlo.

Este reconocimiento tiene nombres propios. La viuda, el extranjero, el dirigente sindical, el catequista, la casa en la que compartimos la fe y la amistad, ocupan un lugar bien concreto en nuestro caminar por los callejones de miseria y nos salen al encuentro. Nos pueden derribar en medio de nuestros dinamismos agresores y destructivos (Hch 9,4), nos explican el sentido de las escrituras (Lc 24,7), o son "fantasmas" que en la cercanía se van revelando como rostros del resucitado (Lc 24,37).

Cuando nos encontramos con estas personas, en las que hemos reconocido la presencia activa de Dios, entonces nos llega un mensaje de ellos a nosotros. No es necesario estar pensando en Dios en ese momento. Dios es ya una presencia sentida en la que todo se ve. Aun anónimamente, nos van transmitiendo un sentido, una salvación, que no sabemos explicar cómo

pueden llegar tan hondamente dentro de nosotros. No es necesario pensar. Basta encontrarnos, trabajar, abrazar con los poros abiertos del que quiere contemplar y recibir la presencia del resucitado.

El ocultamiento de Dios

Pero no siempre es fácil descubrir la obra de Dios en las personas y en la historia.

Job, en medio del sufrimiento, al descender desde una situación privilegiada hasta el fondo de la sociedad humana, se hace sensible, como antes nunca lo había sido, a la opresión de sus compañeros de miseria (Job 24,1-12). Los malvados mueven los linderos de las tierras, roban, echan de los caminos a los pobres y toman en prenda de sus préstamos abusivos a los hijos de los pobres para hacerlos esclavos. Los miserables tienen que esconderse en la clandestinidad, comen rebuscando desperdicios y sobras, viven desnudos ante el frío, se pegan a las rocas porque no tienen casa, y producen alimentos para otros mientras ellos pasan hambre.

Ante este espectáculo Dios parece no hacer nada. Se calla. Es el silencio de Dios ante el sufrimiento de los justos. ¿Qué hace Dios? ¿No ve lo que está pasando? ¿Dónde está su eficacia?

Cuando el pueblo se hace consciente, se organiza, se compromete y empieza a caminar. Pero en muchas ocasiones la represión se hace también más organizada y más fuerte que antes. Es la experiencia de los judíos en el desierto. Hambrientos, sueñan, en medio de las penalidades nuevas, con la comida de esclavos que tenían en Egipto. Piensan que han salido para morir calcinados y que estaban mejor en Egipto.

Entonces se experimenta cómo los distintos grupos poderosos han ido dándose la mano para crear un círculo de hierro, una muralla perfectamente cerrada que no deja salida ninguna, un sistema social opresor. El profeta Miqueas lo expresa con gran fuerza hablando de la sociedad de su tiempo. Los latifundistas apresan a los pobres y se reparten sus tierras (2,4); las autoridades viven a costa del pueblo, al que dejan en los huesos (3,2); los profetas adivinan por dinero (3,11); los jueces juzgan por soborno y los sacerdotes predicán a sueldo (3,11). Todos los grupos influyentes han creado un sistema que no permite salir hacia el futuro.

Es un pueblo entero el que grita desde la cruz, como Jesús: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Y ante este grito sólo parecen responder

las burlas de los que están bien protegidos por sus dioses.

En estas situaciones, la posibilidad de contemplar la obra de Dios pasa por una fidelidad que se entrega y por la paciencia, hasta que llegue la "hora" en la que podamos ver la cruz como un signo de gloria (Jn 12,28). Mientras tanto, como Jesús, sentimos la angustia (Jn 12,27) ante el bautismo de sangre que tenemos delante de los ojos. Pero la respuesta de Dios ya está sembrada en el silencio, en esa capacidad de fidelidad y de paciencia al proyecto de Dios que permanece en el pueblo.

La transparencia del barro

A través del trabajo creador con "Dios y de la fidelidad en la pasión se ha ido operando una transformación profunda en nosotros. La realidad se ha hecho transparente, y en el fondo descubrimos la presencia activa de Jesús resucitado. En el sentido más fuerte de la palabra, el barro se ha convertido en un espacio de contemplación.

Un texto de Pablo puede ayudarnos a comprender esta experiencia (2 Cor 4,5-12).

Dios ha encendido su luz en nuestros corazones (2 Cor 4,6). "Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria viene de Dios y no viene de nosotros" (4,7). Mirando los cuerpos deteriorados de los pobres, comprendemos lo que significa que toda su bondad está encerrada en vasijas frágiles de barro. Por eso el ver la acción de Dios a través de carne débil de los pobres, maltratada como barro viejo y resquebrajado, es una experiencia sorprendente.

Pero pongamos en boca de los oprimidos de hoy las palabras de Pablo, perseguido y apaleado en tantas ocasiones. "Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo" (4,8-10).

En la fidelidad a la vida, en la búsqueda de la libertad y la justicia, en el sentido de su propia dignidad, en la bondad y ternura que ha vencido desprecios y golpes, en su protesta..., nosotros descubrimos el tesoro de la vida del Espíritu que se transparenta "en la carne mortal" (4,12).

Por consiguiente, "ya no apreciamos a nadie por su apariencia" (5,16), sino por la presencia de "algo nuevo" (5,17) que crea el resucitado desde dentro de esta "humanidad nueva".

Cuando hablamos de transparencia, queremos decir que vemos a través de algo, no claramente. No vemos sin ningún tipo de interferencia. Pero a través del barro frágil y ambiguo se va revelando la presencia de Dios. Las personas son signos del Reino. Y por todos los sentidos nos van transmitiendo una gracia más allá de lo que logramos comprender. La realidad está habitada. Nos vamos moviendo en el mundo "con el sentimiento de una presencia", como decía el P. Nadal hablando de San Ignacio de Loyola.

Esta transparencia es de una importancia muy grande para nosotros, porque nos toca trabajar y vivir en medio de un ambiente contradictorio y resquebrajado, donde tantas fuerzas chocan y nos envuelven a nosotros. La transparencia nos unifica desde la dispersión de nuestro trabajo.

Somos unificados desde dentro de nosotros mismos, en la medida en que nuestra persona entera se deja focalizar y orientar por lo único importante, lo que descubro como voluntad de Dios. Pero somos unificados desde fuera, en la medida en que nos vamos haciendo contemplativos y vamos descubriendo la obra del único Señor de la historia, en medio de las realidades más dispersas y contradictorias. Esa obra es la misma, y mueve toda realidad en la misma dirección. Progresivamente podemos ser unificados y rehechos en el trabajo con los pobres, aunque aquí pesen con fuerza los mecanismos desintegradores de la opresión.

Oración de Jesús en el corazón de la vida

El evangelio de Lucas (Lc 10,21-24) nos presenta una oración de Jesús en medio de su compromiso apostólico.

"En aquel momento, con la alegría del Espíritu Santo, exclamó" (10,21). Este "momento", es el regreso de los discípulos de su misión apostólica. Anunciaron el Reino de Dios a la gente del pueblo, por las aldeas y caminos, y "hasta los demonios se les sometían".

En medio de su *proyecto*, Jesús ha constatado que hay dos grupos que se oponen al Reino. Por un lado, los estudiosos de la Escritura y los hombres religiosos, que se protegían de la novedad del Reino dentro de su ciencia y de su práctica religiosa. Por otro lado, los bien situados económicamente, que se atrincheraban en sus riquezas.

Sin embargo, el Reino entra en este mundo a través de "esa gente sencilla", porque el Padre se lo revela y ellos acogen esa revelación. Ha sido necesario

el trabajo apostólico de Jesús y de sus discípulos para experimentarlo.

Jesús *reconoce* la obra del Padre y, lleno de alegría, le da las gracias con una oración nacida en esa situación de trabajo apostólico.

Las limitaciones de los discípulos no han desaparecido. Se manifestarán más adelante con toda crudeza, y *ocultarán* el Reino, más que revelarlo. Pero esas "vasijas de barro" se han hecho *transparentes* para Jesús.

La entrega absoluta de Jesús a la voluntad del Padre se encuentra en medio del camino con estos

signos orientadores. La acción apostólica es el punto donde la intención de Jesús y la acción del Padre se encuentran en una unidad sin fisuras. La acción no es para Jesús sólo el lugar donde transmite todo lo que sabe del Padre y del Reino, sino también el lugar donde contempla la acción del Padre y donde se entrega en gratuidad absoluta.

N.B. Este "artículo" es en realidad un capítulo de la obra que con el mismo título (*Bajar al encuentro de Dios*) publicará en breve la Editorial Sal Terrae.

Tomado de Sal Terrae 895 (1988) 123-131

CONTEMPLACION Y DISCERNIMIENTO EN LA VIDA DIARIA

Enrique Gutiérrez Martín del Campo, SJ (+)

Extendido y profundo fue el fruto que produjo Enrique Gutiérrez Martín del Campo en vida. Recibió y revitalizó la tradición de los Directores de los Ejercicios de San Ignacio. Mucho enfatizó que ésa es una tradición oral, de persona a persona. Y en verdad, tratándose de los Ejercicios, que son una experiencia, la transmisión viva, de presencia a presencia es indispensable.

Pero los escritos ayudan como minuta y recordatorio. Así es el libro de los Ejercicios, y así se han publicado los escritos que fue haciendo Enrique al prepararse para dirigir grupos de Ejercitantes. Aún no salen a la luz todos. Hasta ahora sólo los que directamente tienen que ver con el tiempo de los Ejercicios mismos. Hay otros sobre el discernimiento de los espíritus en la vida diaria. Aquí presentamos uno que hace la conexión de ese discernimiento con la Contemplación final "para alcanzar amor".

Lo que sigue no es pues un tratado, ni un artículo, ni una instrucción. Son apuntes hechos por Enrique para ayudarse al dar los Ejercicios.

Luis G. del Valle, sj

Nota: ofrezco aquí unas sugerencias que pueden invitar a algunos de ustedes a introducir las en su vida diaria en conexión con el Discernimiento. La experiencia puede irnos diciendo para quiénes son útiles estas sugerencias y en qué forma de hecho producen el fruto deseado.

INTRODUCCION

Lo nuclear de la Contemplación para alcanzar amor parece ser el intento por romper el dualismo: Contemplación-Acción.

Contemplamos a un Padre que es acción amorosa, justiciera y salvadora para los hombres, sus hijos. . . Actuamos una fraternidad que nos lleva en seguimiento de Jesús a la justicia y salvación de los hermanos y en definitiva al Padre. . . Ignacio insiste en la Contemplación para alcanzar amor, en algo extremadamente humano: solamente podremos amar desde lo que experimentemos ser amados. El nos amó primero (1 Jn 4,7-8). Somos invitados por Ignacio a introducirnos conscientemente en el ambiente del amor del Reinado de Dios.

Se trata desde luego de un don, El Reino de Dios viene en gracia; pero supone que pondremos de nuestra parte todo como si de nosotros sólo dependiera.

Realmente estamos ante un esfuerzo por superar uno de los más graves aspectos de la dinámica del pecado en este mundo que es volver irreconocible a Dios como amor. Sobre todo ante el escándalo cristiano de supuestos seguidores de Jesús que abusan de sus hermanos y hacen impensable la paternidad de Dios en el mundo e imposible la experiencia de fraternidad del Reino de Dios.

Ignacio nos indica, a mi ver, en la Contemplación para alcanzar amor, por qué el apostolado y la actividad pastoral, educativa, promocional, etc, agotan nuestra expe-

riencia de Dios, de su amor y del seguimiento de Jesús. . . , cuando debían aumentarla. Es que no hay un vínculo que vaya identificando en una grande experiencia, la historia y la conciencia de ser amados: amar y ser amados.

No nos sucede como a la madre cuando trabaja por su hijo; a la esposa cuando trabaja por el esposo querido; que todo su atarearse y trabajar es amor y cultiva su amor.

Más bien requerimos alimentar la experiencia de amor en retiros y en oración y después en la acción se va descartando el acumulador.

Difícilmente se diría que el fondo de nuestra misión es amar, para que los hombres se amen.

Estas sugerencias que aquí propongo encadenadas al Discernimiento en la vida diaria tratan de arraigar en nuestra vida la experiencia del amor de Dios y luego poder traducirla en amor a los demás, para ir superando poco a poco el ambiente social de profunda desconfianza del hombre por el hombre, del mercantilismo del mismo amor, de prejuicios, de idealismos aéreos e infructuosos. . .

1. DISCERNIMIENTO EN LA VIDA DIARIA A PARTIR DE MI HISTORIA

Los Ejercicios se han venido realizando en la profundización del entrecruce de mi historia situada en la historia con la historia de Jesús, para así proseguir su camino, su lucha y su cruz, en la construcción del Reino de Dios en esta historia.

En este entrecruce de historias es donde Ignacio aplica el Discernimiento de los Ejercicios (Examen de la Meditación) y sólo en este entrecruce se fia él de las mociones y se alarma si no las hay. . . Sin confrontarnos con Jesús, no sabemos qué es consolación del Espíritu; y sin abrirnos a la historia, no sabemos cómo proseguir la vida de Jesús en nuestro hoy y aquí, para construir el Reino.

2. HISTORIA EN LA CONTEMPLACION Y CONTEMPLACION EN LA HISTORIA

Después de nuestra experiencia de las meditaciones de Ejercicios, ahora podemos ver cómo la meditación se convierte en realidad:

- Nosotros ahora señalamos un Fruto, que sabemos el Padre espera en seguimiento de Jesús, ya históricamente y en la práctica. Como si sólo de mí dependiera. . . ; y como si sólo de Dios dependiera. . .
- Después ya no se va a entrelazar la consideración de fe de las tres historias, sino se van a entrelazar en su realidad vivida en la fe. La historia en la que vamos a estar actuando; mi historia que ahora es prosecución de la historia de Jesús. Y la vida de Jesús que se hace presente a través de sus seguidores.
- Después, de cuando en cuando vamos a examinar si se sacó el fruto. Estamos llamados a llevar fruto (Jn 15, 16).
- Yo preparó los puntos (Proyectos de Vida):

- * Analizando la historia con sus leyes como caminos del Padre. . .
- * Discirniendo en la historia la presencia del mal, la actuación del hombre y las posibilidades del Reino.
- * Condicionando y definiendo mi historia para que sea seguimiento de Jesús hacia el Reino. . .
- * Según el Fruto que ahora va a suceder en la historia.

Nota: Estos Frutos van a ser determinados a plazos más o menos amplios y sucesivos. . .

3. UN FRUTO CONCRETO PARA LA VIDA DE CADA DIA

Ignacio, sin manejar el enfoque del Reino de Dios, maneja un enfoque muy cercano, el del seguimiento de Jesús y el de la cercanía sensible de Dios, en amor, como Padre, como clave especial para la cercanía al hombre como hermano. Ignacio nos propone un Fruto para la vida diaria, no ya rememorando los dones del amor del Padre, sino viviéndolos en la vida diaria. Aquí es donde pienso que el Discernimiento podría ayudar mucho, tanto para ir proponiendo cada día algunos Frutos que podríamos ir consiguiendo, como para después encontrar si de veras se consiguieron y finalmente para emplear el corazón en gozarnos con el amor de nuestro Padre y abrirlo al amor de los hermanos.

4. ALGUNOS ASPECTOS DEL FRUTO DE RECONOCER EL AMOR DE NUESTRO PADRE EN LA VIDA DIARIA

A manera de sugerencia indico algunos capítulos en donde podríamos ir cosechando este Fruto que nos abre a tomar conciencia del amor de Dios y de las semillas del Reino de Dios que nos rodean en nuestra historia:

4.1. Irnos sensibilizando como Jesús a la cercanía del Padre en Gracia y amor y a las semillas del Reinado de Dios en este mundo

El evangelio se encuentra lleno de multitud de pasajes en los que Jesús salta de lo que le rodea y sucede a la pateridad del Padre y a la fraternidad entre nosotros:

- Si ustedes dan cosas buenas a sus hijos, cuánto más su Padre. . . (Lc 11,13).
- Desde la preocupación de lo más esencial en la vida hacia la confianza en el Padre (Lc 12,22-34).
- Desde cualquier manipulación de Dios, hacia la rectificación del "Dios mayor" que es amor: el Padre se resiste a los soberbios. . . (Lc 6,24-26); no pueden servir a Dios y a la riqueza (Lc 16,13).
- Sólo desde esta perspectiva, Jesús reconoce amor detrás de lo duro y negativo, vgr en la inconstancia del pueblo mismo, es el Padre a quien no conocen. . . (Jn 11,41; Mt 13,14-15).
- Desde la persecución, la incompreensión y las amenazas; a la confianza incondicional en el Padre. Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para. . . (Jn 17,1).

Nosotros también somos invitados para ir reconociendo

en multitud de aspectos de la misma naturaleza, de las relaciones interpersonales (en especial con nuestro pueblo), y de otras diversas situaciones nuestras, el amor del Padre que se nos hace presente en gracia y las semillas del Reinado de Dios que llegan a través de la amistad, del cariño de Padres e hijos, etc, etc.

4.2 Otro fruto es irnos sensibilizando a la cercanía del hombre, como la "causa de Dios", por quien Dios apuesta. . . No ver solamente al hombre como el líder, el experto, el cuate, el concientizado, el científico. . .

Ese hombre, envuelto en todas sus contradicciones y dentro de las contradicciones mismas de la historia, dentro de las ambigüedades que le rodean y que él mismo es, constituye un verdadero "proyecto de hijo de Dios" y "proyecto de hermano entre hermanos".

Podemos ir descubriendo en los más pobres, en los necesitados e ignorantes, aun en los enemigos, esos rasgos positivos de hombre, de generosidad, acogida, ayuda, que están llamados a ir caminando en una progresiva definición hacia la realidad paulatina de hijos de Dios y hermanos del Reino. Desde ahí dolernos de todo lo que destruye ese caminar lento de los hombres hacia la bondad del Padre y alegrarnos con las semillas del Reino. . .

4.3 Especialmente deberíamos nosotros cuidar la presencia de este proceso de sensibilización hacia la cercanía del Padre y del Reinado de Dios, en el manejo de las mediaciones históricas y científicas, que nunca agotan la perspectiva de la realidad humana; en ellas y más allá de ellas se debate en definitiva la causa del Reino. . .

Irnos imponiendo a releer desde esta visión de fe nuestros análisis de la realidad sociopolítica, desde luego y especialmente cuando se trata de la Iglesia.

Irnos haciendo releer también así nuestros Proyectos de pastoral, educación y promoción populares.

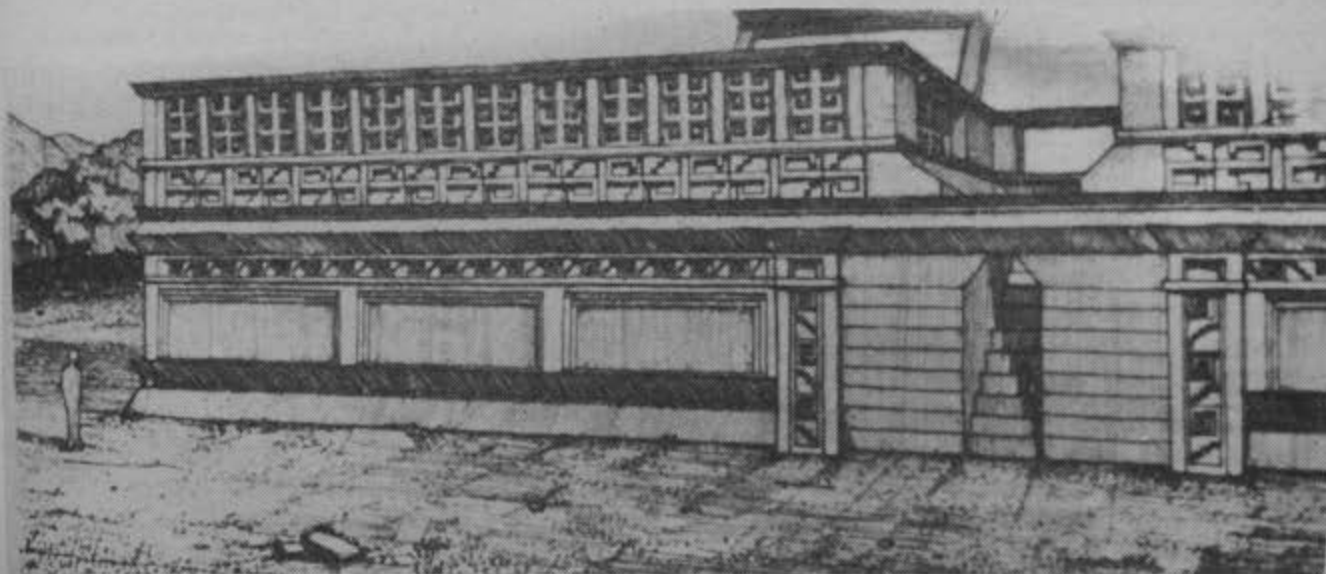
Interrogarnos con frecuencia cómo deberíamos actuar desde esta conciencia personal progresivamente más sensibilizada al amor del Padre y de los hermanos, tomando en cuenta las concretas mediaciones de la historia y el instrumental científico.

5. REVISAR Y RECOGER EN EL DISCERNIMIENTO ESTOS FRUTOS

Desde luego no se trata de que nosotros vivamos sobreviviéndonos para ir captando estas señales del Reino de Dios en nuestra historia, sino que esto va a ir aconteciendo desde nuestras proposiciones para alertarnos en ver las señales del amor de Dios y las de los hermanos en nuestro alrededor, hasta el momento del Discernimiento en que miramos qué ha sucedido y nos preparamos para los sucesos que van a venir en el día o los días próximos. En alguna manera nosotros podemos prever una parte importante de los sucesos de nuestra vida diaria y prever también qué aspectos van a irnos revelando la presencia del Padre y de los hermanos, las contradicciones y ambigüedades de todo esto y los frutos de alegría y gozo, dolor y pena.

Al llegar el momento de discernir los impulsos que en nosotros se causaron durante el tiempo que pasó, iremos encontrando también estos impulsos amorosos, misericordiosos, compasivos, dolorosos, etc. Ahí detenernos y ampliar el corazón para crecer y crecer en el amor y sentirnos día a día más sueltos y alentados para amar y dar (Tomad Señor y recibid. . .), en el realismo de la contradicción y ambigüedad de cada hombre y de la historia.

Después ir buscando la manera de comunicar esta experiencia nuestra y de ir sembrando una esperanza creciente, un optimismo y alegría en medio de la vida, basados en la confianza en el Padre, en Dios que se acerca en gracia y en los impulsos de cada hombre por crecer en bondad y en verdad.



"...DE FRENTE AL OFICIO DIVINO DE VIVIR"

David Fernández

Estudiante de Teología, Instituto Teológico S.J.,
México.

Echar la mirada atrás teniendo aún la mano en el arado no puede tener otro sentido que verificar el rumbo y atrapar con los ojos la dirección del surquerío.

Va pues este intento.

LA REALIDAD DE LA POBREZA: UN MISTERIO

El pobre produce temor. Y todavía en el noviciado había que doblegar la voluntad para acudir a ellos. Luego de años, el miedo permanece entero: lo que se ama aterra y fascina a un tiempo.

Desde lejos o desde dentro, la realidad de la pobreza se me ha planteado siempre como un interrogante infinito, como un desafío incomprensible, como una contradicción que sume en la perplejidad.

Al amparo de los sabios uno entiende que ello no puede ser de otro modo: todo lugar teológico involucra un misterio, los enclaves de la revelación participan del Misterio absoluto de Dios que se encarna. De ahí la inabarcabilidad de la experiencia de la pobreza... Es entonces, a causa de Jesús de Nazaret, que los pobres se nos hacen presentación y pasaporte del Dios de Israel.

LA COMPAÑIA ME PUSO CON LOS POBRES

Cuando pedí entrar en ella sabía, a lo sumo, que habría de ser austero en lo personal: un pobre de solemnidad, tal vez; pero nunca imaginé que se me exigiría asumir a los pobres y a su inmensa pobreza real, sociológica y ponderable, como componente propio de esa consagración individual a la austeridad. Y de pronto ahí me vi, en una inserción crítica, repartiendo volantes, llamando a defender el salario, orando con la Escritura en una Comunidad de Base, nadando

entre albañiles en San Isidro. El sentimiento entonces era farisaico: ese secreto orgullo del pequeño burgués tan capaz de vivir el espíritu del Evangelio y la misión acordada por el cuerpo apostólico de la Compañía.

Un poco más tarde aquello haría crisis dolorosa. El dolor, la sensibilidad, la alegría del pueblo pobre se me iban metiendo en el cuerpo y obraban ahí maravillas: me iban redimiendo al mismo tiempo en que me hacían sujeto de condena. Los pobres me pusieron delante de mí mismo.

¿Cómo fue esto? No sé; apenas logro entenderlo. Por reflejo del pueblo me supe débil, presuntuoso y -paradójicamente- víctima del autodesprecio, celoso de la imagen que proyectaba, tonto, al fin. Era el kairós de conversión labrado por la gratuidad del cariño de hermanos, por el fracaso en un intento de toma de tierras, por la maraña de rasgos psicológicos excitados, por Dios en sus pobres. Supe ahí que los pobres -al igual que Jesús crucificado- condenan y redimen. De este tiempo rescato las líneas que siguen (y pido perdón por la impudicia):

*tres veces hubiera querido que david muriera
pero tres veces
le ganó la autora
entonces quiso apartarse de la muerte
dios le reprendió
y nunca más le mordió la soledad
entendió que el sentido de la vida
era amar a los pequeños
y negarse...*

El proceso gradual de involucración y opción real por los pobres fue también un proceso de liberación personal.

"Hoy entiendo -le escribía a la sazón a Raúl Morael sentido de un noviciado y un juniorado partícipes del pueblo, de mis hermanos. He llegado a comprender esta experiencia que habrá de herirnos a perpetuidad y nos dejará una cicatriz siempre tierna. La herida estará siempre ahí, muda y elocuente; y ninguno de nuestros actos podrá ser entonces libre, porque la herida no nos dejará en libertad. Llevaremos siempre el alarido del pueblo explotado"

LOS POBRES ME PUSIERON EN SUS LUCHAS

Esa legítima opción parcial por los pobres se convierte, de manera creciente, en opción por los intereses de los pobres.

El desarrollo propio de los procesos que iniciamos, las consecuencias de una evangelización que pretende ser liberadora, los constantes desafíos que nos presenta ese pozo inagotable que es la vida del pueblo, fuerzan poco a poco esa opción global indeterminada a hacerse más precisa como opción de clase.

De ningún modo afirmo que la opción por los pobres se reduzca a una opción de clase. Ello equivaldría a mutilar el Evangelio. Sin embargo, si no se llega nunca a hacer propios los intereses objetivos de los pobres y a luchar por ellos, entonces esa pretendida opción se hace inmediatamente motivo de sospecha: falsa o afectiva, romántica e idealista.

Fue ese el tiempo de la imposibilidad del retorno en el camino emprendido, el momento de la lucidez respecto de la índole necesariamente conflictiva de nuestra inserción entre los pobres, la oportunidad del compromiso militante. Militar o no militar es asunto de lealtad para con el pueblo y para con Dios, indiscernible fuera de lo concreto.

LAS LUCHAS DE LOS POBRES ME COLOCARON FRENTE A UN DIOS SIEMPRE MAYOR

Esta afirmación quiere subrayar ese sentimiento macizo de pequeñez, de limitación y pecado propio que experimento cada vez que releo la vida y me sitúo de cara a los pobres, sus luchas y los retos que nos plantean. Es vivir la participación en ese proceso como don, como gracia, como seguimiento- llamado.

Porque de principio a fin, el proceso de incorporación a la vida de los pobres lo he vivido -además de como un proceso de liberación personal-, como un transcurso de encarnación histórica de la fe. La fe ha sido y es motivación e impulso. La opción por los pobres, la inserción, y últimamente la vinculación socio-organizativa con sus luchas, las he vivido como vocación personal desde una mutualidad al servicio del Reino.

Y no sobra decir que este esfuerzo no ha sido algo sencillo. En el hecho de la militancia -tomada en sí misma- existe una dinámica sutil que tiende a hacer de la revolución una mera tarea; algo así como una consigna. Y así nadie puede garantizar fidelidad. Una causa, por sí misma -insisto-, no justifica la entrega de la vida de un hombre, ni la mía, ni la de nadie. Sólo la vida de los hombres concretos, heridos, marginados,

sufrientes, en la que Dios nos interpela puede dar razón del sacrificio.

Además en el camino nos hemos venido topando con la necesidad de un reacomodo progresivo, de una revaloración gradual de los diversos elementos que constituyen nuestra espiritualidad y nuestras prácticas religiosas. En el andar se me ha hecho comprender la obligación "bajo pecado" -como dice Rahner- de mantenernos abiertos a un porvenir siempre mayor, desde la óptica de Jesucristo. Sin duda que esta actitud no se encuentra realizada; es apenas un cariñoso imperativo a hacer de mi libertad objeto de disposición constante, a "dejarme conducir".

De todos modos, dentro de una ética cristiano-militante, el descubrimiento del Dios Mayor tiene una importancia primordial en la superación que intento de todo principio abstracto y general de una estrecha disciplina de partido, de la irresponsabilidad que deposita toda decisión en la dirección de la organización o en la autoridad. Una actitud así sólo puede ser don de Dios.

EL DIOS SIEMPRE MAYOR: UN DIOS CONFLICTIVO Y TRANS-INSTITUCIONAL

Descubrir en la lucha un Dios Mayor teniendo de frente a una sociedad conflictiva, rígidamente institucional, manipuladora del mismo Dios, idolátrica, sólo puede conducir a ser conflictivo y desinstitucionalizador, aun sin pretenderlo. El experimentar siempre se hace desgarrador.

La tentación en esto es calificar cualquier conflicto como cristiano y evangélico, cuando no siempre es verdad. El conflicto al que nos llama el Dios Mayor es aquel que es necesario y que abre a la historia y a las instituciones a nuevos desafíos, y les señala nuevos rumbos; de ningún modo es inspirada una conflictividad que cierra a nuevas posibilidades.

EL CAMINO HACIA ADELANTE

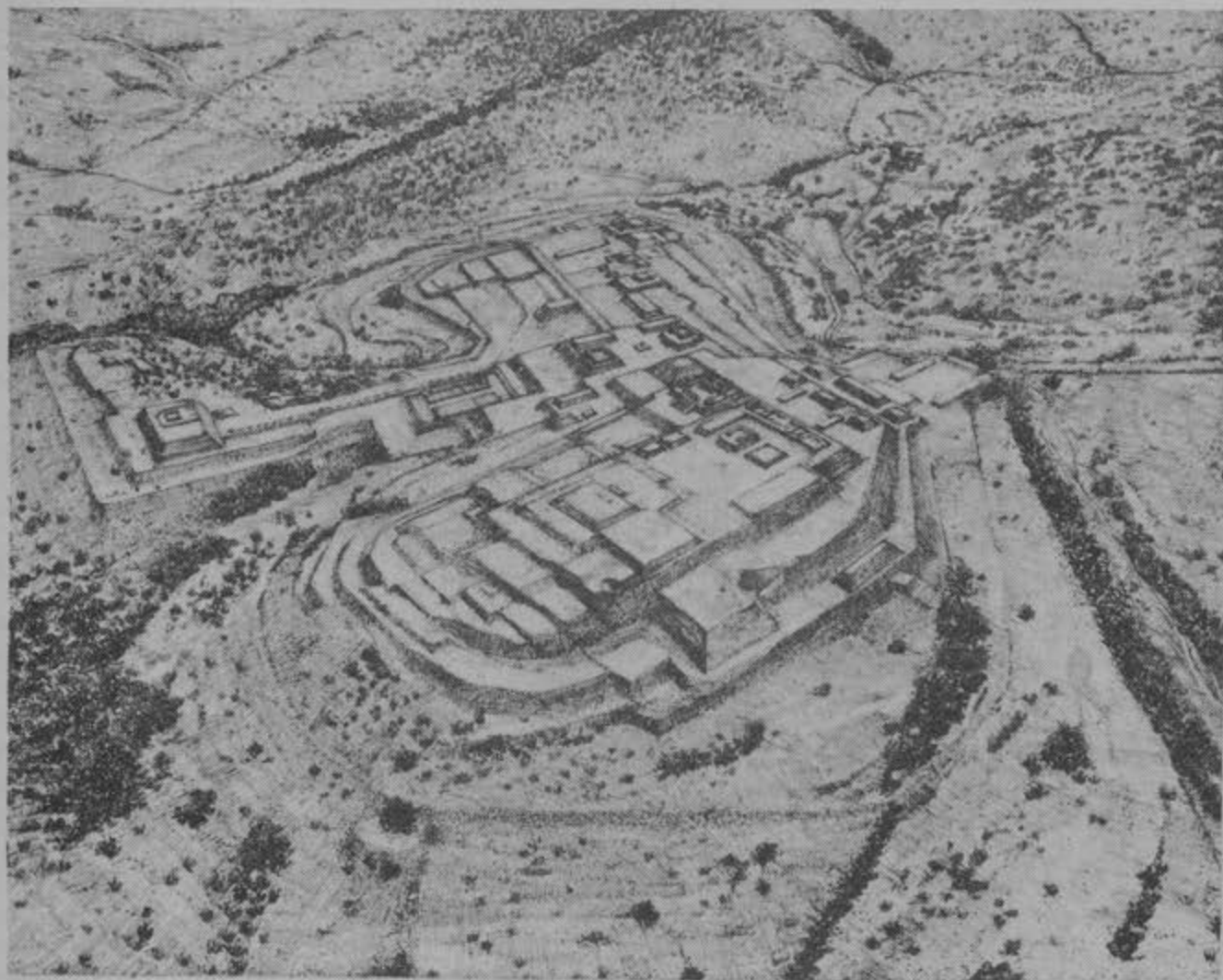
Aquello que comenzó al ser puesto con los pobres no puede encontrar otro final -si en el centro hay el deseo de fidelidad a Dios- que la muerte como pobre en medio de los pobres. Antes que ello, y para que sea posible esta bendición, quiero asumir para mí, junto con ustedes, tres importantes desafíos que ahora miro por delante:

-la integración cabal de la dimensión política en nuestra fe cristiana en un triple nivel: el teórico, como integración de la teología y las ciencias sociales; el orgánico, como imbricación de la doble militancia eclesial y política, y el vital-personal, como síntesis en una religión popular liberadora.

-la resistencia creativa y alegre, esperanzada, a las actuales dinámicas restauracionistas que vive la Iglesia y que, de manera creciente, pueden ir siendo un

obstáculo serio para que los procesos de opción real por los pobres y de encarnación histórica de la fe, se desplieguen con todo su vigor y coherencia evangélicos;

-por último, la generación y el impulso de un proyecto común mutualitario de resistencia, que mire hacia lo interno de la Provincia (generación de grupos de discernimiento, comunicación, convalidación, etc.), y hacia nuestros proyectos apostólicos.





FE CRISTIANA Y COMPROMISO POSTELECTORAL

INTRODUCCION

a) El día 20 de mayo del presente ofrecimos a la opinión pública, particularmente a los grupos cristianos comprometidos, nuestro documento La opción por los pobres y la coyuntura electoral, con la esperanza de contribuir a una toma de posición más clara ante la misma. Dicho documento era, a su vez, continuación, profundización y puesta al día de las reflexiones que, sobre la coyuntura electoral, habíamos dado a conocer el 15 de junio de 1982.

b) Después de realizadas las elecciones, todos nos encontramos con grandes interrogantes sobre lo que podría pasar. El desconcierto nace de los hechos mismos: los resultados aparecidos en las casillas inmediatamente, prometían una mayor transparencia. Todo hacía suponer que el abstencionismo sería mucho menor que en otras ocasiones. Porque la conciencia de la población se expresó abiertamente en la calle, en el transporte público, en las conversaciones particulares, haciendo prever un nivel muy alto de participación ciudadana.

c) Se escucharon voces jubilosas, anunciando la derrota del abstencionismo y el triunfo de México. Pero contra todas las expectativas, los resultados tardaban en llegar. Siempre se habían dado inmediatamente, al menos en forma preliminar, los resultados de la elección presidencial. Ahora, en el Distrito Federal los datos extraoficiales no daban la victoria al PRI a nivel presidencial. Y anunciaban derrotas significativas de algunos de sus candidatos aparentemente más seguros. La explicación oficial del retraso fue la "caída del sistema de computación". Y de pronto se dio marcha atrás en las noticias dadas anteriormente: el abstencionismo era de un 50%... Sólo pasado un tiempo, cuando se dijo que ya habían llegado los datos de casillas lejanas, se dieron los resultados de la elección presidencial: CSG tenía una mayoría absoluta del 50.36% con poco más de 9 millones de votos, -muy lejanos, por cierto, de la cifra prometida de 20 millones-. Y las denuncias, objetivadas con pruebas, rechazadas por la CFE, por el Tribunal de lo Contencioso Electoral Federal, por la mayoría de los presuntos diputados priístas en el Colegio Electoral hicieron crecer el desengaño en la oposición y en el pueblo.

d) Se sucedieron las manifestaciones masivas de rechazo al fraude electoral en todo el país. La Cámara tardaba en constituirse, haciendo temer que pudiera llegarse al 1 de septiembre sin que hubiera quorum suficiente para el Informe. Y las cábalas se

sucedían sin cesar. ¿Qué pasaría entonces? ¿Tendría que retrasarse el Informe? O bien: ¿qué pasaría si para el 1 de diciembre aún no estuviera calificada y aceptada la elección presidencial? En el mismo partido oficial hubo el tironeo entre dos tendencias: los políticos viejos, a quienes se recurre en busca de reforzar con su experiencia la intransigencia, y los mediadores, que proponían soluciones de componendas con la oposición. Así llegamos al Informe Presidencial, en un clima ríspido, con una oposición como nunca la había habido al interior de las Cámaras, ocupando la oposición casi el 50 % de las curules en la Cámara, y roto, al fin, el monopolio del PRI en el Senado.

e) En esta situación en que vivimos, hemos sentido una vez más la urgencia de reunirnos a poner en común nuestros análisis y reflexiones, para no dejar de intervenir en lo que a todo mexicano nos atañe, es decir, "en la lucha por la justicia y la solidaridad social, por la verdad contra el fraude y la mentira, por los derechos humanos que para millones de conciudadanos nuestros son los derechos a subsistir como seres humanos" (Opción por los pobres y coyuntura electoral, 110).

f) Para nosotros, como para todo ciudadano, en el esclarecimiento político y en el establecimiento de un nuevo gobierno están en juego esos altos valores. Pero, para los cristianos, el momento actual constituye, además, un verdadero desafío al discernimiento cristiano y un momento de gracia para la realización de nuestra fe, que nos exige amor de verdad y con obras: "el que no obra la justicia no es de Dios" (1 Jn 3,10); "el que odia a su hermano es un asesino" (1 Jn 3,15), y que nos convoca a "dar la vida por nuestros hermanos" (1 Jn 3,16).

g) ¿Cómo vemos, pues, este momento postelectoral? ¿Cuáles son los criterios que nos permiten descubrir o hacer más clara la presencia del Dios liberador en medio de los caminos actuales del accionar político?

I.- LA SITUACION POSTELECTORAL

I.- Los sucesos relevantes

1. A partir del 6 de julio cambió la actitud política de la población mexicana. Este cambio podemos sintetizarlo en una palabra: participación. En esa decisión de participar tomada por el pueblo, es donde encontramos el mejor argumento para la esperanza de que nuestro país avanza hacia una vida cada vez más democrática.

2. La participación se dio a todos los niveles de la acción política: en lo electoral, en las movilizaciones, en la militancia directa en los partidos; y resultó particularmente importante en las acciones de unificación llevadas a cabo por la oposición. En muchos grupos cristianos esa participación es resultado de un largo proceso de reflexión y toma de conciencia, y ocupa parte importante de sus reuniones, celebraciones y compromisos.

3. Esta esperanza naciente se ve empañada por un conjunto de hechos y situaciones antidemocráticas, entre las que el fraude electoral es una de las principales. En la prensa, y a través de testimonios personales, llegan evidencias de su amplitud, así como de la pérdida de credibilidad en las declaraciones oficiales, reforzada por la cerrazón con que la mayoría oficial se ha mantenido ante las justas exigencias de la oposición, a fin de 'limpiar las elecciones' de toda sospecha de fraude. Los argumentos que esgrimen no son los de la razón sino los de la fuerza de imposición. Todo eso no ayuda en nada a la superación de la creciente pérdida de credibilidad del régimen actual.

Como dice el Consejo Permanente del Episcopado, en su declaración del 26 de agosto del presente: "A pesar de la sistemática desinformación y de las irregularidades que se observaron en el proceso electoral, muchos mexicanos expresaron su descontento e inconformidad y su clara voluntad de cambio hacia un pluralismo real que dé cauce a una auténtica democracia". Esto no será posible si la mayoría en el poder se decide por el camino de la imposición y no el de la razón.

4. No menos preocupantes y graves son los hechos de violencia que se dieron en torno al proceso electoral (catorce asesinatos y al menos seis graves atentados) que, pese a las declaraciones oficiales, que hasta hoy no han aportado pruebas fidedignas, aparecen a los ojos de la opinión pública como hechos de violencia política, por haber sido ejercidas contra militantes políticos y periodistas. No queremos culpar directamente a nadie, sino llamar la atención sobre los mecanismos de violencia que pueden desatar actitudes arbitrarias y cerradas, de lo que tenemos tristes ejemplos en los grupos paramilitares o 'guardias blancas' que han surgido en varios países de América Latina como consecuencia de posiciones intransigentes. Sería terrible que se perdiera la prioridad del valor de la dignidad y la vida humana. O que la pérdida de credibilidad llevara a una generalización de actitudes y acciones represivas.

5. Esta mezcla de esperanza y dudas marca la peculiaridad del momento. El análisis de los principales cambios que se han dado, nos posibilita descubrir las líneas de acción que permiten convertir esta coyuntura postelectoral en una verdadera oportunidad de transformación democrática y liberadora para el pueblo mexicano.

2.- Los cambios principales

6. En el PRI: Aun ateniéndonos a los resultados oficiales, es un hecho evidente el debilitamiento electoral del partido en el poder. Carlos Salinas es el candidato oficial que gana por el porcentaje más bajo en toda la historia política de México en lo que va de este siglo, con el 50.36%; Miguel de la Madrid (hasta entonces el de menor votación) ganó con 70.9%.

7. A esto se añade la disminución de legitimidad, producto de la opinión pública muy difundida de la existencia de fraude electoral y de las actitudes de autoridades y partido oficial que en vez de despejar las dudas más bien las han aumentado. Esa situación marcará probablemente el próximo régimen.

8. No menor dificultad presenta al PRI la solución de su problemática interna, nacida de la contradicción que parece existir entre el programa de su candidato y los deseos e intereses de los dirigentes de sus organizaciones sociales. Si CSG quiere llevar adelante su proyecto de modernización (apertura a la economía internacional, disminución del tamaño del sector público y de la burocracia) sólo lo podrá hacer a condición de apoyarse en la burocracia de sus tres sectores. Pero el desarrollo de tal programa lleva precisamente a la destrucción del poder de esas burocracias.

9. Esta hipótesis no es producto de la especulación. Si tenemos en cuenta que los elementos fundamentales del programa de CSG son continuación del programa de gobierno llevado a cabo en el sexenio de MMH, de cuyo diseño y aplicación fue encargado, nos encontramos con que sus resultados fueron negativos para el control de la burocracia de los sectores del PRI sobre sus agremiados. Entre los candidatos derrotados de este partido había un número significativo de líderes de la CTM; en los distritos controlados por alguno de los sindicatos más poderosos (petroleros) la votación a favor del FDN fue significativa. Al igual que en algunos sectores del Ejército. Resumiendo: si la burocracia le retira su apoyo al programa de 'modernización', se vería condenado al fracaso. Y si este programa se impone, la burocracia priísta podría ver destruido su control.

10. En el FDN: Los resultados que obtuvo el FDN rebasaron las expectativas de simpatizantes y contrincantes. La unidad de fuerzas políticas y de organizaciones sociales superó, con mucho, todos los cálculos y se tradujo en la más alta votación reconocida a la oposición. El 31.1% que se le reconoce es dos veces superior a la más alta votación obtenida por un candidato de oposición: Miguel Henríquez Guzmán, 15.9% (1952); Pablo E. Madero, 15.7% (1982).

11. La unidad que se ha dado en torno al FDN (cuyo fin es la demanda de democratización de la política y la defensa de la legalidad electoral) expresa el malestar de un importante sector de la sociedad ante el control monopólico del PRI y ante el deterioro de las condiciones de vida, agravado por la política económica del actual sexenio. Por ser esta unidad hasta ahora coyuntural, y por la heterogeneidad de las fuerzas que la integran, no está exenta de interrogantes sobre sus posibilidades de continuidad y permanencia.

a) Por un lado está la Corriente Democrática, grupo original de apoyo a Cárdenas, gestado dentro del PRI, en cuyo seno formuló una serie de reclamos y propuestas de cambio; ante la imposibilidad de realizarlas llegó finalmente a la ruptura con el mismo.

b) Un segundo grupo son los partidos a los que se había criticado su carencia de bases, su 'flexibilidad' hacia el PRI y su actuación política poco confiable.

c) Otro integrante del FDN es el PMS, expresión del proceso de unidad que se ha venido dando entre diferentes agrupaciones de izquierda desde hace unos diez años.

d) Y hay un cuarto grupo: el de las organizaciones que, si bien han apoyado la candidatura de Cárdenas y la lucha política del FDN, no tienen en él aún representación formal, aunque no hay duda de su alianza y de la similitud de sus planteamientos. Es el caso de organizaciones políticas y sociales diversas: de barrios y colonos, de campesinos, de estudiantes, de disidentes de otros partidos de izquierda.

e) Pero también debe destacarse que Cuauhtémoc Cárdenas despertó esperanzas de cambio en muchos ciudadanos sin partido o desvinculados de organizaciones sociales, que irrumpieron masivamente en el proceso electoral, votando a su favor.

12. Esta diversidad de partidos y organizaciones abre el interrogante sobre la posibilidad de mantener la unidad y sobre la forma organizativa que podría tener: ¿Un nuevo partido unitario? ¿Un frente de partidos? ¿Una coalición electoral? Mas las preguntas principales son: ¿Hasta dónde están dispuestas a llegar las organizaciones integradas al FDN? Y ¿hasta dónde pueden hacer compatibles sus planteamientos para mantener la unidad?

13. En el PAN: Contrariamente, según los datos oficiales, el PAN ve prácticamente frenado el avance cuantitativo que venía

teniendo en elecciones anteriores: 7.8% en 1952, 9.4% en 1958, 11% en 1964, 14% en 1970. En 1976 no presenta candidato como protesta. En 1982, 15.7%. Y por primera vez en 1988, después de treinta años, cae al tercer lugar. Estos datos podrían estar indicando que el PAN está llegando al límite de sus posibilidades de crecimiento electoral, toda vez que perdió el papel de interlocutor principal en la oposición.

14. El proceso electoral puso de relieve la pugna entre el llamado neopanismo (DHIAC: empresarios que intervienen directamente en la política) y los viejos militantes panistas (más identificados con las posiciones democristianas). Fue triunfo de los primeros colocar a Manuel Clouthier como candidato a la presidencia. Las tensiones se han manifestado también en la selección de candidatos a diputados. Y a la vieja guardia no acaban de convencerle los acuerdos de Clouthier con otros candidatos de la oposición para la defensa del voto.

15. La crítica y la estrategia panista coinciden en algunos aspectos con las de la izquierda, en cuanto que ambos tienen un enemigo común en lo electoral. Pero el PAN sabe que los resultados positivos que pudiera arrojar una presión conjunta podría favorecer principalmente al FDN, dado su mayor peso político. Esto puede explicar el que el PAN oscile en sus relaciones con el resto de la oposición.

16. La caída de Acción Nacional como tercera fuerza política también ha dado lugar al desconcierto, y posible alejamiento, de algunos de sus aliados tradicionales.

17. Pero todo esto no significa que el PAN sea una fuerza políticamente liquidada. El haber ocupado el tercer lugar permite pensar que podría jugar un papel fundamental en los próximos tres años: el de ser factor de equilibrio, o posible aliado, en el enfrentamiento de las dos fuerzas principales, el PRI y el FDN, en una Cámara de Diputados dividida casi por mitades (PRI 261, Oposición 239, de los cuales el PAN tiene 101). Porque aunque comparte con el último la condición de partido de oposición contra el monopolio político del PRI, su proyecto nacional está mucho más cercano al proyecto "de centro progresista" de CSG que a las tendencias representadas por Cárdenas.

3.- Algunas reflexiones sobre las perspectivas

18. Lo complejo de la situación hace sumamente difícil ofrecer un diagnóstico probable, pero es necesario intentarlo. En nuestra reflexión proponemos cuatro hipótesis o perspectivas posibles, que no son excluyentes, sino que podrían dar lugar a combinaciones diversas, con resultados obviamente diferentes. En las discusiones sobre ellas habría que tener en cuenta todo esto.

19. Al considerar cada una de las perspectivas es necesario tener presente que pueden incidir de diferentes maneras y con distintos pesos dos elementos principales:

a) Dado que el cambio fundamental ha sido el de la participación popular, lo que suceda estará fuertemente marcado por el rumbo que siga imponiendo esta participación;

b) Lo que ocurra en México sólo puede comprenderse teniendo en cuenta el contexto internacional, las tendencias dominantes y su efecto sobre nuestro país.

La participación popular

20. De los dos elementos anteriores, el determinante es el primero. El segundo, sin disminuir en nada su importancia, es un

condicionante de gran peso, pero que al fin de cuentas puede subordinarse en alguna forma a la participación popular y a sus intereses mayoritarios. Algunos hitos de nuestra historia nacional y latinoamericana son testimonio de ello.

21. La cuestión fundamental para el desarrollo de cada una de estas cuatro perspectivas es lo que pueda ocurrir con la participación popular. Aunque no es lo deseable, no se puede descartar que pudiera haber, y aun inducirse, un retraimiento de ella. Por lo contrario, es deseable y también es posible que esta participación se amplíe y se fortalezca.

22. Para que esto último suceda así, es indispensable que en la actual coyuntura continúe la construcción de más y mayores espacios de organización democrática, así como la apertura de mejores vías de comunicación entre ellos.

23. En la medida que esta construcción participada permee eficazmente distintos ámbitos de la sociedad civil -populares, urbanos y rurales, femeniles, juveniles, estudiantiles, académicos, religiosos, etc.- se generará ese proceso democrático que tanto anhelamos.

El contexto internacional

24. La economía mundial está en un profundo proceso de transformación. En el mundo capitalista -al que pertenece nuestro país, aunque dependiente de otros más ricos- esa transformación sucede como respuesta a la honda crisis por la que atraviesa su economía desde hace varios años. Y se caracteriza por la incorporación de nuevas tecnologías; una de cuyas consecuencias negativas es el aumento de desempleo, como consecuencia de la sustitución de mano de obra. Otra es la concentración del ingreso en manos de pocos, a quienes se transfieren los recursos de las mayorías.

25. Los efectos de esta reestructuración son mucho más graves en los países del Tercer Mundo que en los países desarrollados. Los primeros están llevando sobre sus espaldas la parte más pesada del costo de la reestructuración capitalista mundial. Una primera consecuencia es el déficit en el consumo, al no ser asequibles los bienes esenciales a las mayorías.

26. Para llevar a cabo esta reestructuración se echa mano de un reordenamiento autoritario. Pero este autoritarismo genera nuevas contradicciones. Así es como se ha hecho recaer el peso principal sobre los hombros de las mayorías. Pero esto aumenta la insatisfacción popular; al no poder atender sus demandas, los gobiernos tienen que imponer sus programas, no en base al consenso, sino a la fuerza. El déficit de gobernabilidad, consiguiente al autoritarismo, y la inestabilidad política que conlleva, acaban por dificultar el proceso de reestructuración al que pretendía servir.

27. Esta situación no conviene a nadie, y menos a las mayorías empobrecidas. Por eso es necesario pensar en un nuevo modelo de convivencia internacional, en el que el reconocimiento de los intereses de los países débiles sea la condición para un futuro mejor para todos. Pero este cambio sólo se dará en la medida en que tendamos a él conscientemente.

28. Por lo que hace a nuestro país, a través de tres factores se podría influir directamente desde el exterior en nuestro proceso político interno:

- el manejo de la deuda externa;
- el acceso a los mercados internacionales;
- las inversiones extranjeras.

En todos estos renglones, fundamentales para la resolución de nuestros problemas internos, es previsible que se den presiones para condicionar o negociar el desarrollo de la política interior y exterior, en beneficio de intereses ajenos a las mayorías. Pero, por otra parte, si la participación popular sustenta en forma significativa tanto la política interior como la exterior, ambas se fortalecerán por la atención a los intereses mayoritarios.

Posibles alternativas de los actuales contendientes políticos

29. ¿Qué podemos prever que ocurra en el comportamiento de los actores políticos fundamentales? Podría darse alguna de estas siguientes cuatro posibilidades, o la combinación de factores de varias de ellas:

30. A) La recuperación de espacios políticos por parte del PRI. Aunque se ha puesto de relieve el desgaste del partido, no podemos considerar que esto sea irreversible, si se dieran algunas condiciones, como:

a) Un crecimiento moderado de la economía en los próximos años. Podría darse una reducción en los pagos de la deuda externa, negociada con los centros de poder financiero, que permitiría canalizar hacia inversiones productivas una parte significativa de dichos pagos. Y, además, la entrada de capitales externos en la industria de la maquila podría generar un crecimiento económico que, aunque débil y circunstancial, daría un respiro a la próxima administración, al paliar el problema del desempleo.

b) Una actitud más favorecedora del próximo gobierno norteamericano, que tendrá que redefinir las relaciones con A.L. sumamente deterioradas con el gobierno de Reagan. Con un gobierno demócrata la renegociación de la deuda sería más fácil, por formar parte del programa de su candidato. En cualquier caso es previsible que el gobierno norteamericano opte por la fórmula de 'más vale malo por conocido que bueno por conocer' y que dé su apoyo, de ninguna manera desinteresado, al gobierno emanado del PRI.

c) Un cambio en la conducción política del PRI. Mediante el acercamiento y cooptación de nuevas fuerzas sociales se podría intentar recuperar espacios políticos. Pero si fuera a fondo, tendría que decidir si continuará siendo el partido del gobierno, o si busca independizarse, renunciando al monopolio, para jugar un papel central en la política nacional. Eso requeriría una audacia que hasta ahora no se ha manifestado en sus dirigentes, pero que no es descartable a priori.

31. B) Continuación del desgaste del PRI, que puede crecer aceleradamente si no se modifican las tendencias económicas y políticas de los últimos años. Frente a ello puede haber dos respuestas:

a) La respuesta autoritaria. Quien tiene el poder, ante el temor de perderlo, tal vez para siempre, reacciona de manera autoritaria. No se puede descartar, por ello, una represión selectiva, intimidadora, no abierta y generalizada, al menos al inicio. Y hemos de preguntarnos si las muertes a que aludimos al comienzo no serán el principio de esto... Y si así se despertara al "México bronco", se empezaría el desplazamiento de la burocracia política por la militar.

b) La apertura al pluralismo. Una vida política plural quitaría al PRI el monopolio, pero no tiene por qué ser con-

siderada como su final como fuerza política. Incluso tendría a su favor la experiencia acumulada en tantos años de gobierno, para jugar el papel de centro en la política. Pero para eso debe aprender a compartir el poder, lo cual implica ganarlo o perderlo.

32. C) Respecto al FDN, se le presentan alternativas en lo inmediato y en las acciones a largo plazo:

a) El desafío fundamental que se le presenta es cómo transformar la participación que ha generado -coyuntural hasta ahora- en una organización política en movilización permanente. La movilización popular, muy espontánea hasta ahora, (marchas, planes, mítines) no se puede mantener indefinidamente, y el riesgo de desmovilización es previsible, una vez concluido el actual proceso electoral, con la consecuente desilusión popular.

b) La estrategia que presentan en sus declaraciones es la de intentar conquistar posiciones en niveles regionales, mediante el trunfo electoral en gubernaturas, presidencias municipales y diputaciones locales. Eso implicaría negociaciones y acuerdos permanentes, pero les abriría la posibilidad de construir experiencias modestas de poder a nivel local.

c) En lo que toca al mediano y largo plazo, el FDN tiene ante sí dos opciones: o trata de orientar su acción hacia una 'reedición' del nacionalismo revolucionario (al estilo Lázaro Cárdenas) con sus claroscuros de eficacia modernizante del país y de autoritarismo populista, o se abre a las aspiraciones y experiencias de los sectores populares que participan activamente en la política, y hace suyo el proyecto histórico que esos sectores van construyendo con entusiasmo y dolor.

33. D) Respecto al PAN: A partir de la situación actual por la que atraviesa, y teniendo en cuenta su práctica histórica, es probable que enfrente tres posibilidades:

a) Puede optar por reconocer la realidad del proceso de democratización que actualmente está en marcha y sumarse a ese proceso, sin renunciar a su proyecto de partido de oposición. La dificultad es que tendría que conformarse con ser la tercera fuerza electoral en el país.

b) Puede tratar de recuperar terreno, e incluso acrecentar su peso político, utilizando su fuerza en la Cámara de Diputados, por medio de una alianza con el PRI, supuesto que ambos optaran por hacer cada vez más compatibles sus no tan lejanos proyectos de Nación.

c) Tendría todavía otra posibilidad para tratar de recuperar terreno, endureciendo su posición de derecha, desarrollando un nuevo discurso anticomunista que tratara de despertar los temores de la población ante cualquier tipo de cambio, para ampliar su base electoral y reconciliarse con sus antiguos aliados.

34. La situación por la que actualmente atraviesa el país es una verdadera oportunidad histórica que requiere de un alto sentido de responsabilidad en quienes han optado realmente por democratizar a México. Para que esto sea eficaz es exigencia indispensable una actitud realista y decidida a la vez: Realista, es decir, que no se deje cegar por falsas opciones y reconozca que el proyecto popular está aún en gestación y que exigirá mucho esfuerzo de reflexión y acción para hacerlo realidad. Decidida, es decir, que no permita que la duda o falta de evidencias impida el compromiso con las tareas que hoy en día demanda el proceso democratizador. Que acepte caminar con las incertidumbres y riesgos que todo proceso de cambio trae consigo.

II. FE Y COMPROMISO CRISTIANO ANTE ESTA SITUACION

35. Para la fundamentación teológica del compromiso cristiano en la política, nos remitimos a nuestro anterior documento (*Opción por los pobres y coyuntura electoral*). En él hablábamos de la pluralidad de opciones políticas entre los católicos y de la diversidad de posiciones eclesiales (nos. 56-57). También mencionamos nuestra responsabilidad política como Iglesia (nos. 71-78), asumiendo que la práctica de Jesús, (nos. 58-70) desde la especificidad religiosa de su misión, tuvo una inocultable dimensión política, por el enfrentamiento con los poderes religioso, económico y político propiamente (nos. 79-89). Finalmente ofrecimos algunos criterios para discernir y decidir la calidad de nuestra participación en el proceso electoral. Ahora queremos centrar nuestra reflexión de fe en el momento actual.

36. La fe en el Resucitado fundamenta nuestra certeza de que no le es indiferente lo que sucede en nuestra historia. Quiere que las instituciones y estructuras humanas contribuyan a una vida verdaderamente digna para sus hijos. Esa convicción nos hace mirar estos hechos con ojos críticos, con esperanza profética y corazón comprometido, y preguntarnos: ¿Qué significado tienen para el plan de Dios la participación y movilización popular, el fraude -cuya inexistencia no se ha probado, pero cuya evidencia es voz común-, el fin del monopolio partidario con la emergencia de la oposición más numerosa de la historia, y el riesgo de la violencia? ¿Qué hay en ellos de salvación o de perdición? ¿Qué hechos contradicen su plan de justicia, libertad y hermandad y cuáles lo realizan, aunque sea en parte y aun en proceso? ¿Qué retos presentan a nuestra fe?

37. El análisis social que presentamos nos da un primer acercamiento a la realidad; pero como cristianos tenemos que hacer una segunda lectura desde la fe, y llamar a las cosas por su nombre. Hemos de dar el nombre de gracia o de pecado a estos hechos que hemos analizado, porque es en esta historia nuestra donde se da la salvación o la perdición, el Reino de Dios o el Anti-Reino.

38. Estos hechos son para nosotros señales para la reflexión y la acción, signos de los tiempos. Porque hay una relación intrínseca entre los acontecimientos de la historia y el plan de Dios, el cual, aunque no se identifica con ellos, no se da sin ellos. El Reino, que es la utopía a que tiende nuestra historia, es la norma con la cual el cristiano confirma o critica lo que sucede por la acción transformadora de los hombres. Desde ella queremos analizar lo sucedido para expresar nuestra esperanza cristiana, nuestro juicio ético, y los compromisos prácticos que de ellos se derivan para el futuro próximo.

39. Nuestras consideraciones están marcadas también por la incertidumbre. Es probable que nadie actualmente pueda vislumbrar con certeza lo que pasará en el país. Al menos eso es lo que expresan muchas personas, al preguntárseles sobre el futuro próximo. Serían igualmente irresponsables tanto una posición dogmática, inapelable, con pretensiones de juicio definitivo, como un abstencionismo por riesgo a equivocarse. Desde esta provisionalidad hacemos nuestra aportación.

40. Si como Iglesia hemos de ser el "germen y el principio del Reino", las circunstancias actuales nos exigen una profunda revisión y purificación intraeclesial, en las cabezas y en los miembros, para poder ser -como comunidad creyente y como personas- fermento de tolerancia, de sano pluralismo, de correspon-

sabilidad y participación democráticas. Es un llamado fuerte a que nuestras iglesias superen el clericalismo y se abran a la participación más decidida del laicado. Es un llamamiento a los cristianos a desterrar autoritarismos y a ejercer y promover la participación organizada. Para la Iglesia en particular, como Institución, esta coyuntura es un llamado fuerte a no estar en función de sí misma, sino en función del Reino y de sus mediaciones; a acentuar su condición de que es medio, no fin.

41. Reconocemos que la Iglesia no siempre tuvo la lucidez ni la audacia suficiente para asumir como propia la causa de la democracia, sino que más bien ligó su suerte con sistemas políticos ya superados o en vías de serlo. No supo reconocer en muchos momentos que Dios también habla a través de las ambigüedades de movimientos incipientes, a los que no se puede exigir en sus inicios la madurez y congruencia que podrían llegar a tener.

42. Hacemos esta confesión sintiéndonos parte de esa historia; pero desde una solidaridad activa que nos exige contribuir para que en esta situación la historia no se repita. Cualquier presentación del cristianismo que favorezca una conducta suprapolítica o apolítica es falsa, porque lleva a la evasión, a la pasividad o a la alienación. Y sería complicidad con el poder establecido opresor y, por eso, con el pecado contra el Espíritu, que consiste en no ver la obra de Dios y su gloria en lo que favorece la vida plena del ser humano.

43. En la participación ciudadana se puede escuchar con claridad y firmeza el clamor del pueblo que, cansado del agobio económico y de la manipulación política, se ha levantado para expresar en las urnas su deseo de caminar pacíficamente hacia condiciones de mayor justicia y participación democrática. Participación más notable cuanto que tuvo que vencer las presiones sindicales y una despolitización ya tradicional, resultado de la frustración impotente ante la manipulación de resultados en anteriores elecciones y ante el temor fundado de un nuevo fraude.

44. Puebla hablaba de un clamor claro, firme, impetuoso, hasta amenazante (Pue 89). ¿Qué dice este clamor del Pueblo? Lo debemos escuchar todos, particularmente quienes se aferran al poder, llámense mayoría, oligarquía o dirigentes. Porque lo escucha Dios y actúa en consecuencia. Quien se cierre a este clamor por un cambio y lo interprete como resultado de la inmadurez o de la mera coyuntura económica, se estaría oponiendo peligrosamente no sólo a la voluntad popular sino al mismo Espíritu de Dios. Es este un signo de los tiempos, una señal de lo que está pasando: hay un pueblo que, desde el 68, y más todavía, desde el terremoto, y como consecuencia de una creciente toma de conciencia, no como concesión de unos cuantos, dejó de ser masa dominada para, como pueblo en proceso de organización, tomar pacíficamente la ciudad como suya; ya no se le puede detener. Quizá eso explica la innegable derrota del partido oficial en el Distrito Federal.

45. El proceso electoral:

Pasando ahora a expresar nuestro juicio moral sobre algunos aspectos del proceso electoral, que hemos analizado anteriormente, deseamos también invitar a todos los que intervinieron en él, a que consideren con nosotros estas reflexiones:

a) El Código Federal Electoral: Identifica al Estado con el Gobierno, y a éste con el Partido Oficial, al cual otorga simultáneas funciones de juez y parte. Su poder se tornó omnímodo para hacer y deshacer, sin ningún contrapeso, todo lo que quiera en el proceso

electoral. Y así, la operación de los partidos políticos se obstaculiza legal y jurídicamente hasta niveles incluso difíciles de imaginar. Además de esto, que ya es muy grave, de hecho se viola impunemente cuando lo requieren sus intereses partidarios.

b) La Campaña Electoral: Fue notorio el despilfarro económico de la campaña oficial, en contraste con las campañas de la oposición, en una situación de emergencia económica, que exigiría un uso más racional de esos recursos en beneficio directo del pueblo, mayoría empobrecida y largo tiempo manipulada. También fue notorio el desproporcionado uso de los medios de comunicación social e incluso su manipulación, con ventaja para el partido oficial. Creemos que de eso deben darse cuentas a la Nación.

c) La Estructura Electoral: También fueron notorias, a pesar de la campaña publicitaria a favor, las irregularidades a lo largo de todo el proceso: Un padrón irregular por muchos capítulos; su cierre anticipado, que excluyó el voto de muchos ciudadanos, particularmente jóvenes; los ardides llevados a cabo de muchas maneras para evitar (legalmente, pero de manera injusta) la presencia de representantes de la oposición en muchas casillas; la ausencia de los mismos en un número enorme de casillas, particularmente en el campo. A esto hay que añadir el gran porcentaje de votos cautivos en favor del PRI, bajo amenazas veladas o directas.

d) Las Elecciones: Los primeros datos oficiales fueron de una superación masiva del abstencionismo; luego se empezó a hablar de un porcentaje sólo de alrededor de un 50% de votos sobre el total posible. Resulta poco creíble tal abstencionismo precisamente en estas elecciones. ¿Qué pasó realmente? ¿No estarán en ese número los votos perdidos, las boletas sustraídas a la oposición, en un intento de llegar a la mayoría absoluta?

e) La Calificación de las Elecciones: El proceso de calificación en las diferentes instancias (Comisión Federal Electoral, Tribunal de lo Contencioso Electoral Federal, Colegios Electorales) fue manejada por la mayoría oficial mediante la fuerza, y no mediante la razón. El hecho de no haber aceptado prácticamente ninguna de las objeciones de la oposición se edifica en el absurdo de un partido que monopoliza el poder desde hace ya más de 60 años. El resultado es una mayoría escasa e ilegítima, sobre todo por la oposición cerrada a que se confronten las actas con los paquetes de las urnas en los casos en que haya duda fundada de legitimidad. ¿Es realmente intocable el proceso o la negativa se debe al temor de que no coincidan los resultados con las actas? La duda quedará si no se sana en su misma raíz. La renuncia de un honorable magistrado, participante en el TCE, hecho público el día mismo del Informe Presidencial, y sus denuncias respecto a las manipulaciones cometidas, dan consistencia a este juicio.

f) La manipulación de la Información: A pesar de las explicaciones oficiales de que los partidos tuvieron al menos cuatro veces acceso a la información electoral de los resultados de la totalidad de las casillas, sigue insistiendo la oposición en que eso fue formal, pero no realmente cierto, y desde luego insuficiente, y que aún falta la información de 25,000 casillas en lo referente a la elección presidencial. Al menos se puede afirmar que el retraso de la información fue evidente, así como su ocultamiento en algunos casos. ¿Se debió a que no podían dar la victoria a la oposición en los resultados más cercanos, concretamente el D.F. y Estado de México, sino que tenían que esperar los resultados del campo y de otros sitios, donde suponían que era más segura la victoria del partido oficial, por razones que ellos ya conocían?

46. Por otro lado, los medios de comunicación social, sobre todo la televisión, salvo algunas excepciones, contribuyeron a la minimización de los triunfos de la oposición, e incluso a su satanización.

47. No es posible afirmar la moralidad de este proceso, en su conjunto y en hechos concretos. Juzgamos que está viciado por el pecado y que, si no se corrigen sustancialmente los vicios que tiene, puede convertirse en origen de situaciones que no contribuirán a las aspiraciones de democracia y de vida más digna que son exigencias del Reino. Al señalar culpas, de las que todos somos en una u otra medida responsables, queremos hacer un llamado a la conversión, que implica el reconocimiento del mal, su rechazo y su enmienda, para que este momento sea realmente un punto de partida hacia la construcción de un México justo, que es lo que todos deseamos.

48. Como decía Paulo VI: "No basta recordar los principios, afirmar las intenciones, subrayar las injusticias clamorosas y preferir denuncias proféticas; estas palabras no tendrán peso real si no van acompañadas en cada uno por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. Resulta demasiado fácil echar sobre los demás las responsabilidades de las injusticias, si uno mismo no se da cuenta de cómo está participando él mismo y cómo la conversión personal es necesaria en primer lugar. Esta humildad fundamental quitará a la acción toda inflexibilidad y todo sectarismo; evitará también el desaliento de frente a una tarea que se presenta desmesurada" (OA 48,2).

49. Como todo proceso socio-político, dentro del cual se debate el problema del poder, los diversos grupos o sectores sociales o políticos pueden caer en la tentación de utilizar y someter este proceso de democratización a sus propios intereses grupales y visiones particulares, con el riesgo de corromperlo, retrasarlo o estancarlo. Es deber de todos los cristianos, sea que simpaticen o militen en algún partido político, trabajar por evitar estos riesgos.

50. Uno de los riesgos más evidentes, sobre todo de parte de los que detentan algún tipo de poder, es caer en la tentación de utilizar la fuerza, el desprestigio o el insulto, y con ello generar situaciones de violencia. Existen ya ciertos hechos lamentables que algunos consideran aislados y sin significado político, pero otros perciben en ellos claras advertencias con obvio contenido y mensaje políticos. Nosotros denunciaremos tal violencia y hacemos un llamado a todos los cristianos a denunciarla y a enfrentarla valerosamente, tratando de vencer el mal con el bien, y evitando entrar en la espiral viciosa de una interminable y creciente respuesta semejante.

51. Hay que tener en cuenta que "el pecado corrompe el uso que los hombres hacen del poder, llevándolo al abuso de los derechos de los demás, a veces en formas más o menos absolutas. Esto ocurre más notoriamente en el campo del poder político, por tratarse del campo de las decisiones que determinan la organización global del bienestar temporal de la comunidad y por prestarse más fácilmente no sólo a los abusos de los que detentan el poder, sino a la absolutización del poder mismo, apoyados en la fuerza pública" (Pue 500).

52. Es real el riesgo de la violencia, que puede venir de factores muy diversos, y revestir múltiples formas. Estamos en el momento de evitarla. Pero eso no se hará sin el esfuerzo de honestidad con lo real por parte de todos. La cerrazón a aceptar la realidad por parte

de quienes detentan el poder, con el pretexto de contar con la mayoría, podría ser su causa principal.

53. Detrás de una tal conducta está la tentación del "todo o nada", que es el vicio de las políticas de carro completo. Es decir, la tentación de barrer total y definitivamente al adversario, eliminando así la posibilidad de construir una saludable sociedad pluralista, donde las minorías sean respetadas y tomadas en cuenta en el proyecto y escenario nacionales proporcionalmente de acuerdo a su peso social. En referencia a esto, la historia, y para nuestro caso particular también la historia propia de la Iglesia, nos enseña que la verdad y la razón no son patrimonio de un solo grupo.

54. Como cristianos reconocemos y valoramos la pluralidad política, aún cuando aspiramos a la unidad. Nosotros pensamos que tal unidad sólo se alcanza en la medida en que se hace propia la causa de los pobres. La opción por los pobres es criterio normativo para todo juicio sobre la conveniencia o inconveniencia de cualquier plataforma y programa políticos. Desde esta opción hemos de discernir nuestra acción, para responder a dos preguntas fundamentales en este momento: ¿Con qué proyecto sociopolítico y económico queremos colaborar y con cuál(es) no? ¿Qué país queremos dejar a las generaciones jóvenes?

55. La fe rechaza también igualmente la idolatría del poder y la idolatría de las personas. La enseñanza principal del Antiguo Testamento es que Dios no actúa en la historia de una dinastía, ni en la de un individuo, sino en la historia de un pueblo constituido como Pueblo y como pueblo de Dios, y por su medio. Como cristianos hemos de ayudar a superar la tentación de poner los valores e intereses del propio grupo o sector social o político por encima de los valores e intereses del Reino de Dios, el Padre de los pobres, dejando de esta manera que los intereses económicos o políticos particulares obstaculicen o se impongan a los valores evangélicos.

III RETOS Y LLAMADOS EN EL PROCESO DEMOCRATIZADOR

A los grupos cristianos:

56. Las anteriores reflexiones imponen a los cristianos unos retos y acciones a afrontar desde un discernimiento eclesial que parta del seguimiento de Jesús y se concrete en un amor eficaz con alcances socio-políticos, que esté dispuesto, como Jesús, a asumir el conflicto y sus consecuencias.

57. La coyuntura actual es un llamado a todos los cristianos a no aferrarnos al escepticismo, a desinstalarlos de nuestras seguridades y a hacer efectivo el amor en la práctica de la solidaridad con los más desfavorecidos social y económicamente.

58. Es el momento de unir fuerzas; esto implica el sumarse a las fuerzas sociales y políticas que construyen la justicia y que demandan el fin de un corporativismo manipulado, como camino de una verdadera y libre participación ciudadana.

59. La novedad y complejidad de la situación actual exige aprender a aceptar la existencia y las razones de otras militancias, para construir un verdadero pluralismo, desde la tolerancia y la búsqueda de los puntos de convergencia, más que los de distanciamiento, pero sin olvidar lo que es normativo para cualquier toma de posición: la opción por los pobres como configuradora de cualquier proyecto de Nación.

60. Ante la posibilidad de hechos de violencia de distinto signo, el compromiso con la vida nos exige participar activamente en la

defensa de los Derechos Humanos, integrándonos en alguno de los organismos existentes o creando nuevos, donde no existan.

61. Es la hora de participar, de reflexionar en grupos, de apoyar y promover las organizaciones sociales y políticas verdaderamente populares. Pero con un apoyo a la vez crítico y comprometido, y desde una identidad evangélica bien consolidada, desde la que podamos ofrecer nuestra aportación específica. Todos hemos de colaborar en la tarea de fortalecimiento del pueblo en conciencia y participación ciudadana, y en la integración de su lucha con una fe cristiana madura y responsable.

Al grupo en el poder:

62. Aceptar la evidencia de la historia: la participación ciudadana representa el anhelo de un México plural. No interpretar esta participación como un intento de renunciar a los logros de la Revolución, sino hacer que efectivamente lleguen a todos, particularmente a los que, por confesión incluso de Presidentes, han sido marginados de ellos, y a quienes hay que pedirles perdón de manera más eficaz que con meros discursos.

63. Aceptar el hecho nuevo de que, a pesar de los vicios ya denunciados del proceso electoral, enfrentan la oposición más grande de toda la historia contemporánea, y que la escasa e ilegítima mayoría que tienen, (al menos mientras no se limpie el proceso de toda duda), no les da automáticamente la razón ni el monopolio sobre lo que es bueno para el pueblo. Reconocemos que no se puede hacer un juicio de blanco y negro sobre su larga gestión en el gobierno; pero no pueden tampoco honestamente soslayar el hecho de que muchos de los males que padecemos han sido también en parte causa de una gestión inadecuada, y viciada en muchos momentos por la corrupción.

64. Para forjar un país plural, es necesario respetar y tomar en cuenta a la oposición en sus demandas. En consecuencia, no satanizarla aplicándoles adjetivos que en nada contribuyen a crear un clima de diálogo y concertación, o presionándolos con amenazas, que únicamente muestran una decisión nada 'moderna' de aferrarse al poder.

65. En caso de que se llegue a legitimar la elección presidencial en favor de su candidato, es exigencia insoslayable la modificación del Código Federal Electoral, el planteamiento de políticas más adecuadas respecto del pago de la Deuda externa, de manera que su peso no recaiga, como hasta el presente, en las mayorías populares, que ni la contrajeron y que son quienes menos disfrutaron de los beneficios que de ella hayan podido venir al país. También se ha de reafirmar y fortalecer la dignidad que, aunque minada últimamente, ha caracterizado la política exterior de nuestra Patria y le ha dado un lugar digno en América Latina.

66. Y el llamado más grave que nos hace la participación del pueblo es: no jueguen con la dignidad del pueblo, no maten su esperanza.

A la oposición:

67. El reto es responder a las necesidades y anhelos de las mayorías empobrecidas, evitando la demagogia engañosa, el populismo manipulador, pero también la falsa esperanza de que un modelo socioeconómico concentrador como el capitalista, pueda llegar a revertirse automáticamente por la libertad de empresa, en bien de los pobres. Será necesario descubrir y rechazar los mecanismos socioeconómicos que hacen a "los ricos cada vez más ricos a

costa de los pobres cada vez más pobres" (Juan Pablo II, Discurso inaugural CELAM, III,3).

68. El voto favorable a las alternativas de oposición hace recaer sobre los partidos favorecidos la responsabilidad de responder con la honradez, la exactitud y la veracidad. Dialogar, negociar, pactar, como lo exige el pluralismo no debe nunca llevar a aceptar presiones políticas o económicas que terminen en venderse o vender su representación por ventajas personales o aun partidistas.

69. Queda siempre para todos la urgencia de rechazar los métodos avasalladores de la propaganda, la manipulación, y la consigna autoritaria; y aceptar el camino largo y arduo de la organización, la reflexión grupal, la concientización de sus bases.

70. Muchos antiguos practicantes cristianos se han visto impedidos a participar en partidos y grupos netamente populares por cierto anticomunismo, que los lleva a satanizar las acciones o la compañía de antiguos socialistas. A ellos les recordamos lo que afirmó el papa Juan XXIII, en su Encíclica *Pacem in Terris*, n.159, y repitió Paulo VI en su carta apostólica *Octogesima Adveniens*, n.30: "No se pueden identificar las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre, con los

movimientos históricos fundados en una finalidad económica, social, cultural o política, aunque éstos últimos deban su origen y se inspiren incluso en esas teorías. Las doctrinas, una vez fijadas y formuladas, no cambian más, mientras que los movimientos que tienen por objeto condiciones concretas y mudables de la vida, no pueden menos que ser ampliamente influenciados por esta evolución. Por lo demás, en la medida en que estos movimientos van de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a las justas aspiraciones de la persona humana, ¿quién rehusaría reconocer en ellos elementos positivos y dignos de aprobación?"

Centro de Estudios Ecuménicos (CEE), Centro de Reflexión Teológica (CRT), Centro Regional de Información Ecuménica (CRIE), Centro "Antonio Montesinos" (CAM), Equipo Nacional de Comunidades Eclesiales de Base, Secretariado Social Mexicano (SSM), Servicios de Información, Educación Popular y Acción Comunitaria (SIEPAC), Movimiento de Trabajadores Católicos (MTC), Centro de Derechos Humanos "Fr. Francisco de Vitoria", Centro Nacional de Comunicación Social: Iglesias (CENCOS).

México, D.F., a 20 de agosto de 1988.

MARTIRIO DE LUZ MARINA; POR SER MUJER, POBRE Y COMPROMETIDA

Juan F. Kitasawa
Estudiante de Teología, Instituto Teológico SJ, México

Esta narración nos sitúa en los hechos a que hace mención el valiente Documento de los sacerdotes de la Diócesis de Acapulco, con cuyas exigencias de justicia nos identificamos.

El 21 de marzo de 1987, en una pequeña y apartada rancharía del Estado de Guerrero, en México, muere Luz Marina Valencia, religiosa colombiana de 35 años de edad y *Misionera* de la Inmaculada Concepción.

Murió a la manera de los pobres, igual que Jesús, sin culpa; en el más completo desamparo. La asesinaron por haber nacido mujer y por haberse comprometido a vivir y a luchar en favor de los más desposeídos. La mataron por ser mujer. Una Mujer Pobre...

Conocí a Luz Marina en la Diócesis de Tehuantepec, pocos meses antes de su muerte. Se estaba preparando el equipo de misioneras que irían a trabajar a la zona de Guajinicuilapa, Guerrero. Marina llegaba junto con otras compañeras suyas, con la firme ilusión de trabajar entre los pobres de México, de vivir entre ellos y compartir su suerte. Ya

no la volvía a ver. tiempo después me enteré de su muerte. La prensa nacional no se ocupó de tal acontecimiento, como sucede siempre que alguien del pueblo es asesinado. Seguramente lo mismo le hubiera pasado hoy a Jesús.

Desde enero de 1986 y ya en Cuajinicuilapa, la labor del equipo misionero en el que participaba Luz Marina, comenzó a desarrollarse en medio de un pueblo que desde el principio los recibió con cariño, alegría y gran hospitalidad. Empezaron a visitar y conocer las distintas comunidades de la región de Cuaji donde pronto se hicieron de amigos. Sin embargo, también fueron constatando la existencia de algunos grupos reducidos de prepotentes que generan violencia y muerte. Durante los primeros meses del año, ya eran varias las personas que habían muerto en forma violenta.

Según los relatos y testimonios, el martirio de Luz Marina ocurrió en un pueblito llamado Gloria Escondida, municipio de Cuajinicuilapa. Un caserío habitado aproximadamente por unas 15 familias de jornaleros (de unas plantaciones de palmas cocoteras -cuyo dueño no vive allí; sino que solamente va de vez en cuando para vigilar sus plantaciones-). La comunidad no cuenta con servicios de luz ni agua potable. Los misioneros -un sacerdote y Luz Marina- habían llegado a Gloria Escondida cerca del mediodía del viernes 20 de marzo y celebraron una misa en compañía de los pobladores, con quienes convivieron por la tarde. Al caer la noche, Marina se quedó a descansar en la casa de Miguel Cosme y su esposa

Caritina, mientras el P Roberto era conducido por el mismo Miguel a otra casa que quedaba distante. Las mujeres y los hijos del matrimonio, dormirían solos, pues Miguel dejaba su lugar a Luz Marina. Desconocían que en ese momento unos cuantos malvados tramaban el asesinato".

"A su regreso, ya cerca de su casa, Miguel fue víctima de un atentado del que salió ileso. En un primer momento quiso refugiarse en su casa, pero decidió salir en busca de ayuda, que no le pudieron dar por carecer de armas. Mientras, los malhechores se aprovecharon de la inseguridad en la que estaban la familia de Miguel y Luz Marina. Entonces, arrebataron a Luz Marina, apartando a la esposa y a una hija, y la arrastraron y golpearon; pero como se resistía con todas sus fuerzas le dispararon hiriéndola mortalmente. Y todavía, un poco después, violentaron a la misma señora de la casa. Ya de madrugada los malhechores se retiraron del pueblo en una camioneta. Durante la noche, la población atemorizada no tuvo medios para prestar ayuda. Con gran esfuerzo. Luz Marina se fue a proteger debajo de su catre. Ahí permaneció durante siete largas horas de agonía. Al día siguiente, el P Roberto y los vecinos del lugar, encontraron el cuerpo victimado".

Fue asesinada, de una manera salvaje y (por demás) cobarde, propia de caciques (prepotentes) que actúan arbitraria e impunemente. Solapados siempre en el poder de su riqueza injusta y de sus armas. Los mismos que mantienen sometida a la población a base de sangre y temor. Son los mismos que se han posesionado de las riquezas del campo y

mantienen la explotación y la miseria a miles y miles de campesinos.

Su muerte, no es un caso aislado y meramente casual. Corresponde a una práctica bien conocida y ejercida por aquellos que detentan el poder. Una práctica de terror y violencia que atenta contra la dignidad de pueblos enteros, contra la vida de miles de mujeres pobres e indefensas. Una práctica que busca mantener, sumidos en la miseria y la opresión, al indígena y al campesino. A los más pobres y necesitados de nuestra sociedad.

El martirio de Luz Marina ha de significarnos, un verdadero testimonio de compromiso cristiano -hasta sus últimas consecuencias- es un martirio que viene a sumarse al creciente patrimonio de sacrificio y de lucha de nuestros pueblos, del inmenso pueblo oprimido que camina en pos de su liberación. Son muchos ya nuestros mártires, conocidos y anónimos, los que alientan nuestra fe en el seguimiento de Jesús. Mártires nuestros que van iluminando nuestro caminar hacia el Padre, al lado de los humildes y desposeídos de la tierra.

Por último, la muerte de Luz Marina como la de muchos otros mártires, nos muestra que comprometerse con los más pobres y luchar por la justicia hoy, representa una de las mayores y más urgentes exigencias del Evangelio. Ser cristiano no es nada fácil o cómodo, pues implica el riesgo de entregar la vida - todos los días y para siempre- en el servicio a un pueblo constantemente hostilizado y violentado.

A LA OPINION PUBLICA

Los sacerdotes de la Arquidiócesis de Acapulco, unidos con nuestro Arzobispo Rafael Bello Ruiz y con las comunidades cristianas parroquiales, ante el hecho del asesinato tan conocido a nivel nacional e internacional de la religiosa Luz Marina Valencia Treviño, sucedido en Gloria Escondida, municipio de Cuajinicuilapa, Guerrero; por este medio **MOSTRAMOS NUESTRA PREOCUPACION, PORQUE:** A más de 15 meses de la muerte de la hermana religiosa uno de los asesinos, Candelario Flores Bailón se encuentra prófugo. Al parecer las autoridades competentes no se han preocupado suficientemente por buscarlo. Los testigos del crimen, Miguel Cosme Guzmán, su esposa Caritina Cruz Vázquez y su hija María Luisa, según referencias de

ellos mismos, han sido fuertemente presionados con ofertas de dinero y bienes por miembros de la familia Flores para que cambien sus declaraciones. Al no aceptar tales presiones tratan de intimidarlos con amenazas. Tememos que estos hechos pongan en peligro la seguridad de estos testigos. El proceso judicial contra el otro asesino, Fernando Flores Saavedra, se tramita en Ometepec, Guerrero, con el Núm ABAS/01/093/987. Sabemos que su abogado está tratando de tergiversar la realidad de los hechos. Hasta ahora hemos confiado en la honestidad del Ministerio Público, cuyo papel es defender la verdad y promover la justicia, por lo cual no hemos buscado abogado defensor en favor de la misionera. Pero, debido a las presiones ejercidas por la familia Flores, tememos que el juicio, que está por concluir, les favorezca decididamente y que este delito quede im-

pune. El crimen realizado contra Luz Marina no es un hecho aislado. Forma parte de una lista numerosa de asesinatos sufridos principalmente por indígenas y campesinos pobres, debido en parte al abandono que las autoridades competentes han tenido en la región de la Costa Chica, en muchos casos donde se violan los derechos humanos.

Es ya tradición que en muchas ocasiones, de las que los sacerdotes tenemos conocimiento, no hay interés de algunas autoridades por hacer pronta justicia. Esto motiva a muchas víctimas a tomar caminos inadecuados, buscando la venganza por su cuenta y haciendo cadenas interminables de asesinatos. El martirio de la hermana Luz Marina es una consecuencia de su compromiso evangelizador que conlleva la solidaridad con los que sufren. Si no se hace justicia en estos casos, otros agentes de evangelización podrían sufrir las mismas consecuencias por su servicio pastoral. Y ante tantos asesinatos que han quedado impunes, podría quedar en entredicho la honestidad de las autoridades en la impartición de la justicia.

NOS PREGUNTAMOS si es tan difícil administrar la justicia en este caso, bien conocido internacionalmente, de una persona tan querida y apreciada por el pueblo, ¿qué suerte le espera al ciudadano común cuando sufre el despojo y la violencia en manos de gente prepotente? Si los asesinos quedan libres podremos preguntarnos también ¿al servicio de quién está el proceso judicial del Estado? Los más pobres y quienes defienden los derechos de los necesitados, siendo voz de quienes no tienen voz, ¿no tendrán en las autoridades garantía suficiente en la protección legal y la pronta justicia para el respeto a sus derechos individuales y sociales consagrados en nuestra Constitución Mexicana?

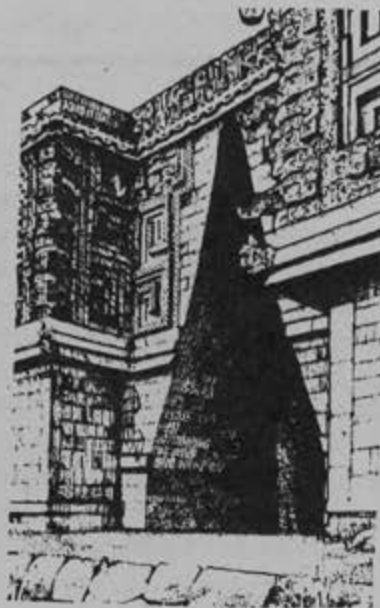
NOS HACEMOS SOLIDARIOS con los testigos presenciales de este martirio, que han sido valientemente fieles a la verdad. Y queremos compartir con ellos el sufrimiento que están padeciendo al sufrir intimidaciones y presiones en el proceso de la investigación judicial. Compartimos el dolor de tantas personas, especialmente campesinos e indígenas y colonos, que ante el reclamo de justicia no han sido atendidos en sus demandas justas. Apoyamos el esfuerzo de aquellas autoridades que, aun en medio de tantas dificultades y presiones, buscan actuar con honestidad en los procesos judiciales en favor de los que sufren las injusticias.

HACEMOS UN LLAMADO a los culpables del asesinato de la hermana Luz Marina y a sus familiares a reconocer que también Dios los ama, y que ese amor se ha manifestado en el perdón que, desde la fe cristiana, ha sido otorgado por parte de quienes en la Iglesia Católica hemos sentido de cerca la muerte de la misionera. Les invitamos a no ocultar la verdad y a volver a una actitud fraterna con todos. A las autoridades competentes les pedimos mayor prontitud en la búsqueda de la justicia de manera especial en los casos donde se ven violados los derechos de los indefensos. A todos los ciudadanos les llamamos a defender los derechos humanos y a trabajar por la justicia, sin odios ni deseos de venganza, sino con amor, para evitar peores violencias al pueblo de Guerrero y crear la paz y el bienestar social.

Acapulco, Gro, a 8 de julio de 1988.

A t e n t a m e n t e.

Angel Martínez Galeana - Civario General; Angel Bustos Castillo-
Provisor; Guillermo Omedo- Vic. Episcopal; Gaudencio Hernández-
Párroco de Tecoaapa; Marcelino Canales R- Pro-Secretario;
Serafín Arzate Silva-Tesorero; Félix Bello M- Vic. Episcopal de
Pastoral; Manuel Padilla-Rector del Seminario; Gregorio M. Bello-
Párroco de Petatlán.



BOLETIN II DE ECLESIOLOGIA

FERNANDO CASTILLO L., *Iglesia liberadora y política*, Ediciones ECO, Santiago, Chile, 1986, 201 pp. (Domicilio de la editorial: ECO, Casilla 525-V correo 21 Santiago, Chile).

Ya dije al anunciar esta recensión en el número pasado que considero el libro de Castillo como el mejor que conozco sobre fe, Iglesia y política en América Latina. Conviene aclarar que no se trata en la intención del autor de un aporte definitivo sobre el tema -enormemente nuevo y móvil- sino de un acercamiento histórico y crítico que se sabe provisional. Estamos, pues, no ante un tratado, sino ante un magnífico documento de trabajo.

El libro tiene 4 capítulos, de los cuales el más importante con mucho es, a mi juicio, el segundo. Vayamos, pues, a cada uno de ellos.

El primero se titula "Los desafíos de la política y la Iglesia latinoamericana". Se trata de una buena síntesis -concisa y sencilla- de los desafíos políticos latinoamericanos y de las respuestas típicas de los diversos sectores de la Iglesia. Hace ver el autor que los retos políticos no sólo afectan a la identidad sociológica, sino también a la identidad y misión estrictamente teológicas de la iglesia. Y ello no a partir de concepciones ideológicas, sino de los retos evangélicos primarios de la realidad.

El capítulo segundo -"La politización en la Iglesia"- desarrolla una visión histórica y una reflexión crítica, sociológica y teológica, acerca de los procesos concretos de politización en la Iglesia latinoamericana y particularmente en su sector liberador. Quiero resaltar 5 aportes de este recorrido histórico y esta reflexión crítica.

a) El carácter extremadamente concreto e histórico de toda la reflexión. Para nada se trata de aclarar conceptos abstractos, sino de afrontar

procesos concretos. Esto hace que la realidad chilena aparezca en primer plano. Pero considero que tiene razón Castillo cuando sugiere insistentemente que los problemas fundamentales de todo el subcontinente son análogos. Este enfoque histórico posibilita también una verdadera evolución constructiva en relación a posturas liberadoras que tuvieron importancia en su momento, pero también límites que han de ser superados y errores que han de ser corregidos. Así por ejemplo se aprende crítica y constructivamente de la experiencia de Cristianos por el socialismo.

b) La caracterización que hace Castillo de la nueva identidad cristiana y de su proyección política enfatiza que esa nueva identidad nace y se alimenta fundamentalmente de prácticas, opciones y símbolos, y no de elementos ideológicos. Y hace ver cómo pertenece a esta nueva identidad claramente evangélica una proyección política de rasgos definidos: rechazo del capitalismo neoliberal, del sistema ideológico de la seguridad nacional y de la cultura del consumismo e individualismo; rechazo de la dictadura; afirmación de la democracia, de los derechos humanos, especialmente de los pobres, de la participación popular como contenido real de un sistema democrático, de la solidaridad como eje de una nueva cultura, popular y liberadora; afirmación de un cambio profundo en la sociedad hacia un socialismo democrático.

c) Planteamiento eclesial y no abstractamente individual. Castillo hace ver que la mayoría de los planteamientos teológicos liberadores acerca de la política se refieren abstracta e individualistamente a la relación fe/política. A este enfoque contraponen el mucho más amplio y realista Iglesia/política. El acercamiento central se refiere a las comunidades eclesiales de base. Pero no se facilita la tarea prescindiendo de la dimensión institucional de la Iglesia. Afronta esta dimensión, asumiendo "la incomodidad de ser Iglesia"; pero mostrando también todo lo potenciado por lo institucional, y las difíciles y urgentes tareas de reforma y conversión de la Iglesia a ese nivel.

d) Hacia una nueva cultura política. El autor muestra las insuficiencias y errores de lo que

podríamos llamar "cultura socialista tradicional latinoamericana". Señala principalmente el vanguardismo doctrinario, el carácter cientista del proyecto histórico y la incapacidad consiguiente de esa cultura para respetar y promover al sujeto popular liberador y a las organizaciones sociales de los movimientos populares. Toda esta cultura sobrevalora excluyentemente la dimensión política partidista (especialmente la "toma del poder"), e infravalora y manipula las dimensiones sociales de la vida y el cambio social.

Castillo muestra cómo va naciendo una nueva cultura política que, si madura, puede superar las insuficiencias y errores de la tradicional, asumiendo sus valores positivos. Algunos rasgos de esta nueva cultura son: 1) concebir consistentemente al pueblo pobre, con sus movimientos populares y su cultura, como sujeto liberador, al servicio del cual están las necesarias vanguardias partidistas; 2) entender el proyecto histórico liberador como algo que va haciendo el pueblo desde sus prácticas, sus símbolos, sus organizaciones, y con la ayuda subsidiaria de los elementos analíticos; 3) valorar la fuerza estrictamente política de las redes sociales populares en su autonomía e interrelación, y partir de la mayor importancia de lo social tanto en el trabajo por el cambio como en la construcción de la nueva sociedad, en relación a una concepción restrictiva de lo político que se ciñe al poder estatal.

e) Hacia un nuevo modelo de articulación fe-política. Castillo muestra con gran claridad las fallas de dos modelos, vigentes de alguna manera: el de legitimación y el de motivación. Al primero -propio de la cristiandad y de la "democracia cristiana"- le critica precisamente el que legitime desde la fe sistemas sociales opresores. Más importante y nueva es la crítica al segundo modelo. En él la fe actúa como motivación privada anterior y exterior al mundo político. El cristiano recibe en la Iglesia y desde la fe una fuerte motivación para comprometerse en la política. Pero no tiene nada que aportar a ésta porque la política es cientistamente autónoma y la fe es sólo un poderoso impulso privado. Al menos tres fenómenos tienen su raíz en esta manera de vivir la relación fe-política: 1) muchas pérdidas de la fe de militantes cristianos, que descubren en la política la realidad de lo que la fe les daba sólo de una manera mítica; 2) la sobrevaloración de lo político-partidista -exigido imperativamente por la fe, pero nunca dado en el ámbito eclesial de la teología y la infravaloración de la fuerza política de lo social popular y eclesial; 3) la infecundidad liberadora de la fe y de la Iglesia.

El nuevo modelo está surgiendo apenas. Podría

caracterizarse como fermento histórico, práctico y liberador (características de la fe bíblica y cristológica). Su portador central es la Iglesia de los pobres inserta en la cultura y los movimientos populares: ahí las comunidades cristianas populares aportan aquel fermento, con gran fuerza propiamente política, y son también semillero de cristianos comprometidos en lo político partidista.

El capítulo tercero -"Fundamentos teológicos": cristológicos, eclesiológicos- sintetiza con gran madurez rigor y sobriedad: perspectivas comunes de la teología latinoamericana, enfoques muy pertinentes de la teología de Metz (maestro del autor) y las propias reflexiones de Castillo, hechas para iluminar la problemática concreta de los capítulos anteriores.

El capítulo final -"Los cristianos, la liberación y el socialismo"- muestra tanto las evoluciones del marxismo y el socialismo, como los cambios en la relación entre cristianos liberadores y socialismo. Las nuevas perspectivas están en coherencia con las tesis fundamentales del capítulo segundo, y creo que son realmente iluminadoras. Baste aquí evocarlas con dos subtítulos del capítulo: "El socialismo: ¿proyecto científico o proyecto popular?". E: "Iglesia liberadora, proyecto popular y socialismo".

(Escribo esta reseña el 6 de Octubre. García Márquez ha dicho que, a causa del referéndum chileno hoy es día de fiesta en todo el mundo. Vayan estas líneas con admiración y esperanza hacia el pueblo chileno. Ojalá que la transición hacia la democracia no tenga más costos de sangre. Y ojalá que la Iglesia chilena siga integrando la lucha por la democracia, la defensa de los derechos humanos y el compromiso por la liberación de los pobres). (J.J.L.).

JULIO DE SANTA ANA, *Ecumenismo y liberación*, Colección Cristianismo y Sociedad, Ed. Paulinas, Madrid, 1987; 323 pp.

El autor es metodista, doctor en Ciencias de la Religión por la Universidad de Estrasburgo, y secretario ejecutivo del Centro Ecuménico de Servicios a la Evangelización en Brasil. Con gran sensibilidad a la que une la profundidad y la sencillez de exposición, analiza la división actual, que va contra la credibilidad del evangelio; de ahí su seriedad y exigencia cristianas.

Pero la unidad religiosa no es un fin en sí misma, sino que está en función del Reino. Por eso la primera pregunta al ecumenismo es si le importa la unidad de los cristianos o la unidad de *todo el pueblo de Dios*. Con esto el autor abre al ecumenismo un horizonte de solución que va más allá de la problemática religiosa o

dogmática. Porque hay que tipificar la *unidad* que se busca: se trata de la *unidad del pueblo de Dios en un mundo dividido*. Para comprender el problema religioso, hay que situarse en lo que separa a los hombres. Por eso su punto de partida es la presentación de seis dimensiones en las que existe división entre los hombres: la político-ideológica, la de dominación y subordinación, la que existe entre grupos sociales, entre razas, entre culturas y entre hombre y mujer.

En medio de esta realidad están las Iglesias, con una vocación de reconciliación y fraternidad, pero marcadas ellas mismas por el pecado de la división. Los capítulos 2 y 3 analizan la complejidad de las divisiones, sus causas, no únicamente en torno al dogma, y las propuestas de solución aportadas a lo largo de la historia por diferentes cristianos y por diferentes Iglesias, desde sus propios planteamientos teológicos. Al analizar la historia no puede dejar de mencionar la rigidización e intransigencia que ha marcado en muchos momentos la relación entre las Iglesias, y sus escandalosas consecuencias: los Cismas y las guerras religiosas. Una referencia a la comunidad primitiva (Hechos de los Apóstoles) aporta luz sobre cómo los factores sociales inciden en los conflictos dentro de la comunidad; y el recurso a la historia ayuda al autor a desdramatizar "la relatividad histórica de estas divisiones... a no considerarlas como algo fatal", para así poder enfrentar con libertad los desafíos pendientes.

Iluminado desde la Palabra de Dios, el hecho de la desunión aparece como originado por el pecado, que pervierte la vida humana y la eclesial, y la marca con la enemistad, la ambición, las diferencias sociales, en antagonismo que deriva en injusticia y opresión. Pero la realidad del pecado no es la última palabra, porque ha sido vencido por Dios en la cruz.

Esa fuerza ha potenciado el movimiento ecuménico más de lo que sería previsible a principios del siglo. Los retos que tiene que afrontar son múltiples. Las reflexiones del autor ponen de frente a hecho ambiguo que dió origen a la cristiandad latinoamericana: la Conquista-Evangelización, con su mezcla de injusticia y de Buena Nueva. La *opción preferencial por los pobres* abre perspectivas nuevas: la nueva evangelización y al ecumenismo, aunque no elimina los temores de una pérdida de la propia identidad en la unidad, tanto en la Iglesia católica como en las otras denominaciones cristianas. Además está el fenómeno anticuménico de grupos fundamentalistas sectarios, detrás de los cuales hay motivaciones geopolíticas y económicas. Y, por último, el reto que

las religiones afroamericanas plantean al ecumenismo; aplastadas como formas primitivas y paganas, en el momento actual el ecumenismo no las puede despreciar, si realmente quiere rehacer la unidad de *todo el pueblo de Dios*, desde la solidaridad con los oprimidos. (C.B.)

CHRISTIAN DUQUOC, *Iglesias provisionales. Ensayo de eclesiología ecuménica*. Ediciones Cristiandad. Madrid, 1986, 172pp.

Que me perdone Duquoc por dedicarle apenas unos renglones a este libro, pequeño pero muy importante. Sólo diré tres cosas de él.

Primera: contra lo que puede sugerir una mala lectura de su subtítulo, no estamos ante un ensayo reducido al ecumenismo como un capítulo particular de la eclesiología. Sino ante un tratamiento profundo de los principales problemas eclesiológicos contemporáneos. Porque el tratamiento es profundo cristiana y teológicamente, la perspectiva es ecuménica. Algunos de los problemas que afronta son: 1) El método de la eclesiología, con críticas importantes a los usados por Küng y Congar. 2) El problema institucional de la Iglesia católica y del vínculo orgánico entre las Iglesias. 3) El problema de la relación entre Iglesia y Reino. 4) El problema del pluralismo entre Iglesias y dentro de una misma Iglesia. Vale señalar que Duquoc siempre está en diálogo -implícita o explícitamente- con la teología latinoamericana.

Segunda: lo que más me interpela de este libro. La insistencia de Duquoc en que la diversidad no es ante todo un efecto del pecado; éste más bien aparece en el "demonio de la imposición unitaria e imperialista". Por ello la comunión de diversas Iglesias y de diversas corrientes dentro de una misma Iglesia -todas ellas provisionales-, no es una desdichada necesidad de tolerancia, sino una difícil y hermosa exigencia y posibilidad evangélicas. El compromiso profético por los pobres debe ir unido a la democrática promoción del otro en una dinámica de comunión en la diversidad. Ambas exigencias y posibilidades pueden hablar hoy de la ultimidad del Reino.

Tercera: una crítica: aunque Duquoc conoce y valora el modelo de la Iglesia de los pobres, me parece que no tiene en sus perspectivas la centralidad que dicho modelo tiene en el nuevo testamento y en la situación histórico salvífica contemporánea de interdependencia mundial. (J.J.L.).

J-MA. RENE TILLARD, *El obispo de Roma. Estudio sobre el papado*. Sal Terrae, 1986, 224 pp.

Profundo conocedor de temas eclesiológicos

(sobre historia de la Iglesia, sobre el episcopado, sobre el ecumenismo y sobre la vida religiosa) el dominico francés Tillard nos regala con un espléndido y provocativo estudio sobre el papado, como subtítulo su obra.

Busca dar respuesta a dos inquietudes: a) la ecuménica, para la que una interpretación *maximalista* del primado causa el temor de perder frutos positivos, que serían absorbidos por el centralismo (p.12); b) la que surge en la Iglesia católica ante el escaso y amenazado avance de la colegialidad episcopal, sobre la que el Concilio hizo surgir tantas esperanzas.

No estamos, pues, ante un estudio abstracto y académico, (a pesar de la apariencia que le dan sus quinientas citas); pretende apasionadamente incidir en la búsqueda de soluciones prácticas. De ahí la incisividad de su tesis central, repetida a ratos como deseo, a ratos como pregunta, a ratos como denuncia, a ratos como exigencia: *que el papa no sea más que un papa* (cf p.ej. pp. 15, 53, 58, 60, 63, 68, 70, 71, 82, 87, 88...)

El primer capítulo (*El papa... ¿algo más que un papa?*) nos pone delante de un hecho histórico comprensible históricamente, pero negativo para la Iglesia: en muchos momentos *el papa ha sido más que un papa* (71s). El ultramontanismo del siglo pasado llegó a un culto papal vergonzoso. Consecuencias de ello son la sacralización de organismos o personas cercanos al papa (37) y la *minimización* de los obispos (39, 68).

La eclesiología deja de ser piramidal, en principio, en el Vaticano II. *"Ya no va del papa a los obispos... sino de los obispos al papa"*, de manera que se les reconoce como *vicarii et legati Christi*; en base al n.27 de LG afirma el autor: *"Un papa que fuese el vicario de Cristo sería algo más que un papa"* (p.57).

Pero entonces ¿qué es el papa? Es el *obispo de Roma*, contesta Tillard en su segundo capítulo, fundado sólidamente en la historia. En un primer momento el primado cualifica a la Iglesia de Roma, por su particular vinculación con Pedro y Pablo, que en ella dieron testimonio de la fe y la "fundaron" con su sangre (102-116).

De este primado de la Iglesia de Roma se pasa al primado de su obispo, sucesor de Pedro y Pablo. Pero ¿en qué consiste esta *sucesión*? Es difícil hablar de *sucesión* a Pablo, cuya misión fue más carismática que estructural; y en Pedro hay que distinguir su papel de apóstol (función escatológica única que no es transmisible ni admite sucesores) y su papel histórico, en el que estuvo vinculado a otras iglesias, concretamente

la de Antioquía (129s). Esto, y diferentes cuestionamientos de tipo histórico sobre la atribución a Pedro del papel de obispo de Roma, llevan al autor a afirmar en un párrafo que vale la pena citar: *"No debería, pues, hablarse de sucesión de Pedro sino con mucha prudencia... Más vale volver a la expresión vicario de Pedro para designar al obispo de Roma en su relación, no con el primer obispo de Roma sino -lo que es muy diferente- con el fundador (junto con Pablo) de la Iglesia de Roma. Los obispos de Roma se suceden para preservar la obra de Pedro y Pablo..."* (136).

¿Cuál es, entonces, la finalidad del primado romano? A responder esta cuestión dedica su tercer capítulo: *"Al servicio de la comunión"*, como fundamento visible de la unidad de fe y de comunión, desde el respeto y protección de los derechos de los hermanos obispos (161-181).

¿Cómo se concilian estas dos potestades concurrentes? ¿Poniendo entre paréntesis una de ellas? Ha sido la tentación del conciliarismo, por un lado, y del ultramontanismo, por otro. El Concilio Vaticano I no llega a aclarar el problema, que queda en una cierta indefinición. Los Padres conciliares ven que no puede entenderse el primado como una potestad inmediata sobre las diócesis, de manera que los obispos fueran sus 'vicarios' (177ss). El papa no es un *superobispo*, sino un *obispo entre los obispos* con un papel principal en orden a la edificación de la Iglesia *bajo el aspecto formal de comunión universal* específicamente (182-191) y como signo de unidad (209-212). Pero no llega a resolverse con más claridad el problema.

La teología de la *comunión*, típica del Vaticano II no era todavía posible en el Vaticano I. De ahí la dificultad de conciliación de ambas potestades. Por un lado toca a cada obispo mantener en su Iglesia local las características que posibilitan que cualquier otra Iglesia se reconozca en ella, aunque bajo un abanico de encarnaciones diversas (193). Por otro lado, está la potestad del obispo de Roma para designar obispos, como algo que pertenece a su propia jurisdicción episcopal; pero por ella no nombra *vicarios suyos*, sino que integra nuevos obispos al colegio episcopal con pleno derecho, (198s). No lo hace a la manera de un *monarca* de quien dependería todo, sino como un *primus inter pares* (200).

Todavía encuentra el autor otra pista importante para entender la relación entre la autoridad del papa y la de los obispos constituidos en Sínodo o en Concilio: la noción veterotestamentaria de "personalidad corporativa". El primado no sustituye al concilio ni el concilio al primado, sino que la función *episcopal* se

realiza precisamente en la relación dialéctica del primado y del colegio episcopal; esta tensión dialéctica es propia de la "personalidad corporativa".

Y desde aquí concluye con tres características del primado: ser signo de la unidad (209-212), intervenir con una palabra que remita al testimonio apostólico (212-226), e intervenir decisivamente en salvaguarda de la comunión de las Iglesias (226-241).

En una breve conclusión afirma finalmente: El primado romano pertenece al misterio de la Iglesia peregrina en la tierra. Pero hay que preguntarse si la realización concreta de ese primado no se sigue haciendo atentando contra el episcopado. El obispo de Roma sigue actuando en una cierta "soledad". ¿No

debe la Iglesia católica dejarse interpretar por los cuestionamientos ecuménicos, en cuanto a la manera concreta de ejercer la función primacial?

Quizá lo que se echa de menos en el libro, dominado por la inquietud ecuménica, es un planteamiento más explícito del problema planteado en torno a las Conferencias Episcopales y al Sínodo de los Obispos, cuyo papel parece disminuirse ante el Centro romano, particularmente en América Latina, y también al proceso de nombramiento de obispos. Pero, no obstante, estamos ante un excelente libro que influirá muy seguramente en fundamentar caminos de renovación eclesial. (C.B.)



Y DIOS SE HIZO JOB EN JESÚS

ENTREVISTA CON EL AUTOR
DEL LIBRO DE JOB

Napoleón Alvarado
Teólogo Centroamericano

"En una oportunidad -comentó el Padre Miguel D'Escoto- un Comandante de la Revolución me venía anunciando que quería hablar conmigo de algo que a él le preocupaba. Un día en que estábamos juntos, empieza la conversación diciéndome: "Dios es amor". Así me dijo, exactamente con esas palabras. No era una pregunta sino una afirmación. "Dios es amor". Después, me dice "Dios es infinitamente poderoso". Otra afirmación. Y aquí venía su problema "Siendo Dios amor, compasión, misericordia, y siendo todopoderoso, ¿por qué hay mal en el mundo, por qué hay pecadores y gente que hacemos mal a otro? ¿Por qué se nos permite hacer esto y víctimas inocentes sufren las consecuencias de esta maldad?"

Este mismo tema es el centro del Libro de Job, uno de los más complejos del Antiguo Testamento. Este artículo trata de la discusión básica sobre ese libro, en forma de una entrevista imaginaria con el autor del mismo, anónimo de unos 500 años antes de Jesús. Esta forma es algo desacostumbrada, pero facilita un primer contacto con los problemas y los interrogantes sobre esta discutida obra teológica.

AMBIENTE EN EL QUE SE ESCRIBIÓ LA OBRA

-Usted ha escrito un libro muy famoso sobre un problema inevitable y universal, el problema del mal. ¿Qué lo motivó a ello?

-Bueno... en realidad mi librito no trata sin más del problema del mal, sino del problema del mal en su relación con la existencia de un Dios bueno. Ahí está el problema.

-Correcto. ¿Y que fue lo que le llevó a plantearse lo?

-Es difícil decirlo... Generalmente, uno se plantea este problema a fondo cuando algún acontecimiento -personal, natural o social- trastorna totalmente el marco mental cotidiano. Se vive una crisis de sentido que generalmente es crisis en la realidad. Y uno se encuentra como perdido, indefenso. Son situaciones en las que se desciende a lo más profundo de uno mismo...

-Si no es mucha indiscreción, ¿cuál fue ese acontecimiento en su caso?

-A eso iba... Con el exilio a Babilonia nosotros como pueblo tuvimos una seria crisis. Quedaban muy atrás los tiempos del rey

David y del rey Salomón. Asiria conquistó la zona norte de nuestra patria y el sur, Judá, quedó posteriormente dependiente de Nínive. Finalmente, Jerusalén, la capital, cayó en manos de los babilonios. Con la victoria de Ciro tuvimos nuevas esperanzas, pero el post-exilio resultó muy distinto a como había sido profetizado. Toda nuestra crisis política se reflejó en el ámbito ideológico, se tradujo por tanto en crisis religiosa. Y esa crisis religiosa nos impedía a la vez compactarnos políticamente.

-Hum... eso último me huele a una forma marxista de interpretar la realidad...

-¿A qué?! Ah, ustedes en América Latina tienen problemas ante ese tema. Pero, bueno, a mí lo único que me preocupa es que lo que se dice sea la realidad. Quizás a ustedes tampoco debiera preocuparles más que eso.

Retomando entonces el hilo, digo que en mi pueblo, en Israel, se experimentaba una especie de vacío religioso. Dejamos de ser una unión compacta. Nace el individuo, aunque sin abandonar el colectivo, el conjunto. Surgen preguntas nuevas, las respuestas antiguas no sirven. La crisis del individuo es también la crisis de mi pueblo. En esta situación, unos cuatro siglos antes de Cristo, nació mi pequeña obra.

-Y si la figura de Job es también expresión del pueblo de Israel, ¿por qué lo hizo nacer fuera de Israel? "¿Quería darle un sentido más universal?"

-No, no, en mi época todavía no teníamos ese tipo de mentalidad.

-¿Entonces...?

-Bien, yo estaba dispuesto a hablar claro, a decir en voz alta lo que el pueblo decía como rumor. Sin embargo preferí sacar al personaje de Israel por razones de prudencia. Me basé en una antigua leyenda de un hombre piadoso y paciente llamado Job. ¿Podría haber alguien menos sospechoso que él para encarnar lo que yo quería decir? Ustedes tienen noticias remotas de este personaje por medio del profeta Ezequiel. La obra en prosa de mi libro refleja en gran parte esa tradición. En el medio, yo inserté mis versos presentando a Job rebelde.

-Pero entonces resulta una obra intrínsecamente contradictoria. No lo digo solamente por la imagen de Job, sino porque a diversa imagen de Job correspondería diversa imagen de Dios.

-Necesariamente, porque yo mismo incorporé, como he dicho, el relato antiguo.

-Volveremos sobre eso. Precisemos algo más sobre el contexto de la obra. Supuesta la crisis política post-exílica, ¿podría ampliarnos más específicamente cuál fue la crisis religiosa?

-Desde antiguo era creencia generalizada en mi pueblo que las buenas acciones que uno hace atraen las bendiciones de Dios y las

malas atraen el castigo. Para mi pueblo, un determinado acto - bueno o malo- llevaba una consecuencia que estaba fundada en Dios.

-Pero siempre se darían situaciones imprevistas, incomprensibles...

-¡Claro! Pero se decía: ¡Dios sabe lo que hace! ¡Que se haga como El quiere! Es decir, esos hechos incomprensibles no llegaban a afectar la coherencia general de la cosmovisión. Eso fue lo que cambió con la crisis a la que ahora nos referimos. Unos empiezan a pensar que Dios es injusto porque carga en las espaldas de unos las culpas de otros. Otros creen que Dios no hace nada, que nos ha dejado en el abandono. Antes se había aceptado la muerte individual, en la vida colectiva del pueblo. Ahora que el pueblo está casi-muerto, se plantea con fuerza el destino individual. Como que, en este momento, desaparece el Dios del éxodo, de la promesa, de la alianza.

EL DIOS DEL ÉXODO DE LA PROMESA Y DE LA ALIANZA

-Creo que podríamos entender mejor la crisis si explicara las concepciones de Dios que están tras el éxodo, la promesa y la alianza.

-Eso nos llevaría muy lejos. Además, algunos textos actuales lo estudian y en nuestra época no teníamos conciencia de tantas distinciones, aunque no niego que éstas sean válidas.

-¿Podría abordar el tema en breves pinceladas? Es importante entender la trayectoria que culminará en la crisis.

-Si insiste... Hablando desde la perspectiva actual podríamos decir que diversos clanes o tribus de pastores y campesinos llegaron a Palestina o simplemente ya estaban allí entre los siglos XV y XII, antes de Cristo. Eran familias distintas, con orígenes distintos.

-¿Distintos?

-Sí. Fue después que se unieron para formar una confederación. No fue un proceso fácil. Las diversas tribus unieron sus tradiciones religiosas integrándolas en una sola "historia". Algunos de ellos, los que escaparon del Faraón de Egipto, vieron la mano de Dios en ese hecho y tuvieron confianza en ese Dios que liberaba. Otros, que no habían tenido esa experiencia, confiaban en una "promesa" que diversos dioses habían hecho a sus respectivos patriarcas. Promesas de ser dueños de la tierra, de tener numerosa descendencia. Otros hablaban de una experiencia en el monte Sinaí, donde Dios, en medio de fenómenos cargados de fuerza y simbolismo, habría establecido un "pacto": El les protegería y ellos cumplirían la ley. Al juntarse todas estas tradiciones se potenciaron y se enriquecieron. Subyacía en esa compleja trama una gran confianza en ese Dios, Yahvé, que vino a convertirse en síntesis del éxodo, de la promesa y de la alianza.

-Y Yahvé, que respaldaba la alianza militar de las tribus, las cohesionaba ideológicamente ante los cananeos y demás pueblos enemigos...

-Así fue. Mirando la religión, en concreto, se podría decir que lo más vivo, el fundamento de lo que se llamaría el pueblo de Israel, era su alianza con Yahvé. Pero teniendo en cuenta el origen teológico, la inspiración del conjunto, se podría decir que la ex-

periencia más valiosa de todas fue la de la liberación en el éxodo. El éxodo conduce, así, a la alianza. A su vez, la promesa a los patriarcas se convierte en "anuncio" de ese éxodo en su camino hacia la posesión de la tierra. Posteriormente, ese Dios será reinterpretado como el creador y aparecerá como punto de partida de todo este proyecto. Bajo David y Salomón, el Dios del éxodo, de la promesa y de la alianza, habría prometido fidelidad al pueblo por medio del rey. Al menos así lo quisieron ver los escritores salomónicos. Aunque en el norte, con la división del reino, surgiría la alianza de Dios directamente con el pueblo y no con esos intermediarios, los gobernantes.

-Todo esto es lo que entra en crisis radical con el exilio...

-Así es. Aunque no hay que olvidar que esta crisis estuvo precedida por otra larga crisis. En ella los profetas pasaron a primer plano siendo Elías el mejor símbolo. En este tiempo, Yahvé se enfrenta firmemente con las formas religiosas cananeas. Tras ese debate ideológico había un turbulento trasfondo social por la división del reino, las injusticias internas, los peligros exteriores, la suerte que corrió el norte...

Pero, para que no perdamos el hilo en relación con nuestro tema, me interesa recalcar que el tema de la alianza, afinado en el Dios del éxodo y el de la promesa, continúa siendo medular en la vida de mi pueblo. Desde esta óptica es que podemos entender la posición de los amigos de Job con la problemática de la retribución. Ellos interpretan que Job, por algún pecado cometido, habría roto su pacto con Dios.

-Y eso, ¿prescindiendo de que este pacto se presente bajo el sistema de don-deuda o de puro-impuro?

-Así es. Así acontecía en aquel tiempo. Todo estaba muy mezclado y era difícil distinguir, máxime con el trabajo sacerdotal en el exilio y post-exilio. No niego la gran importancia de la distinción por la que usted me preguntaba, pero crisis es crisis. Todo queda cuestionado.

-Realmente, todos esos entrelazamientos son complejos. Ahí pasan los exegetas rompiéndose la cabeza...

-Sí, entrelazamientos de toda índole y por diversas causas. Eso es obvio. Lo más importante, creo, es tener en cuenta que a lo largo de la historia de mi pueblo -como en la de cualquier pueblo-, coexistieron o se enfrentaron diversas ideologías, diversas teologías. Son expresiones de distintos grupos aunque, claro, entonces no teníamos conciencia de esto.

-Entonces, el quehacer teológico...

-El quehacer teológico se reelabora constantemente en cada momento, usando generalmente como materia prima las cosmovisiones teológicas. En muchas teologías previas existen núcleos o aspectos interesantes que pueden incorporarse posteriormente en formulaciones nuevas, constituyéndose nuevas estructuras y, desde luego, según la posición social o más exactamente la posición política del teólogo, éste acentuará un aspecto y otro en una posterior relectura. Resultarán entonces cosmovisiones distintas, teologías distintas.

-¿Es escéptico el autor de Job?

Sólo he dicho lo que sucede. Yo no soy escéptico. Yo creo que a través de la historia teológica de mi pueblo está como eje conductor Yahvé-nuestra-justicia. El que será escéptico será mi colega

Cohélet, el autor del libro del Eclesiastés, quien también vivió a su modo la crisis post-exílica. Ahora bien, creo que hay que tener mucho cuidado con sistemas teológicos complejos. ¡Si lo sabré yo! ¡Si lo sabrá Job! Afianzados al eje Yahvé-nuestra-justicia hay que creer poco -lo menos posible-, pero bien creído.

- Hoy decimos que sólo creemos de verdad aquello por lo cual estamos dispuestos a morir.

- Por ahí va lo que quiero decir.

- Es curioso que actualmente los mártires surjan de América Latina. Las oficinas de los inquisidores tienen más bien sangre ajena.

- ¿Cómo dice...?

- Lo dicho.

- Bueno, bueno, creo que eso excede el tema de nuestra entrevista...

- Tiene razón, perdóneme...

- No hay cuidado. Yo entiendo algo de choques con teologías oficializantes.

Pero mejor volvamos a nuestro tema. Podemos pasar al propio texto.

LOS GUARDAESPALDAS DE JOB

- Eso nos lleva a retomar su poema con un Job rebelde y los dos guardaespaldas.

- ¿Guardaespaldas? ¿Cuándo he hablado yo de guardaespaldas?

- Me refiero a la antigua leyenda del Job paciente. Los llamó guardaespaldas.

-... Y hasta pensé que así sería menos sospechoso. Pues sí, el prólogo y epílogo, escritos en prosa, reflejan la antigua leyenda. En el centro, del capítulo 3 al 41, está mi poema.

- ¿Es suya esa numeración?

- No, claro que no... Lo digo así porque es la numeración que ustedes usan hoy. En el poema se desenvuelven cuatro tandas de diálogos. Por tres veces habla cada uno de los amigos y Job responde. La cuarta vez es Dios quien dialoga con Job.

- Yo veo con claridad dos rondas de Job con sus amigos -Elifaz, Bildad y Sofar-, pero no queda clara la tercera.

- Es que yo no tengo la culpa de que con el tiempo se alterasen ciertas páginas, que otros fueran añadiendo lo que les pareciera. Recordará que nosotros no teníamos la concepción de propiedad privada y derechos de autor. Por eso suena raro el capítulo 28, el discurso de Elihu: algunos pequeños versos alterados...

Yo me considero autor de la estructura básica que le he expuesto, no de los detalles. Por eso podemos centrarnos en esa estructura. Además -modestia a parte- creo que los agregados no añaden mucho.

Sintetizando la estructura de la obra, podemos decir que se trata de un prólogo donde queda planteado el problema del sufrimiento del justo de cara a Dios. Y de tres rondas de discusión entre Job y sus amigos donde éstos quieren justificar a Dios...

-...Y que finalizan en un fracaso absoluto.

- Correcto, a eso sigue el diálogo de Dios con Job, concluyendo con el epílogo.

- Pero, dígame ¿qué es lo que a usted le parece más criticable de los amigos de Job? ¿Por qué terminan fracasando?

- Yo diría que por su método teológico. Ellos reciben la tradición, pero al no releerla desde la nueva situación, la traicionan. La crisis de la época no pasa por ellos y no cuestionan sus marcos mentales ni, por tanto, su método. Se dedican a repetir deductivamente "verdades" aparentemente "eternas e inmutables". Y al no hacer ese cuestionamiento se transforman en enemigos de Job.

- ¿Enemigos...

- Se vuelven acusadores de Job, se vuelven el Satán de Job. No se dejan conmovir por su pobreza, por su miseria. No reflexionan a partir de esa situación concreta.

- Y Job... ¿no blasfema?

- Job blasfema de un Dios que no es el verdadero. Los amigos hablan bien de un Dios falso.

- ¿Pero cómo iban los amigos de Job a saber esto?

- Ya lo he dicho: dejándose impactar por el dolor de Job, por la pobreza de Job y por su sufrimiento. La ley les pudo más que su amor a Job. La realidad, a pesar de ser tan hiriente, no les impactó. Si su amor hubiera sido primero, el menos habrían callado. A veces la mejor forma posible de hablar de Dios es callarse.

- Pero al principio estuvieron callados...

- Porque Job no hablaba. Eran buenos acompañantes en la resignación. Apenas Job se revela, ellos se vuelven instrumentos de Satán y redoblan el sufrimiento de Job.

- Por eso aparecerá Dios y tendremos el famoso "happy end"...

- Así es, pero eso del "happy end" me suena irónico...

EL AUTOR DE JOB ¿UN CUARTO "AMIGO"?

- Me va usted a perdonar, pero mucho más irónico nos ha parecido a muchos el Dios discursero que usted nos pinta en su respuesta a Job.

- Supongo que usted se refiere al Dios que derriba de su saber a los tres teólogos "oficiales" y ensalza al que se debatía pobre y despreciado por todos ¿Ese es el Dios que le parece discursero?

- No, claro que no, pero...

- Entonces... ¿qué quiere decir?

- Pienso que aunque la obra tenga ese fin pudiera estar sirviendo, sin que esa fuera necesariamente su intención, claro está, para justificar un Dios como el de los amigos. Con todo respeto, ¿no debemos entenderlo a usted como el cuarto "amigo" de Job?

- Explíquese mejor, por favor...

-Yo parto de lo que veo. A muchos les caen desgracias como las de Job. Incluso nacen en desgracia. Otros llegan incluso a perder la vida luchando por una causa justa, y éstos,.... éstos no terminan como Job con su "happy end". Terminan degollados por la contrarrevolución o huérfanos por la agresión norteamericana. ¡Esto es claro en términos sociales y en términos individuales!

-¡No se altere...!

-No me altero, ¿pero qué me responde a eso?

-Aún estoy a la espera: usted no me ha dicho aún cuál es mi supuesta solución, la que usted critica...

-Los "amigos" de Job se movían en un escenario de bendiciones y maldiciones. Todo tenían que explicarlo en ese marco por el trasfondo aliancista al que usted se ha referido. Existía una especie de determinismo moral.

-Correcto... siga, por favor...

-Usted es indudablemente un hombre sabio en su época.

-Me halaga usted...

-Y como hombre sabio logra percibir que necesita hacer más flexible el "nomos" cosmovisivo. Que si continúa inflexible, como lo plantean los teólogos oficiales, no "explica" el conjunto de la realidad. Entonces, los individuos y el pueblo irán interiorizando cada vez menos el mensaje. Cada vez se hará menos convincente. Job refleja eso. Y podría llegar un momento en que se llegara a tal grado de anomía, a tal grado de sin-sentido, en que cualquier oleaje social o personal provocara un naufragio total. Usted quiere salirle al paso a la radicalización del planteamiento de Job.

-Los tiempos ciertamente eran difíciles...

-Usted capta eso y por eso introduce la flexibilidad en el "nomos" cosmovisivo. Usted revive al viejo Job paciente, lo cubre con un manto de rebeldía mientras dura el poema y al final se lo quita dejándonos de nuevo al Job paciente. Su respuesta es la misma de la leyenda: ¡paciencia! La "rebeldía" permite únicamente retomar la problemática nueva traduciéndola en respuestas viejas...

-Aún no veo claro de qué me acusa.

-Simplemente, usted flexibiliza la teología para que tenga más capacidad explicativa y, por tanto, más posibilidad de ser interiorizada. Usted rompe hasta cierto punto el determinismo moral aliancista introduciendo cierto indeterminismo. Usted cuestiona, como explicación totalizante, el que determinados hechos, buenos o malos, sean los causantes necesarios de determinada situación de bendición o maldición.

Elemental: hace abstracción del dato empírico causal, introduce una imprevisible voluntad de Dios que "pone a prueba" y... ¡tarea concluida! Todos los hechos tendrán explicación: si a alguien le va bien o mal, podrá ser o como consecuencia de la retribución o como efecto de esos actos "imprevisibles" de Dios. En términos de la religiosidad tradicional, es una "prueba" de Dios, en caso de que las cosas vayan mal, y es un "chance" de Dios para el malvado al que le va bien.

-De ser esta mi idea, ¿no le merecería más bien un elogio? Habría prestado un gran servicio a mi pueblo en una época crítica.

-Usted sabía que la gente, en cierta manera, necesita más la dimensión de sentido que la de felicidad. Las gentes pueden soportar situaciones muy duras siempre y cuando encuentren un sentido...

-Precisamente, por eso digo que...

-Déjeme terminar...

-Adelante. Pero recuerde que yo no he aceptado la explicación que usted da, sólo he dicho que "si así fuera".

-¡Y así es! Usted encontró una solución genial para sortear la crisis, pero, a cambio de su genialidad, usted nos presentó un mamarracho de Dios. Las razones de Dios en el diálogo con Job no aportan nada nuevo, todo eso ya estaba dicho. Dios no se justifica, es usted el que lo salva remitiéndonos a la "incomprensibilidad" a la "prueba", etc. Y a Job, al final, le tapa la boca. Lo chantajea. Lo compra. Y volviendo a su bienestar, se olvida de los demás desamparados de esos que, a partir de su experiencia, comenzaban a tener conciencia.

-¿Y cómo explica usted la condena de Dios a los amigos de Job

-Sencillo: Usted necesita flexibilizar el esquema mental, entonces condena a los que no lo flexibilizaban. Usted presenta mayores posibilidades de explicación, pero siempre concluye con la paciencia. Incluso usted toma la leyenda porque representaba una tradición que no calzaba del todo con los términos tradicionales de la retribución. Buscó un pequeño asidero en el pasado. Muy vivo por su parte.

-Me sorprende su interpretación...

-Por eso usted es el "cuarto" amigo. Un nuevo teólogo oficial. Cuando surja otro Job, otra persona inocente u otro país inocente, llegarán a hablarle Elifaz, Bildad y Sofar; pero, si no logran nada, vendrá el mejor teólogo oficial y ése sí logrará la resignación del afligido, del forastero, del huérfano, de la viuda o del país agredido injustamente...

-No se altere, amigo...

-Yo sólo repito lo que dijo Job en el último momento de rebeldía que usted le permitió: ¡aquí está mi firma!

-Cálmese...

-La diferencia es que ahora la grabadora y el lapicero están en mis manos. Pero, ya que usted pide calma, ¿por qué no confiesa que su clave no es otra que esa palabra sinónima de la calma, ésa que tanto parece gustarle?

-¿Qué palabra...?

-PA-CIEN-CIA

-Pues, ¿por qué no? ¡Tenga paciencia! Me dijo que se trataba de una entrevista y habla usted y me deja sin palabra.

-Perdone usted pero...

-Lo comprendo, pero incluso yo en mi obra dejaba hablar a los oponentes de Job.

- Cada uno de ellos habló tres veces y Job nueve veces.

- ¡Pero hablaron!

- Sólo déjeme decirle algo más. Usted no es, sin más, el cuarto ecólogo de la muerte...

- Tiene usted la suerte de que yo soy muy paciente... Continúe.

- Usted y sus amigos perviven hoy en la religiosidad popular. En ella, algo resulta bien y se dice: ¡gracias a Dios! ¡Bendición de Dios! Si resulta mal, no falta quien diga: ¡castigo de Dios! Pero usted logró introducir una variante. Si algo sale mal, también se puede decir "es una prueba de Dios! ¡paciencia! ¡Y con la bendita "prueba" y la "paciencia" se hace aguantar al pueblo el sistema de opresión! Por eso, al flexibilizar la cosmovisión, usted amplió su poder destructor. ¿Cuántos habrán muerto sin luchar por causa de este ardor? ¿Dónde quedó el Dios vivo, el Yahvé-nuestra-justicia?

- Va usted de error en error. Recordará que fui yo quien habló de esa manera de Yahvé y de sus intervenciones, que son siempre hacedoras de justicia.

- ¿Entonces...?

- ¿Por fin puedo hablar?

- Hable, pues...

- ¿Podría decirme usted qué solución propone ante el problema del mal?

- ¡Ah! ¡El viejo truco! Cuando uno no puede defender su posición trata de derrotar la del contrario para forzar el empate. Entonces nos damos la mano y el mundo sigue igual.

- Parece que no quiere usted agarrar el toro por los cuernos.

- Al contrario. No quiero que usted se me escape cambiando de tema.

- Creo que no lo cambiaríamos, pero está bien. Reencontrémonos en el texto.

- Tiene usted la palabra.

DIOS EN EL LIBRO DE JOB

- La clave de todo está en que usted no ha comprendido la respuesta que yo le hago dar a Dios en el escrito.

- En todo caso, estará usted de acuerdo conmigo en que tengo buena compañía, gran número de personas opinan como yo y piensan que esa respuesta fue tres horas de historia de la naturaleza o...

- Reconozco que quizás no fui suficientemente claro. Pero de ahí a que sea un teólogo de la muerte hay mucha distancia.

- Explíquese mejor...

- Cuando usted me considera culpable de hacer una relectura de la resignación aísla determinados elementos de mi obra y los introduce en otra estructura, por ejemplo, la de la religiosidad popular. Entonces, el elemento de mi estructura juega otro papel, el papel

que le asigna la dinámica de la nueva estructura en que se inserta. Yo no tengo la culpa de esa reinsertión, de igual manera que los evangelistas, por ejemplo, no tienen la culpa de que la idea de la resurrección la usen algunos para decir que hay que esperarlo todo "en la otra vida".

- Eso, en principio, es correcto.

- Lo es. Creo que en la religiosidad popular tradicional se esconde un Dios de muerte. Esa es la dinámica de la estructura. Usted hace una lectura falsa de mi obra cuando la reinserta en la dinámica de la estructura de los "amigos" de Job. Tras ésta también se esconde un Dios de muerte. Por eso le hago decir a Dios que han hablado mal de él. Yo sostendría que mi obra es una estructura nueva, que tras mi obra está un Dios de vida. Sólo desde ahí se puede comprender mi obra y su mensaje.

LA EXPERIENCIA MÍSTICA

- Aceptando eso hipotéticamente ¿de qué forma mostraría usted a ese Dios de vida?

- En el relativo caos social de mi época, con su correspondiente situación tendiente a la anomía, a la falta de sentido, yo intuí por experiencia personal que necesitábamos una vuelta a la contemplación. Intuí que el verdadero profeta que debía guiarnos desde aquella situación tendría que llegar del "desierto". Como Moisés, como Elías, cargados de mística y con ese brillo especial que sólo tienen los hombres acostumbrados a hablar con Dios cara a cara. Un verdadero israelita tendría que ser un místico. Es decir, uno "que ha experimentado algo" o, si no, ya no sería nada.

- Pero, más bien, lo que estaba naciendo era ese complejo fenómeno conocido como judaísmo, tan legalista, tan formalista...

- Efectivamente, y bajo múltiples formas... Por eso, a mí me interesaba que se tuviera, individual y colectivamente, esa experiencia mística de Dios. En cierto sentido, lo demás vendría por añadidura. Se estaba tomando a Dios para tapar nuestros miedos, inseguridades, ignorancias, importancias... Yo quería que volviéramos a Abraham. Hacer caso omiso de los ratiocinios y de las explicaciones, y, atados de pies y manos, saltar en la noche oscura abandonándonos en Dios. Dios sólo se muestra con abrasadoras exigencias. Los que regresaran de esa aventura serían ya figuras cinceladas por la fuerza y el fuego, en la proximidad arrebataadora de Dios.

- Pero en cuanto al hacer...

- ¡El hacer, el hacer! Si se mira a Dios cara a cara, nadie se quedará sin el hacer. Yo ni siquiera sabía qué se debía hacer, yo también vivía la crisis. Pero sabía que necesitábamos llevar en nuestro rostro el fulgor de Dios. Eso lo habíamos perdido y nada grande se había hecho en nuestro pueblo sin ese fulgor. En nuestra época buscábamos un profeta y encontrábamos un profesional... alguien como los "amigos" de Job. El hambre y la sed de Dios sólo hallaban un manantial agotado. No se esperaba contra toda esperanza.

- Y Job, al encontrarse con Dios adquiere el fulgor...

- Exacto. La presencia de Dios, como han dicho algunos, es "tremenda" y "fascinante". Tremenda porque sobrecoge. Uno se siente en presencia del Santo de los Santos. Y tiene que caer de

illas, tiene que quitarse las sandalias porque está en tierra santa. Quien lo ha experimentado lo sabe. Pero al mismo tiempo, encontrándose uno sobrecogido, siente de lleno el amor de Dios, siente el "no temas". Uno es sacado de la lógica ordinaria y es adentrado en el misterio insondable. ¡Y qué pequeña se ve después la "lógica ordinaria"! Por eso Job cae por tierra echándose polvo y ceniza, y dice claramente: "Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos".

-Y lo que Dios dice...

-Lo que Dios dice es, en primer lugar, lo de menos. Lo primario es que uno se siente penetrado de su amor y de su poder. Las palabras sobran, la inteligencia enmudece. Sólo quedan el silencio y la presencia, en la fe profunda, sin entender nada pero entendiéndolo todo. Y se consuma el abrazo no de idea a idea sino de ser a ser.

-Entonces, las palabras de Dios, ¿no significan nada?

-Yo no he dicho eso. Lo que he dicho es que las palabras que yo hago decir son secundarias en relación a la experiencia. Existe una similitud con el acto sexual asumido en amor. Ahora bien, lo que Dios dice no es más que una pobre forma que yo encontré para expresar lo que se siente. Por eso, la grandeza de ese Dios Creador sobrecoge a Job. Sus palabras no dicen nada nuevo. En los diálogos anteriores eso había aparecido ya, pero aún se le conocía sólo "de oídas". No pude apelar a la grandeza del Dios de la historia porque precisamente estábamos en crisis histórica. La lógica del Dios Creador, que antes había surgido para consolidar su presencia histórica, se invierte. Ante la casi total ausencia histórica de Dios, el Dios Creador indicará que no todo está perdido porque hay esperanza en la obra de sus manos.

-En otras palabras, lo que Dios dice, expresado en una vivencia mística, es que en medio del caos no puede haber la desesperación... ¿Es así?

-Así es. Experimentando a Dios no cabe la desesperación, aunque no se "comprendan" sus caminos. Por eso, Dios sale al paso a la posible radicalización del discurso de Job, idéntico al de Israel, que llevaba a la desesperación. Pero, a la vez, hay que estar claro de que Dios no llama a la paciencia.

-¿Rechaza usted entonces las objeciones que hice a su obra?

-¡Sí y con todas mis fuerzas! Los "amigos" de Job le predicaban resignación, pero Dios reprende a los "amigos" de Job. Por tanto, la respuesta de Dios es doble: no cabe la desesperación ni tampoco la resignación. La verdadera experiencia mística de Dios lanza necesariamente a la acción. Los encuentros con Dios de los grandes hombres de Israel los lanzaron siempre a la acción. Moisés es todo un símbolo: su encuentro con Dios está situado y fechado y de él surge una misión para su pueblo y para su tiempo. Desde lo propio de cada época histórica surge la experiencia de Dios, desde el mismo corazón del proceso...

-Desde los pobres, decimos hoy en América Latina.

-Sirve esa fórmula también. Y como Moisés, ya lo dice San Pablo, debe llevarse adelante la gestión con la seguridad de quien ve al invisible. Rebelión social, rebelión personal, en presencia del Señor. En el fondo éste es mi mensaje, por tanto no soy yo el cuarto "amigo" de Job.

-Me parece que voy camino de echarme polvo y ceniza. Sin embargo, en Job no aparece acción alguna, se trata más bien de...

-De una actitud.

-Exactamente.

-Y ése es mi mensaje ante la crisis. Ahora bien, yo tampoco sabía por dónde ni cómo se debía actuar. Realmente estábamos en crisis.

Creo, sin embargo, que desde épocas distintas puede hacerse una relectura de este mensaje y estoy seguro de que, si se hace correctamente, generará la acción.

-Pero todo aquello del diálogo en el cielo, de la recompensa a Job...

-¿El "happy end"...?

-Correcto.

-Todo ese tipo de elementos que contextualizan este mensaje central son puramente instrumentales. Fueron los mejores elementos que tenía a mi alcance. Me perdonará que se lo diga, pero acuérdesse que cuando el dedo señala a la luna sólo el idiota se queda viendo el dedo.

-¿Se está cobrando usted la cuenta?

-Es de justicia, ¿no? También yo tengo el derecho a la rebelión. Usted llegó a llamarme teólogo de la muerte.

-Y me retracto echándome polvo y ceniza, como Job...

-Quizás no tendría que hacerlo si entrevistara a mi colega Cobelet.

-¿De veras?

-Tal vez algún día pueda hacer la prueba.

TENDENCIA SAPIENCIAL Y APOCALIPTICA

-Ahora bien, visto desde la actualidad, ¿le parece que se retomó el mensaje de su libro en las generaciones israelitas que le sucedieron?

-¡Hummm...! Es difícil contestar eso. Pero yo diría que sí, que especialmente lo retomó el cristianismo. Ahí se asume mi mensaje pero bajo una forma radicalmente nueva. Yo jamás hubiera esperado una respuesta tan novedosa. Yo esperaba contra toda esperanza y la esperanza se llenó. Claro, antes de Jesús hubo avances que preparaban ese paso.

-¿Cuáles...?

-Básicamente se fue profundizando en la idea de que el justo adquiere una vida en Dios que no se acaba con la muerte. Claro, eso fue una "solución" que rebasaba los marcos de mi época. No se elimina el escándalo del mal. Eso permanecerá siempre como incógnita. Pero la respuesta abre definitivamente nuevos horizontes: En ese contexto nos encontramos con cierta tendencia sapiencial y con la apocalíptica.

-¿Cómo caracterizaría esas tendencias?

-La primera, la sapiencial, "espiritualiza" la religión. Hace del encuentro del hombre con su Dios un elemento de vida interna que trasciende hasta cierto punto los límites del tiempo y del espacio. Esa idea se va abriendo campo lentamente. La segunda, la apocalíptica, absolutiza el futuro de la historia salvadora. Dios creará un mundo nuevo donde vivirán los justos de la edad antigua y los de la postrera. Aunque no creo que esas tendencias se inspirasen en mi obra, no es difícil ver que, tras ellas, se esconden desarrollos posibles y posteriores de lo que escribí. Son tendencias que buscan responder al cómo de esa confianza en Dios que yo dejé planteada.

-Sin embargo, ambas tendencias teológicas conllevan tendencias políticas distintas. Una es más intimista y la otra tiene mayores posibilidades de acción, especialmente si consideramos que la acción de los hombres tiene alguna relación con la acción final de Dios.

-Así es, pero la tendencia fundamental de la apocalíptica, pese a los macabeos, será ver únicamente la acción de Dios. No hay más que recordar el libro del profeta Daniel. Creo, por tanto, que ambas son tendencias incompletas, pero que encierran un núcleo de verdad. Con todo, la apocalíptica está más en la línea de una relectura de la fe de Israel. Pero la realidad era más compleja.

-¿Por qué...?

-Porque no hay que olvidar que, paralela y combinadamente, también se hará una relectura del Dios del éxodo, de la promesa y de la alianza y se comenzará a hablar de un nuevo éxodo, de una nueva promesa, de una nueva alianza. Incluso surgirá un nuevo ungido, un nuevo mesías. No hay que olvidar la fuerza que tenía esta expectación en tiempos de Jesús.

-Combinaciones complejas ciertamente...

-Pero que las podemos sintetizar en tres posiciones cuando llega Jesús: existía un mesianismo político, encarnado en los celotes, una tendencia intimista centrada en el cultivo de la ley, encarnada en los fariseos, y una tendencia apocalíptica más presente en los monjes esenios. Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento de Jesús.

DIOS SE HACE JOB

-¿Cómo entendería la presencia de Jesús en ese contexto? ¿Qué posiciones asumió Jesús en este panorama?

-Para mejor entenderlo, yo le recomendaría que entrevistara a Marcos o a Mateo...

-Ahora se trataría solamente de algunas pinceladas para relacionarlos con su obra...

-Bien... Jesús realiza una síntesis de ciertas posiciones, pero una síntesis que supone un salto cualitativo. Si hemos de resumir el

mensaje de Jesús en una frase, yo creo que sería: "Abba, venga tu reino". El "venga tu reino" se desdobra en dos aspectos: la construcción del Reino desde el ahora y la esperanza en el Reino que llega. En un aspecto de este desdoblamiento encontramos la tendencia celota y en el otro la apocalíptica, pero ambas superadas como efecto de la síntesis dialéctica. El "abba" abre, por su parte, a la confianza en Dios, en ese hacer y esperar el Reino. Pero no lo hace al modo fariseo, no se basa en el Código de la Pureza sino que retoma el sistema de deuda-don, pero radicalizándolo con esa cercanía al "Padre". Una cercanía que rebasa otras cercanías y que recuerda la experiencia mística de Dios.

-¿Y cómo vería reflejada su obra en Jesús? Había dicho que su mensaje en Job estaría presente en Jesús, aunque supeditado... ¿Cómo es esto?

-Yo hablé de una experiencia de Dios que tenía un doble efecto: la imposibilidad de la desesperación y también la necesidad de una permanente rebeldía. Jesús vive con el Padre, a su manera, la experiencia mística. Eso lo lleva a esperar sin desesperar en la llegada del Reino, pero rebelándose al mismo tiempo contra el status-quo de su tiempo. Creo que ahí están los elementos centrales de mi libro.

-¿Releídos...?

-Claro que sí. Yo ni pensaba que esto podía suceder así. Pero, ciertamente, cabe la relectura. No es la única posible, pero sí es la correcta. Aunque, desde luego, el salto más gigantesco es que Dios se hizo Job en Jesús. Dios se encarna en pobreza, en sufrimiento, en muerte e inocencia. Y entonces, radicalmente, a Dios sólo lo encontramos desde la posición de Job. Lejos de ser éste el obstáculo es la condición de posibilidad. Job no era el abandonado de Dios sino que era Dios... Era el hambriento, el sediento... El nuevo pueblo de Dios son los Job de la tierra, los condenados de la tierra. En Jesús la cosmovisión se vuelve completa, como diría usted.

-Una relectura, de verdad, inteligente...

-La inteligencia de Dios, que se revela destruyendo otras inteligencias. Escándalo y locura, pero único camino de plena liberación. Un espíritu que viene en auxilio de nuestra debilidad y nos impulsa más adentro.

-Le agradezco mucho su entrevista. No es casualidad que hablándome de su libro me haya ayudado a comprender también mejor la Teología de la Liberación.

-Me alegro. Y le deseo suerte en su relectura latinoamericana... ¡Y más suerte todavía en su acción.

Tomado de Diakonía. No. 45, marzo 1988.